

Casa Ateneo Massion
Afectuosamente
OSVALDO SAAVEDRA

GRANDEZAS CHICAS

NOVELA ARGENTINA



BUENOS AIRES

Arnoldo Moen, Editor—Florida 314

1901

Imp. EUROPEA DE M. A. Rosas, Moreno 423



P. L.

GRANDEZAS CHICAS

Hijo de mi vida:

No tengo bienes que dejarte. La fortuna siempre fué esquivá conmigo. Tal vez será más provechoso para tí el que quedes librado á tus propias fuerzas porque el trabajo purifica al hombre, mientras que la herencia enerva, limita y esteriliza su alma y sus facultades.

En cambio te dejo el bien moral de mi experiencia en estos pocos consejos.

Decirte que seas honrado sería una vulgaridad y una injuria. Sé delicado que es la más alta nobleza del alma. De ese modo tendrás el respeto hasta de los pillos, que son los más irrespetuosos, y una satisfac-

ción moral que te hará levantar la cerviz, sin pensarlo ni quererlo.

El hombre vive dominado por ambiciones que exceden las necesidades de la vida social para ser dichoso y á menudo su desgracia consiste en la exageración de sus anhelos.

No tengas deseos quiméricos. Ajusta tu vida á lo posible, pero sé esforzado.

No ambiciones puestos públicos porque dan al hombre un falso concepto de sí mismo y el pueril engreimiento de fascinar á los imbéciles. Si quieres servir á tu país, combate sus vicios.

No te cases pobre.

No aspire á posiciones en que no hayas de brillar.

Haz bien y no esperes gratitud.

Ten una pasión noble que absorba tu vida.

Trata á los amigos con afecto y desprendimiento y á los hombres con respeto y severidad.

Hazte amar ó temer. El hombre que no es una fuerza es una víctima.

Ama el deber, la patria, la humanidad y la justicia.

La familia necesita apoyo, vigilancia y

dirección para crecer y prosperar con honor. Si te sientes con la fuerza y fijeza de un hombre normal, que está equiparado á un buen animal doméstico, funda una familia, lo que puede ser un bien social, pero si tu temperamento te arrastra á las grandes emociones de la vida, ama la gloria y á las mujeres.

Ama siempre.

DIEGO DELMAR.

Esta carta parecerá á muchos ser de un filósofo que hiciese cátedra de la vida, pero no, era simplemente de un buen señor, espíritu fino, penetrado de observaciones.

En la vorágine de la civilización actual un hombre es un grano de polvo que el viento de la fortuna arroja al acaso. Son tan arduas las dificultades de la vida que pocos son dueños de trazarse su camino, de seguir su verdadera vocación. Así, el autor de esta carta, que probablemente amaba la ciencia ó el arte, era simple corredor de bolsa, pues la lucha por la vida no le había dejado tiempo ni tranquilidad para entregarse al estudio.

El doctor Rafael Delmar leyó esta carta

de su infortunado padre, pobre suicida, con esa piedad cariñosa con que se recuerda á los muertos queridos.

Hacia tres meses que lo agujoneaba la necesidad de examinar los papeles de su padre y no se decidía á la penosa tarea. Procuraba olvidarlo por algún tiempo. Consideraba estéril el culto del dolor. Por fin se resolvió á ello, y no dejó de sorprenderlo este documento, arrojado en el fondo de un cajón del escritorio, extraño por su forma y por su fondo al espíritu peculiar de su padre. Después observó que representaba tener algunos años de escrito, rememoró que su padre había sido un hombre intelectual, y fué una nueva pena para el doctor Delmar pensar que la última adaptación de su padre le había hecho perder aquella galanura de pensamiento y de lenguaje que parecía lo había adornado en otro tiempo.

Lanzado en estas reflexiones de familia, pensó un momento, ante la forma de rematar la vida su padre, si él no sería un predestinado al mismo fin por un desequilibrio hereditario, y acto continuo rechazó la idea, como si temiese ofender á su antecesor.

Los móviles del suicidio—decía entre sí—obedecen á diversos orígenes: hay el suicidio psicológico, que es una fatalidad hereditaria, el suicidio patológico, resultado de una perturbación mental, y el suicidio moral, que todos deben respetar, porque es una defensa contra el infortunio, es la explosión de las fibras delicadas de la vida que corta la exaltación del dolor. Indudablemente mi padre ha pasado por una gran tribulación, exclamó Delmar pensativo. ¡Por qué no habrá recurrido á mí! y siguió inventariando los papeles, ansioso de descubrir la verdad.

Rafael Delmar ya era hombre de posición social al tiempo de morir su padre, si bien no tenía fortuna ni familia. Acababa de cumplir treinta años y era un abogado inteligente, en ejercicio de su profesión y muy estimado por su rectitud y caballerosidad. La muerte de su padre fué la impresión más penosa que hasta entonces había sufrido, porque él se había formado bajo ese único cariño de familia, no había conocido el regazo protector de la madre, pues esta buena señora murió dejándolo en la infancia. Ante el rudo golpe de la muerte de su padre halló un gran

vacío en torno de sí, porque su padre era un amigo, un santuario y un refugio. Acompaña más en la vida un afecto de familia que toda la sociedad entera.

Don Diego Delmar, viejo probo, de espíritu joven, independiente y altivo, pero sin rumbo fijo en la vida, ó tal vez desviado por accidentes que no conocemos, había ido á caer á la Bolsa, en esa mezcolanza de corazones sanos y podridos, y allí operaba en calidad de corredor. Recto y precavido, nunca había sufrido contrastes en su profesión, sin duda porque esquivaba operar para agiotistas, pero como alguna vez se yerra, cierto día un diputado nacional que contaba producir el alza con un proyecto financiero deliberadamente preconcebido con tal objeto, le dió órdenes que comprometieron su responsabilidad. Lo entretuvo con seguridades hasta el último momento, y finalmente le faltó con toda desvergüenza. Cuando don Diego, el día de la liquidación, ocurrió afligido á su comitente, el muy cínico le contestó con su tonadita nativa: ¡io me puse bajo su dirección para ganar, pues amigo. ¡Que tengo io de pagar nada! Esto provocó entre ellos un

altercado violento que decidió de la vida de don Diego Delmar.

Fué una revelación para su hijo Rafael el saber que su padre, tan íntegro siempre, había muerto en falencia, y se apresuró á cubrir sus obligaciones haciendo uso de sus economías y de su crédito. Luego, investigando quién era el comitente infiel, tuvo por primera vez noticia del doctor don Sócrates Espinillo, y se propuso compelerlo al cumplimiento de sus obligaciones, á cuyo efecto le escribió pidiéndole una entrevista. El doctor Espinillo no se dignó contestar á las reiteradas invitaciones del doctor Delmar, lo que decidió á éste á afrontarlo personalmente en las antecámaras del congreso, después de haber tentado en vano hablarle en su domicilio.

Parece que el doctor Espinillo no esperaba que sería requerido allí por este asunto, y que ni siquiera conocía al hijo de su corredor, porque cuando éste se le acercó á decirle que deseaba hablarle, Espinillo defirió á la insinuación de muy buen grado y lo condujo hasta un sofá apartado del grupo donde estaba conversando, lo invitó á sentarse y se puso á sus órdenes.

No pudo disimular Espinillo una enojosa sorpresa cuando su interlocutor le manifestó quién era y el objeto que lo llevaba. Al punto le contestó sin esperar mayores explicaciones:

—Lo no trato en el congreso mis negocios particulares.

Delmar iba dispuesto á todo y era enérgico y nervioso. La falta de urbanidad con que Espinillo se había conducido, la mala fé evidente que había revelado con su silencio y esquivez y los pésimos informes que tenía de este individuo, lo habían predisposto en su contra, de tal manera que estaba resuelto á tratarlo con severidad y menosprecio. Con tales antecedentes su réplica fué incisiva:

—Parece que no tiene usted sitio donde cumplir sus obligaciones.

—Eso es un atrevimiento — exclamó Espinillo irguiendo la cabeza.

—Es que usted no merece respeto, y si está usted acostumbrado á quebrar la justicia con su influencia política, yo soy capaz de aplicarle mi justicia personal.

Espinillo hizo mención de levantarse, pero Delmar lo detuvo de un brazo fulminándolo

con una mirada que debió intimidarlo, porque se dejó estar allí y con tono conciliatorio le dijo:

—¿Quiere usted que lo espere en casa esta noche á las nueve?

—Sí señor, esta noche á las nueve.

—Perfectamente.

Delmar se levantó, le hizo un movimiento desdeñoso de cabeza y salió cambiando saludos al pasar á diestra y siniestra con muchos amigos que vió por allí, en tanto que Espinillo, medio confundido, lo contemplaba de atrás como si no supiese fijamente qué partido adoptar.

Cuando á la hora convenida, Delmar llamó á la casa del doctor Espinillo, sorprendido de la lujosa morada de este embrollón, tuvo que esperar largo rato ante la puerta cancel á que alguien saliese á recibirlo. Sentíase adentro un juego de puertas, como cambio de bambalinas, y por fin apareció un sirviente con trazas de indio domesticado á contestar que el señor no estaba en casa.

—¡Que pillo redomado!—murmuró Delmar, recapacitando, y sin decir más se retiró.

Al otro día volvió á buscarlo en el Congreso, pero no había llegado todavía.

Se puso á esperarlo.

Algunos amigos, miembros del parlamento, se le acercaron á saludarlo, entre ellos el doctor Fernández, de relación de confianza, que lo tomó del brazo, y sacándolo del círculo en que estaba empezó á pasearse con él y le dijo en tono privado:

—Tú andas trás del doctor Espinillo, me lo imagino porque algo ha trascendido del incidente de ayer. No pierdas tu tiempo, no vas á conseguir nada. Ha sido casual el que lo hayas encontrado aquí. Si viene es á hora de sesión, cuando no le pueden dar caza.

—Pero entonces este hombre es un irresponsable! dijo Delmar con asombro.

—Y muy dañino. Ahora parece dignificarse porque está en mejor posición. Entre las iniquidades que le atribuyen, cuéntase que en la Sociedad de San Vicente de su parroquia, de la que es gavilán, había un viejito italiano, cándido y piadoso, retirado del trabajo con modesto bienestar para él, su mujer y una hija. El doctor Espinillo se lo catequizó por el lado de la hermandad y

de la salvación del alma y le sacó la firma en uños pagarés. Al cabo de algún tiempo, ejecutados los bienes del pobre viejo y lanzado á la calle de la casucha en que vivía, fué lloroso, como un pordiosero, con su mujer y su hija á implorar al doctor Espinillo que lo asilara en su casa, siquiera mientras encontraba otra parte á donde ir, y sabes lo que le contestó, deshaciéndose en genuflexiones y excusas: con el mayor gusto, don Carlos, si no fuese que á usted no le conviene vivir á mi lado porque se perjudicaría moralmente. Usted tiene una hija, y aunque yo soy casado, se habría de hablar de ella. No es nada perder los bienes terrenales, pero hay que salvar el alma. Los buenos cristianos no debemos perder de vista el camino del cielo. Usted esté seguro que no ha perdido nada porque yo le restituiré todo. Esto es un fracaso momentáneo; usted sabe, así son los negocios. Búsquese una piecita que yo lo ayudaré á pagarla; y dejó en la calle á esta pobre gente.

—¿Y cómo te esplicas la figuración de este personaje?

—Porque es muy metido y diligente. En política hacen más los codos que la cabeza.



II

HABÍAN trascurrido algunos meses de producidos los hechos que acabamos de referir.

Una tarde de nuestro bellissimo otoño salía de la tienda «A la Ciudad de Lóndres» una señora joven, elegante y lujosa, de belleza llamativa. Detúvose en la esquina de Perú y Avenida de Mayo como buscando su carruaje, y en el acto de verla su cochero, que se había situado junto al foco de luz eléctrica más próximo, puso en movimiento la ardorosa yunta de caballos tordos y fué á recibir á su señora. Ella abrió la portezuela con la naturalidad de quien tiene la habitud de hacerlo y penetró en su coupé. Al tiempo de disponerse á cerrarla, se anticipó á hacerlo un hombre joven de porte distinguido que á la sazón pasaba por allí, y

simultáneamente con el golpe dado á la por-tezuela y la marcha inicial del carruaje, hi-zo á la dama un saludo bien marcado, in-tencionalmente insinuante, que la dejó con-fundida al extremo de inmutarse y no saludar ella á su vez.

—¡Qué pillada!—exclamó en ese mismo momento, con cara sonriente y maliciosa, un amigo del galante transeunte que lo tomó del brazo arrastrándolo en su dirección, la misma que había seguido el coche, por Flo-rida hacia la Plaza General San Martín.

—¡Hola! ¿Eres tú, Lerma?—dijo maqui-nalmente el caballero sorprendido, como embargado por sus recientes impresiones, y siguieron juntos á paso lento, de paseo por la calle de Florida, el doctor Alberto Lerma y Rafael Delmar, que no era otro el que había saludado á la señora.

El tema de la conversación en el primer momento fué el episodio del carruaje, que, sirvió á Lerma para dar bromas á su amigo.

—Te aseguro que no sé quién es—con-testó Delmar—asi como te confieso que es una mujercita, que me arrebató. «¡Qué luz! ¡Qué fuego!»

—¿Pero te mira?—preguntó Lerma con curiosidad.

—¡Hombre! ¿Qué significa una mirada de nuestras mujeres de buena sociedad? Desgraciadamente no es un dato. Muchas veces miran por mera travesura.

—No estamos de acuerdo. Hoy y siempre, aquí y en todas partes, el gran resorte del amor son los ojos. Dicen más que la palabra.

—Pero convienen menos. Un amigo mio, que ha viajado mucho, dice que aquí las mujeres no saben mirar, porque prodigan tanto su mirada que no se sabe cómo interpretarla. En tesis general, la mujer es utilitaria para mirar. Si es soltera, no mira sino al hombre que le gustaría para marido, y si casada, al que le gustaría para amante, pero de la intención al hecho va mucho trecho. En mi caso ni me mira ni no me mira, me mira de soslayo, con un cierto desdén encantador que no consigue ser todo lo desdeñoso que quisiera en su altivez.

—Buen síntoma, eso de que una reina empiece á abdicar. Por lo demás, ya sabes que si el amor no es espontáneo puede ser

sugerido. La mujer en amor concluye por conformarse con lo que le toca en suerte, á no ser que sea tan inteligente—rara avis—que sea capaz de elegir.

—La teoría no me consuela. Me gustaría que una mujer me amase enamorada, no sugestionada, como tú dices.

—Veamos, expóneme tu caso con todos sus detalles. Te prevengo que yo no alcancé á ver quién era la dama del carruaje, lo que te dá mayor libertad para ser explícito. En amor hay que hacer psicología para no fracasar, salvo los casos fulminantes en que se abrazan las almas como se chocan dos corrientes. Veamos. ¿Te parece una mujercita honesta, de corazón satisfecho, ó una prisionera del matrimonio, triste, vagabunda y descontenta? Todo esto es muy esencial; hay que estudiar al enemigo en sus posiciones. La mujer en amor es el enemigo del hombre mientras no se le rinde porque lo hostiliza con su resistencia.

—Conozco el género. También es muy digno de tenerse en cuenta, si es casada, las cualidades del marido, su inteligencia, su energía, su temperamento, y sobre todo, sus hábitos y su ocupación. Los políticos

y jugadores están más expuestos á ser engañados que los que carecen de pasiones tan absorbentes como la política y el juego; los militares y estancieros por sus ausencias frecuentes; los hombres estudiosos, por el olvido que hacen de su mujer; los....

—Me vas á repetir á Balzac. Considero una injuria el que un hombre me dé lecciones sobre el amor.

—Hasta aquí te acompaño.

Habían llegado estos dos amigos á la esquina de las calles de Florida y General Viamonte, y se disponían á separarse, cuando pasó de regreso el mismo carruaje que les había dado tema, y Alberto Lerma saludó con afable reverencia á la joven señora que iba adentro. Al volver los ojos sobre Delmar, que había acompañado su saludo con incertidumbre, notóle una cierta confusión que le hizo adivinar qué esa era la dama que tanto excitaba su simpatía, y exclamó Lerma con su animación característica:

—Estás descubierto, la emoción te ha vendido, te creía más veterano. La verdad es que es encantadora. Somos amigos, te puedo decir mucho de ella.

—Por lo pronto, dime quién es.

—De ninguna manera. Estas cosas no se dan, se venden. No te diré quién es hasta que no pueda hablarte ampliamente de ella. Te costará una comida.

—¡Expeculador! Convenido, comeremos mañana en el Café de París, á las siete y media.

—De acuerdo. Llegaré retardado para hacerte sufrir—y los dos amigos se separaron.

Pretenden algunos que no se hacen amigos sino en la primera juventud. Sin duda que al alborear la vida los afectos son más puros. La juventud es buena siempre porque no ha tenido tiempo de agriarse en las dificultades de la vida. Constantemente embelesada por las novedades que le ofrece el mundo, y enardecida por los soñados amores de la reciente pubertad, no la entristece ni siquiera la miseria. Después que se han colmado esos primeros generosos impulsos, se entra en la lucha de intereses y pasiones, en la que algunos caracteres se desarrollan con rasgos odiosos de mezquindad, egoismo ó envidia, mientras que otros, por bondad ingénita, aspiran á perfeccionar sus nobles cualidades, ó si desencatados re-

primen sus mejores sentimientos, no son por lo menos mal intencionados, y, justos en la apreciación de lo que reciben, corresponden en la misma medida. Estos últimos son buenos amigos en todo tiempo, siempre que encuentran hombres dignos de su amistad. Como ello no es fácil, regularmente la amistad, entre los hombres carece de firmeza, y es un entretenimiento, una costumbre, un motivo para cambiar palabras. Los dos amigos que acabamos de poner en juego corroboran nuestras reflexiones. Se habían conocido en los clubs, donde suele hacerse relaciones de confianza sin ser íntimas, y á veces ni mayormente estimables, y cada uno daba lo que era susceptible de dar dentro de su idiosincrasia. Moralmente eran dos antípodas, físicamente tenían algunos rasgos comunes é intelectualmente se comprendían.

Rafael Delmar, era alto, fino, flexible, color moreno claro, bigote negro, cabello lacio sedoso, llevado al descuido, sin ese amaneramiento engomado de los dandys vulgares. Tenía ojos pardos, vivos, lucientes, maneras sueltas y andar elegante, parecía desdeñoso pero en realidad era sim-

plemente distraído. Tenía en los círculos femeninos reputación de mirón y atrevido porque no podía disimular la gratisima impresión que le producía la belleza de la mujer, y olvidándose de las conveniencias solía quedarse estático contemplando á una mujer, fuese señora ó señorita.

El doctor Alberto Lerma con muchos rasgos semejantes carecía de la aristocrática elegancia de Delmar. Tenía aire vulgar. De carácter abierto y chacotero entre sus amigos, era fátuo y petulante con los extraños. Tenía una alta idea de sí mismo, á pesar de su moralidad deplorable. Amante de la política por pueril vanidad, no había podido regularizar su vida de trabajo, le había faltado tiempo, método y constancia para formar estudio, y perdido ya para su profesión, su alternativa era un puesto público ó la miseria, lo que lo había lanzado en ese mundo de intrigas, cábalas, combinaciones y transacciones que forman el interior de los partidos. Actualmente era diputado nacional y patrocinaba algunos asuntos administrativos, convencido de que la influencia es más breve que la justicia. El resto de su tiempo lo dedicaba al juego.

Los rasgos que interesan la simpatía suelen hacer perdonar los defectos, y por otra parte la osadía vence las resistencias. Lerma era simpático y audaz, y á estas cualidades debía su éxito político y social, que no comprendían los que buscaban explicárselo por el lado de su moralidad y ponderación. Era uno de esos caracteres sin consistencia que dedican la vida al provecho y al placer, considerándola forma transitoria que conviene disfrutar. Sin creencias ni convicciones firmes era inteligente y ardoroso, hablaba de todo con vehemencia, hasta de su propia dignidad, conversaba el honor, y aunque no lo observaba en todos sus actos era capaz de defenderlo en cualquier terreno y batirse por parecer caballero. Más inteligente y atrevido que la generalidad de los hombres, dominaba en el círculo de sus amigos á pesar de su inferioridad moral, y ellos lo consideraban y protegían por afecto y por temor. Era Lerma casado, pero como hacía vida de soltero nadie tenía presente esa circunstancia, y tan extraño era el mismo á su estado de familia, que sus propias palabras habrían podido parecer en

muchos casos como dirigidas á criticarlo ú ofenderlo.

El doctor Delmar, por el contrario, creía que era una *capitis diminutio* el ponerse un profesional al servicio de un empleo y ejercía su profesión como medio de vivir con independencia. Por otra parte, era una inclinación de su espíritu, una satisfacción de su alma altruista, no pudiendo ser un filántropo ó benefactor defender el derecho y la justicia. Habría deseado servir á su país con la colaboración de sus ideas de gobierno, pero no cuadraba á su carácter la forma de entrar en la vida política en el estado actual de los partidos. Entonces consagraba sus horas de ocio á una limitada vida social íntima cuando no á la lectura de libros científicos ó literarios. Cultivaba gustos poéticos y artísticos, pero generalmente era reservado á este respecto, porque había observado que la mayoría de los hombres, en el estado actual de nuestra cultura, se fastidia ó burla cuando alguno eleva su conversación ó sus sentimientos. Más bien en el club, entre sus camaradas, rebuscaba frases y modismos comunes para no excederlos en fineza y elevación moral.

Soñador un tanto romántico, bien que varonil altivo, caído de las alturas de su fantasía á la prosa de la vida práctica, al despertar se había tornado más que pesimista, satírico cruel con el vulgo dorado. Tal vez esta irritación, este despecho contra ese fraude social que ofrece en una fina envoltura un espíritu grueso, lo había llevado á ser hurraño é indiferente, y abusando de un desdén interior, solo respetaba á los hombres y las cosas por deber y por cultura. Nada admiraba, todo lo encontraba menguado porque lo había concebido mejor.

Contrastando con este carácter Lerma amaba todas las aparatosidades de la vida y corría trás ellas con delirio juvenil. Como solo apreciaba á los hombres por su posición pecuniaria ú oficial, nunca había prestado mayor atención á Delmar, y éste, que disentía con él en gustos y tendencias, en el fondo no lo estimaba. Una discusión en el club, en extenso círculo, sobre la importancia de los hombres ó el criterio con que se les debe distinguir, parece que dejó á Lerma la preocupación, allá en sus adentros, de que su personalidad había sufrido una depresión. Ocurre con algunas vanido-

esos ligeros que el mal trato lo suaviza. En esa ocasión le había dicho Delmar: es raro en un siglo, en todo el mundo, que haya un hombre irremplazable. Vea si sería fácil pasarnos sin usted.—¿Te has enojado? fué la única defensa que se le ocurrió á Lerma contra este corte que lo achicaba, recurrir á una familiaridad inusitada entre ellos para que pareciese á los otros menos récio el golpe. Desde esa vez se tutearon estos dos amigos, si así puede llamárseles, y Lerma, que había visto en esa ocasión brillar á Delmar é imponerse á sus oyentes con su dicción fácil y elegante, empezó á hacer de su amistad un título personal.

En sociedad expeculan los insignificantes con las compañías. Así como á los que prosperan les salen parientes pobres, á los que se destacan se les pegan indigentes sociales. Hay relaciones que se aceptan para echar palabras como un canasto para echar papeles. Bien que un hombre muchas veces se sienta mejor á solas con sus ideas que mal acompañado, deja que se le acerquen individuos sin estima por evitarse la pena de eludirlos. Esta conmiseración es una forma de la cultura y Delmar la usaba á fuer

de hombre fino. Yó, siempre soy yó, decía, quien quiera que me acompañe. «Todo hombre es un libro donde Dios mismo ha escrito algo en su alma.





III

A la hora de la cita Delmar fué más exacto que Lerma, quien llegó apresurado disculpándose por la tardanza.

—No te ha perjudicado en mí—le contestó Delmar—aunque el individuo que se hace esperar pone de relieve sus defectos, porque el que espera piensa demasiado en él y de mala voluntad, pero yo estoy de buen humor, y además sé que á un oficialista hay que esperarlo siempre.

--Por algo es uno importante. Si tuviésemos que andar al pelo como lacayos, de qué servirían las prerrogativas.

—Vamos, excelencia, dijo Delmar, tomando del brazo á Lerma, y los dos amigos franquearon el vestíbulo del café de París y fueron á ocupar una mesa en el centro del compartimiento de la izquierda.

—Tú dirijes—dijo Lerma á Delmar, pasándole la *carte*. Yo soy invitado. ¡Qué cómodo es esto de ser invitado!

—En este caso eres un vendido. Te has hecho invitar para venderme un dato, ¡Ah! gubernista!

—Así son ustedes los opositores ¡ingratos! se les sirve siempre y nunca están contentos. ¿A qué no quieres que me vaya?

—¡Hombre! definamos posiciones, porque estas cosas se tergiversan después y tal vez ponen en lá picota á una mujer respectable. El episodio de ayer, aunque nos haya acercado hoy, es una pura broma y no representa para mí ningún interés particular. Sería una petulancia de mi parte hacer de eso una entrevista confidencial. Confieso que aproveché la oportunidad para conseguirte y darme el gusto de comer contigo. Esto no quita que hablemos de aquello y de todo lo que tú quieras. Por lo demás, siempre es agradable hablar de una mujer hermosa, aunque ni siquiera represente una esperanza.

Y después de estas últimas palabras, lanzadas con languidez romántica, volvió Del-

mar á dar á la conversaci6n el giro humorístico con que se habia iniciado.

Delmar no decia la verdad, pero consideraba caballeresco colocarse en esa situaci6n de discreta reserva, máxime cuando no sabia de qui6n se trataba.

En Buenos Aires es raro que un hombre de buena posici6n social no sepa qui6n es una mujer de buen tono, porque este círculo todavía es bastante limitado, pero en el caso del doctor Delmar, ello se explica porque hacía años que vivía alejado de los salones y solo por excepci6n asistía á alguna fiesta.

Lerma no hizo alto de la salvedad de Delmar y siguió charlando con la ligereza que le era propia.

—Puedes estar seguro que no te voy á decir qui6n es esa dama, sería una chambonada de mi parte, puesto que mi especulaci6n consiste en poseer el secreto. Si lo descubriese tal vez no me darías de comer. Me limitaré á decirte por el momento que es una mujer que está loca por tí—y Lerma se echó á reir.—¡ Ah! y que es una dama oficial, gubernista, que no está al alcance de un plebeyo como tú. Con este talismán te voy á

•

arrastrar hasta hacerte respetar la política y el gobierno.

Y cayeron en el error de hablar de política.

—Si son los políticos y gobernantes los que no se respetan, dijo Delmar.

—Eres un ridículo soñador. Ponte en el caso de que cada ciudadano viviese como tú, desligado de los partidos, y ejerciese sus derechos políticos con independencia, al amparo de leyes electorales prácticas é inviolables. ¿Crees que sabría el pueblo elegir mejores hombres que los que gobiernan? Seguramente nó. El pueblo es un eterno menor de edad.

—Si no puede pretenderse que no haya partidos. Partido quiere decir asociación de hombres, comunidad de ideas, la que es indispensable para organizar el gobierno. Lo que se exige es moral política. Si nuestra política no fuese un manejo ilícito todos los hombres capaces de gobernar colaborarían en la administración pública, prestigiarían el gobierno y el pueblo se educaría en el gobierno propio. No debe ser imposible ser honrado en política. Es cuestión de sanción social. Estamos connaturalizados con el vicio electo-

ral porque el atentado colectivo es anónimo. Si un solo individuo hiciese lo que hacen todos sería despreciable. Lejos de eso, gobernar sobre registros falsos es un honor, y yo soy el primero en reconocerlo; acato y respeto á los amigos que tengo en el gobierno. No sería justo responsabilizar á unos de la acción de todos, pero no se puede negar que el sistema es inadmisibile, y los mismos que de una ú otra manera hemos contribuido á fundarlo tenemos el deber de propender á destruirlo.

—Te equivocas, todo esfuerzo individual en ese sentido sería estéril. Los vicios sociales son fases de la vida colectiva que los hombres no pueden cambiar de improviso.

—De acuerdo. La edad las modifica, pero yo creo que ha llegado el tiempo de elevar nuestra vida política porque el pueblo está apercebido de lo que es derecho y de lo que es moral.

Delmar se explayó en consideraciones institucionales para vituperar el fraude electoral y concluyó diciendo: dentro de estos principios la exclusión es una usurpación, la falsificación un crimen y los que se

aprovechan de ella, reos de defraudación. Si las gentes desprecian más á los pequeños defraudadores de la vida común que á los grandes defraudadores de la vida política, es porque las inteligencias comunes no alcanzan á percibir en las complicaciones del tejido social la responsabilidad de los hombres elevados.

—Eres un buen teórico, no se puede negar; pero en política la teoría no sirve sino para combatir al enemigo ó dorar una píldora.

—No es cierto. La teoría es la esencia de la verdad, el alma del derecho, la fuerza del pueblo, una fuerza moral incontrastable porque es permanente y sirve de arma que al fin triunfa. El hombre está obligado á vivir en sociedad, de donde resulta un tejido de su acción individual con la acción colectiva. Subordinado su bienestar al bienestar común, el equilibrio social es una causa solidaria. El equilibrio social resulta de la moral política, que es el juego sincero de las relaciones públicas que establecen los hombres entre sí para poder vivir en sociedad. Desde el momento en que se adulteran esas relaciones, se pierde el

equilibrio social y por consiguiente el individuo sufre trastornos más ó menos sensibles en sus intereses. Por eso todo individuo, por insignificante que sea, tiene derecho á exigir que cada uno se coloque dentro de los términos de la moral pública, y él á su vez el deber de cumplir con ella. La acción contra el fraude ó contra cualquier acto ilegítimo, viene á ser recíproca, de la colectividad para el individuo y del individuo para la colectividad. Yo ejerceré mi acción persiguiendo á los falsificadores. Ahí tienes cómo la teoría es una arma y un derecho.

—Lirismos, lirismos y lirismos. No comprendo cómo un sujeto, que al fin no es tan negado como tú—¿no es cierto?— se preocupa de los intereses del pueblo. ¿Qué es el pueblo, al fin? Una bestia grande, que come lo que le dán y no agradece á nadie. Pregúntale al pueblo si le parecen más estimables, más admirables, más respetables los que no votan ni hacen política, por escrúpulos de forma, que los magníficos magnates que en un 25 de Mayo, por ejemplo, se dirijan al Tedeum de la Catedral, en columna solemne y deslumbrante, entre dos filas

compactas de ese pueblo amigo tuyo que tanto defiendes. Pregúntale en esos momentos si no le parece que tú eres más admirable, y te pegará un codazo para abrirse lugar y contemplar estático y boquiabierto á los usurpadores de su derecho, según tú. Son pamplinas, al pueblo no hay que darle más de lo que merece.

—No es mala esa defensa del vicio, pero es falsa como toda razón en que se apoya lo inmoral. Estás confundiendo al pueblo con una muchedumbre de ociosos inconscientes, y aunque realmente ese fuese el pueblo, ¿sabes si en su silencio contemplativo no desprecia lo que mira? El pueblo es el ambiente, que tiene una voz secreta como los rumores del silencio, voz que murmura en todos los oídos ¡basta! ¡basta! ¡hasta cuándo!

—Son fantasías esas voces, calenturas de poeta. A mí no me embriagarán nunca, y me sorprende que tú, un hombre tan amante de la mujer, que es pura vanidad, tenga esa chifladura idealista. Ya te he dicho que la dama consabida es la señora de un hombre público, y ni ella ni otra te respetarían bastante si no tienes representación. Si vie-

ses qué grato es ese homenaje femenino de coquetas cortesías, de sonrisas amables, de miradas insinuantes y expresiones bondadosas de que gozamos los hombres públicos. Yo no creo que un sensual como tú renunciara á esas sensaciones habiéndolas probado. ¡Y las timideces de las pollitas! ¿Qué me dices de esas timideces? Una criaturita de dieciocho años se sobrecoge, se pliega como una sensitiva en la compañía de un hombre que se le impone por su fama. Ella balbucea ruburosa, mira en torno suyo, confundida y orgullosa al propio tiempo, y después que se familiariza con ese galardón, no quiere descender y se adhiere al brazo estrechamente y se deja decir cositas que agitan el corazón. Las mamás les recomiendan que sean amables con esos señores, los papás se les achican, los postulantes le abren camino y los paniaguados les limpian las botas. ¿Qué me dices de ese mundo? Y tú crees que á uno lo menosprecian por falsificar elecciones. ¡Qué cándido!

—Es que esta sociedad recién vá por la moral privada, todavía no tiene una noción clara de la moral pública. Hay que ampliar su criterio moral, generalizarlo, elevarlo. La

mujer cree que la virtud consiste en ser religiosa y guardar su cuerpo, y el hombre en ocultar sus actos deshonestos. He ahí la única moral social, la moral privada, la que dicta el egoísmo para la mejor conservación personal, pero de la cual poco reporta la comunidad. Hay que enseñarle á respetar la propiedad y el honor ajeno, hay que hacerle comprender que la moral pública es más noble y humanitaria, que es más útil y trascendental flagelar la venalidad de los hombres públicos que mirar por el ojo de la llave la vida privada de las familias para denigrarlas con malignidad implacable.

Por otra parte, suponiendo que sea cierto lo que tú dices, el pueblo no es el salón ni la muchedumbre. En la relación de las agrupaciones opuestas, las unidades pueden tratarse con afecto, lo que no impide el choque de las masas. Nosotros dos somos un ejemplo de este principio. Tú eres partidario político y hombre público, factor de una colectividad que daña al pueblo. Yo elemento antagónico, hijo del pueblo ofendido, que combato por su derecho, que es el mío, y somos buenos amigos. Los hombres de una entidad moral, como los miembros del cuer-

po humano, no son individualmente autores de lo que hace el organismo, pero hay de esos miembros unos más nobles que otros, lo que hace variar el aprecio de sus funciones, y por su misma importancia transmiten sus defectos á los demás. La cabeza, por ejemplo, foco de la voluntad y la razón, tiene la responsabilidad de sus ideas é impulsos. Así en la vida de los partidos, los que los forman y animan, serán los responsables ante la historia, ya que no lo son ante la ley. La muchedumbre admirará á los gobernantes y la sociedad les rendirá homenaje, pero el alma del pueblo los condena por la ofensa que le infieren.

—Celebro tu apostolado, porque me hace reír. ¡Qué cosa tan buena! ¿Con que el alma del pueblo, no? Prefiero la mía. Esas graves ideas te las debe sugerir la perspectiva de *l'adition*.

Tal vez, porque comes como un gubernista, y eso que yo intencionalmente he traído este debate á ver si te quitaba el apetito. Hemos faltado al arte de vivir. Hablemos de cosas plácidas.

— Te conozco, mascarita, aunque haces bien tu papel: quieres que te diga quién es

ella. Bueno, hombre, deja de padecer. No conoces otra cosa, de nombre por lo menos: es Dora Roning de Espinillo.

Delmar quedóse suspenso un momento y luego exclamó:

—¡Esta es la famosa Dorada luz ó luz dorada ¿como es que le dicen? ¡Qué contraste de sentimientos me produce tu revelación! Su marido fué quien arruinó á mi padre y no he conseguido hacerle reconocer sus obligaciones. Todo lo pervierte con su influencia. Es verdaderamente un pillo, un....

—¡Basta, hombre, por Dios! Para perseguirle la mujer no creo que necesites recargarlo tanto de denuestos. Paga y vamos, y un momento después se dirijian juntos por la calle de Cangallo hacia la de Florida en animadísima plática.





IV

DE qué conversaban Delmar y Lerma al recorrer lentamente las calles que forman el paseo de la prima noche en la ciudad de Buenos Aires? Probablemente de la encantadora beldad de que hablaban al levantarse de la mesa. También nosotros hablaremos de ella con el lector para hacérsela conocer desde que floreció en la vida hasta el momento en que la vemos conmoviendo á Delmar.

Para ello necesitamos hacer una ligera excursión retrospectiva hasta encontrarnos con la juventud de sus padres.

Allá por el año 1860 llegó á las playas argentinas, fuerte de ánimo y rico de esperanzas, un mocetòn italiano, Reynaldo Rogni, sin capital ni oficio. Traia la fuerza de su

vida y el anhelo de enriquecerse, lo que ya era bastante en este país, en un época en que todas las riquezas esperaban dormidas la mano que las hiciese brillar. Un pobre se siente lo mismo en todas partes con tal que no haga frío. No le falta nada porque siempre le ha faltado todo. Es tan insignificante que nadie lo conoce ni en su mismo país, si se exceptúa la gente incómoda que tiene que exigirle algo, el pago del pan ó del lecho. Rogni estaba hecho á esa miseria, de suerte que no pensó buscar instalación onerosa el día de su desembarco. Más previsora era guardar sus pocas liras para comer. Su equipaje lo llevaba puesto. Lo que le interesaba era dónde había de dormir sin que lo incomodasen, y le pareció sumamente agradable el bosque de sauces del Paseo de Julio, á la altura del Retiro, que entonces tenía un aspecto virginal. Allí se instaló la primera noche y al alborar el día siguiente se lanzó á buscar trabajo. A poco andar se conchavó para bolear ladrillo en un edificio en construcción donde se alojó con permiso del *maestro*. Rogni estaba encaminado. Dispuesto como era, ascendió sucesivamente en el oficio, fué media cuchara,

oficial y maestro. Hasta hace veinte años toda la edificación de Buenos Aires estaba hecha bajo la frangollada dirección de los maestros albañiles, sin nociones de arquitectura ni de higiene, y todavía hoy prosperan. Sobraba, entónces trabajo. Rogni que no gastaba en nada, sino en pan y queso, á los dos años tenía un terrenito y á los cinco años varias casitas, hechas por él mismo, las que día á día se valorizaban por el progreso del municipio. Fué como empresario de obras que trató con la familia de Torres, argentina, la refacción de una casita, único patrimonio de esta familia, formada de dos personas, la señora, viuda de un militar, y su hija, ya señorita. Nunca pudieron pagarle su trabajo, y la constancia que él tenía para cobrarles convirtió al acreedor en amigo, seducido por la tímida bondad de aquella buena gente que se afligía de no poderle cumplir. La muchacha era bonita y decente y Rogni cobró su crédito en amor, se casó con ella y de esa unión nació Dora Rogni.

Si se tiene en cuenta que en la capital argentina el valor de la propiedad raiz en ciertos barrios se ha centuplicado en veinte

años, no parecerá extraño el que afirmemos que veinte años después de su estadía en Buenos Aires, Rogni había *fatto l'America*, era millonario. Hombre de trabajo, trabajar era para él un recreo, y á pesar de poseer una gran fortuna, lejos de retirarse de su oficio había incorporado á su empresa técnicos que le facilitaban hacerse cargo de grandes construcciones, y en una de estas obras encontró la muerte, porque examinando un techo de bobedilla cedió ésta y él cayó al subsuelo desde una altura de quince metros produciéndole el golpe una muerte instantánea.

La familia de Rogni no había aparecido en sociedad. Su mujer era sencilla por educación y él vulgar y sin pretensiones. Sin embargo, era conocida su fortuna, así es que cuando los diarios dieron la noticia del accidente de que había sido víctima el constructor Rogni, las aves negras empezaron á revolotear en torno de la casa mortuoria por apoderarse de la testamentaria.

Dora entre tanto estaba en un internado.

Al día siguiente de la inhumación de Rogni se hizo anunciar á la viuda el doctor Sócrates Espinillo, solicitando hablar urgente-

mente con ella. No estaba el ánimo de la señora para aceptar una entrevista, pero como la anunciada persona mandaba decir con instancia que se trataba de sus intereses, se creyó en el deber de recibirlo, si quiera fuese así, abatida y llorosa.

El doctor Espinillo, afectando condolencia y pidiendo disculpa por anticiparse en momentos dolorosos á hablar de cosas tan materiales como las que motivaban su visita, se declaró amigo y consejero del finado Rogni. Estoy al corriente de todos sus negocios—le aseguró á la viuda—y sobre todo de sus créditos, que son muy importantes. Le deben mucho. El pobre siempre me decía: mi querido doctor, los hombres de mi actividad mueren en la calle. Si ello me ocurre cualquier día, le recomiendo á mi familia, póngale todo en limpio. ¡Quién había de decir que pronosticaba su fin! Creo, señora, de mi deber, en homenaje á la memoria de este amigo, ofrecer á usted mis servicios de abogado y vengo á traer á Vd. mi tarjeta. Tengo en mi poder algunos papeles de Rogni, que cuando se serene su espíritu pondré á su disposición. Ahora me apresuro á retirarme porque considero lo penoso que

debe ser para usted salir del recogimiento natural de estas situaciones. .

El doctor Espinillo se retiró dejando la persuasión en el ánimo de la viuda de Rogni de que no podía ser otro que él el abogado que dirijiese la testamentaria, y por otra parte quedó la señora con la tranquilidad de tener una persona entendida á quien confiarse, y sobre todo con la satisfacción íntima, en medio de su angustia, de que cumplía una disposición de su finado esposo.

Si el lector, que suele interesarse por la suerte de algunos personajes de novela, participase de la satisfacción de aquella buena señora, sensible será descubrirle que todo cuanto dijo allí el doctor Espinillo fué una superchería audaz. Ni siquiera de vista había conocido á don Reynaldo Rogni. Era una habilidad de Espinillo, vividor decidido que tenía hambre de crecer.

Sabido es que dentro de un mismo país varían de un sitio á otro, según los diversos aspectos de su naturaleza y condiciones climáticas, la flora y la fauna, el tipo, el carácter y la cultura de sus habitantes. Los argentinos, con un territorio que toca en dos zonas opuestas, frígida y tórrida, que desde

el nivel del mar se eleva más arriba de las nubes, con extensas costas marítimas y ríos como mares, llanúras y montañas, tienen distintas civilizaciones. La civilización de Buenos Aires empieza á ser esencialmente europea y se extiende mayormente por todo el litoral. La civilización del interior no ha perdido todavía el sello de la nación estacionaria desde la independencia, así es que el tipo argentino tradicional se encuentra en el interior donde el sentimiento nacional es más vivo y uniforme. Las provincias del interior, que entre otras glorias tienen la de haber sido cuna de muchos argentinos ilustres, las provincias del interior donde tienen asiento familias patricias que viven rodeadas de una aureola de virtud y dignidad, esas regiones tan pintorescas y atrayentes, así como producen el arbusto espinoso y hostil entre el gigantesco algarrobo, producen también entre sus nobles caracteres, entre sus distinguidas damas y sus lindas morochas, un lugareño taimado y falso, medrador sin conciencia, intrigante murmurador y politiquero, fruto de la pobreza y la estrechez del lugar. Allí donde no ha tenido nada material que admirar, lo ha deslumbrado el

poder, la autoridad, la fuerza, y no concibe mayor mérito que el oficialismo. Ama el gobierno y lo persigue por todos los medios. Es el corruptor de la política nacional y el eterno revolucionario de su aldea. No sabe hacer otra cosa. De este pelage era el doctor Sócrates Espinillo. Decían algunos que no era tal doctor, pero él llegó á Buenos Aires explotando este título.

No era sin embargo el doctor Espinillo una pobre figura, un trapacista de la más baja estofa. - Si carecía de extensa ilustración tenía inteligencia natural y una osadía sin límites. Era desfachatado y cínico. Vino á Buenos Aires inmediatamente después de la federalización de la capital. Antes no se habría encontrado á su gusto en la gran ciudad porque era tierra porteña y él no comprendía el sentimiento nacional. Después, sí, porque recién, según él, pertenecía á todos. Cuando algún hijo de Buenos Aires iba á su provincia lo recibía como extranjero, con susceptibilidad local, muy lejos de pensar que el porteño pisaba allí su tierra como en el último palmo de la República. Pobre desde su cuna llegó á Buenos Aires librado al azar. Husmeó aquí, allí y acullá, y no le

pareció mal tentar la fortuna en la rueda de la Bolsa, dispuesto á no pagar si perdía. La suerte lo favoreció y con ese resultado, afrontó los gastos de una instalación más estable. Después dirigió su acción á buscar un enlace conveniente en la alta sociedad y fracasó en estas tentativas, más que todo porque le puso los puntos á los primeros premios, demasiado disputados. Especuló, jugó, ganó, perdió y volvió á su provincia, de donde vino diputado al Congreso, diz que por un arreglo de cuentas con el gobernador. No le tocó un período íntegro y á los dos años quedó cesante y pobre. Fué en esa época, que aflijido como un náufrago, se valió de la superchería que ya conocemos para conseguir la testamentaria de Rogni.

La viuda de Rogni no estaba al corriente de los negocios de su esposo, quien como hombre jóven todavía no pensaba en la muerte y de nada le había dado cuenta. Solo tenía esta señora modestas y escasas relaciones sociales, de suerte que se entregó por entero á la dirección del doctor Sócrates Espinillo, en quien veía una persona de alto respeto. Ignorando ella de qué calaña era su abogado, encontró en él una tregua á su tribulación,

una garantía para definir y fijar su fortuna, y por su parte el doctor Espinillo vió abierto y de fácil acceso el nuevo rumbo que él trataba de fijar á su vida, un matrimonio lucrativo, porque Dora, aunque colegiala, era ya una señorita, y si bien él no conquistaría un apellido histórico en cambio se apoderaría de una fortuna disponible con la cual elevaría el rango de su mujer.

Este plan lo realizó sin dificultad: dos años despues las crónicas sociales, con esas expresiones aduladoras con que tratan á la gente de pró, lanzaban á los aires de la publicidad la nueva del enlace del «inteligente y distinguido hombre público doctor Sócrates Espinillo con la encantadora señorita de *Roning* flor recién abierta en el jardín de la belleza argentina.»

La transformación del apellido de la novia tiene una explicación graciosa. Como rogni suena roñi en italiano, las chicas en el colegio le decían á Dora roñita, más que por alusión á su origen, porque era antes de la pubertad muy diminuta, y el doctor Espinillo que conocía este antecedente le cambió la ortografía al apellido, teniendo en cuenta

que en sociedad suele desdorar á una persona un detalle que cascabelea.

El nuevo sonido Roning, indujo más tarde á la señora de Espinillo, cuando se desarrolló su vanidad, á atribuirse un origen aleman, por parte de padre, que satisfacía más sus preocupaciones de grandeza social.





V

HAY tres fuerzas sociales: el poder, el dinero y el talento, pero puede decirse que priman las dos primeras. Especialmente en la sociedad argentina el hombre no se destaca si no ocupa algún puesto público. En cambio, cualquier mentecato que se abre lugar en la vida pública, por ilícitos que sean los medios, disfruta de alta consideración social. Los altos puestos públicos están en una relación tan directa con los intereses generales de la sociedad, que forzosamente quienes los ocupan tienen que gozar de respeto aunque no lo merezcan. Así se explica el éxito lisonjero con que fué acogido el doctor Espinillo en el mundo elegante, al presentarse con una posición definida, casado, con fortuna, con título profesional y con el respetable antecedente de haber pasado ya una

vez por la cámara de diputados. Además, el ruido de sus especulaciones en tierras y títulos acentuaba notoriamente su personalidad.

Cuando dos años después de su matrimonio ocurrió el fallecimiento de su suegra, la manifestación de duelo fué imponente, y debió dejar al doctor Espinillo muy satisfactoria impresión de la alta estima de que gozaba en sociedad.

Pasado este duelo, Dora fulguró como un astro en su apogeo. La verdad es que tenía una belleza singular, esa belleza vital y ostentosa de las rubias cabello de sol, tez de alborada y ojos de límpido cielo azul. Era grácil, flexible y mórbida. Forjada en un sistema óseo finísimo, tenía una redondez delicada de suaves líneas de venus estatuaria. La madre de Dora había sido una mujer muy femenina, de facciones suaves y diminutas, y su padre muy bien constituido, de esa blancura rosada de algunos italianos que parece hecha con colorete. Los mejores de estos rasgos, favorecidos por el bienestar, se habían reproducido con mayor cultura en esta eva tentadora. Durante su internado en uno de los principales colegios religiosos de

Buenos Aires, se había rozado con niñas distinguidas y asimilado su aire, sus maneras desenvueltas y sus giros vivaces, y aunque al dejar el claustro había revelado esa tímida trabazón de la novicia, pronto adquirió aplomo y suficiencia, excitada y exaltada por el doctor Espinillo, que para asegurársela, tuvo buen cuidado de despertar su imaginación á los placeres del gran mundo, fuera de que había en ella materia prima para una mujer mundana.

La educación de los internados religiosos dá más hipocresía que virtud. Allí sobran oraciones y disciplina, pero falta el ambiente cariñoso del hogar, la sana máxima de los padres, la discreta explicación materna á todas esas pequeñas curiosidades que suscita día á día el crecimiento de los niños, falta el ejemplo moral y el consejo noble, las nociones de solidaridad de familia, el cultivo constante de cariño recíproco. Esos encierros enfrían el alma y ajan la pureza. La naturaleza no es moral y tiene voces secretas que murmuran al oído lo que se comprende mejor en la soledad por sagrados que parezcan los sitios. Las revelaciones y sensaciones que vienen sin que se

las llame, son temas de cuchicheos en el compañerismo de la reclusión y pervierten la inocencia, mientras que al aire libre ningún pensamiento se fija en la ligera imaginación de la infancia.

Después de ocho años de internado, Dora había aprendido rudimentos generales, especialmente historia sagrada, chapurreaba dos idiomas, francés é inglés, conocía las notas y tocaba algo el piano. Esta escasa educación inculcada por un mecanismo rígido y solemne, dentro de un encierro, lejos de la familia, le había formado una alma fría como el ambiente del claustro y un tanto depravada por el secreteo con las condiscípulas. Además era pueril y vulgar, y el ejercicio diario en el colegio de antagonismos y chismes, le había fijado un bajo nivel moral y dado un juicio precipitado y maligno de las personas. Más tarde, en la vida social, adquirió cierto tacto para expresarse, disimuló sus prevenciones, restringió sus ligerezas, modificó su maledicencia, agració sus movimientos, educó su éco, aprendió cumplimientos y frases lisongeras que las decía con gracia y acento de sinceridad, pero en realidad sus cuali-

dades fundamentales perseveraban bajo otras formas y su vanidad se había dilatado en esa lucha social de querer sobreponerse unas á otras.

No tenía Dora temperamento para amar con vehemencia. La idea del matrimonio se le había presentado como la de un acontecimiento social en el que le estaba designado el primer papel y le había parecido halagüeño desempeñarlo en medio de ese movimiento de amistades que ocasiona un casamiento. Ser la novia, la mimada del día de bodas, objeto de regalos y de crónicas, he ahí algo que le había parecido interesante. ¡ Como se hablaría de ella ! ¿ Y el vestido de novia ? ¿ Qué tal le quedaría el vestido de novia ? Su mamá le había prometido todas sus alhajas para el día que ella se casára, aparte del regalo como madrina, que sería espléndido. ¡ Con qué rabia se quedaría Lucía al saber su casamiento, la muy orgullosa, que en el colegio creía que ella no más valía ! Ahí está, nadie se le había acercado hasta ahora, mientras que ella se casaba con un hombre importante. ¡ Cómo estaría esa noche el templo ! ¿ Y ella, cómo entraría ? Con timidez y rubor, y di-

ría el sí despacio, muy despacito. ¡Qué cosa tan fea le parecían esas novias que dicen el sí con descaro! Cualquiera diría que están deseando hombre. Después daría parte. No muy pronto porque eso no se acostumbra. A Lucía, no, ¡tonta! ¡fátua! Fijaría los viernes que no son días de Palermo ni de teatro para recibir.

Hasta allí llegaban las ideas matrimoniales de Dora, y después que hubo pasado por todo eso, sentía un vacío inexplicable, habría querido volver á empezar con el candor de sus primeros años.

¿Su marido? Si, era bueno, pero ella había creído que el amor era otra cosa, sentía que no le llenaba el alma.

Felizmente la sociedad la compensaba de todo, era agradable la sociedad, los teatros y los paseos, y así trascurría la vida de Dora, madurando, aprendiendo y transformándose.

Entretanto su marido se agitaba en otro sentido.

Esa efervescencia de negocios cuyo centro estaba en Buenos Aires en 1887, lo tomó al doctor Espinillo en posesión de la fortuna de su mujer y se lanzó en todo género de transacciones. Le habría bastado lo que po-

seía para sostener con lujo su posición social, pero la influencia del ambiente, el contagio de la avaricia, su espíritu aventurero y su pasión por el azar lo hacían comprar, vender, proyectar, formar sindicatos y comprometer su crédito, y el resultado fué que dos años más tarde la llamada crisis de progreso lo arruinó totalmente.

Sin embargo un hombre que juega y hace política nunca está desamparado.

La revolución de 1890, consecuencia de esta crisis, sólo hizo bambolear el gobierno. Si cayó el presidente, fué porque se dejó caer, no porque lo derribasen. En estos países no se gobierna todavía con opinión, se gobierna con habilidad y energía, de suerte que el vacío ó el ataque solo derriba á los débiles. En prueba de ello apuntaremos esta observación: con haber sido en aquella época el sentimiento del pueblo derrocar el gobierno solamente cayó un hombre, y vale más así. Estas revoluciones solo tienen buenas las palabras. En este sentido fué un apercebimiento para cambiar el paso momentáneamente.

El doctor Espinillo quedó prendido á la situación, lo que le permitió arreglar sus

deudas favorablemente con los bancos oficiales y vivir saltando de una posición á otra, dejando en las administraciones por donde pasaba las huellas de su incapacidad cuando no de su relajación. Por un fenómeno moral muy común en estos hombres-lucro, que son severos y estrictos con lo que no ha de aprovecharles, el doctor Espinillo tenía como hombre público algunos rasgos de moralidad y economía en favor de los intereses que representaba, pero como carecía del sentido exacto de la honradez, nunca era equitativo, y su moral y economía consistían en sacarle algo de su derecho á cualquier gestor ó interesado para favorecer la administración pública, á la que por otra parte era capaz de chuparle toda su savia.

En los últimos tiempos consiguió formar parte subrepticamente de una empresa constructora que contrató con el gobierno grandes obras á papel y luego por una ligera adulteración que introdujo en el expediente cobró los créditos á oro, con cuyos grandes beneficios restauró la fortuna de su mujer, y ya con más experiencia se entregó á vivir de rentas. Invertidos estos dineros en inmuebles y títulos adquiridos á nombre de

su mujer, la que podía justificar su propiedad exclusiva sobre ellos con el antecedente de su herencia paterna, el doctor Espinillo pasaba por insolvente, y esto él lo consideraba una posición cómoda para contratar y especular y no pagar si perdía. Tal era su situación personal la última vez que pasó por la Cámara de Diputados y procedió como hemos visto con su corredor y el doctor Delmar.

Es cierto que en los círculos sociales se murmuraba de su poca delicadeza, que los más enérgicos y apasionados lo tachaban de cínico tramposo, pero esto en primer lugar él no lo sabía, y después, la consistencia de su posición era superior á la hostilidad de las habladurías. Es más fácil impedir que un hombre suba que hacerlo descender. El doctor Espinillo se había elevado y allí estaba.

También los díceres herían á su mujer, pero en esa forma vaga en que no se puede distinguir la verdad de la mala intención.

En cambio, todos los hombres ponderaban con entusiasmo su belleza y su elegancia, y en cuanto á las mujeres, aunque no siempre le fuesen leales, se engreían de su amistad, con excepción de algunas de aristocracia

tradicional que la miraban de soslayo y con desdén, tal vez despechadas de no sentirse capaces en su aburrimiento de gozar de la misma libertad.

En la actualidad de nuestros personajes esta pareja ya no tiene ardores para sí, han trascurrido cerca de quince años de casados y no tienen hijos, que son la labor y el halago permanente del matrimonio. El doctor Espinillo ha pasado los cincuenta años y su señora friza en los treinta. Así, pues, buscan sus entretenimientos fuera del hogar, en las tertulias políticas, donde se charla y se juega, y ella en los recibos de las amigas y en recorrer en su coche las calles usuales de paseo diario.

El doctor Espinillo, hombre llano y sin acritudes, decididor y chismero, no encuentra resistencias entre las personas de su trato; y la linda Dora, aunque altiva, vanidosa y poco sensible, es alegre, expansiva, familiar y lisongera entre las personas de su círculo. Estos rasgos de carácter bastan para hacer fácil la vida social y con ellos circulaban ambos sin dificultad. En la vida íntima se trataban con consideración, sin privaciones, celos, dudas ni rigores; él tenía confianza en

su mujer y á ella le era indiferente su marido, al que apreciaba como á un factor esencial de su vida mundana, pero así en globo, sin cálculo ni estudio. Eran felices dentro de esa felicidad pasiva de dos esposos que se acompañan y no riñen. Tal vez se amaban sin pensarlo y sin saberlo. En el matrimonio la posesión y la saciedad aplacan la vehemencia, pero si no hay discórdias, el destino común va formando insensiblemente un hondo afecto que recién se mide en la desgracia. No había llegado para ellos un momento de prueba. Lo cierto es que el amor de las caricias les habría parecido ridículo.

Sinembargo, Dora incendiaba la imaginación de los hombres, lo que demuestra una vez más que la belleza se desprecia para el poseedor.

La mujer á los treinta años, con esa perfección ante la naturaleza que le dá el matrimonio, tiene la fragancia de la rosa calentada en el seno, se la absorbe con mayor fruición. Dora estaba bien apercebida de este prestigio y lo hacía sentir intencionalmente con diabólica travesura. Era, puede decirse su pasatiempo diario, jugar con misterio á los amores en el tránsito de sus paseos ves-

pertinos. Todas las tardes recorría la calle de Florida y la Avenida de Mayo semioculta en un ángulo de su coupé, y desde ese sitio que ella hacía como un escondite para develar su malicia, miraba á los hombres de su simpatía con equívoco interés. Si alguno no le manifestaba toda la admiración que ella quería inspirarle se inclinaba sobre la ventanilla y lo miraba como si quisiese reconocerlo, y cuando ya había llamado su atención se volvía presurosa á su escondrijo dejándolo en la incertidumbre sobre el alcance de esta demostración.

Para muchos esta mujer era una pasión platónica, la esperaban para verla cruzar fugaz como una visión encantadora. Otros tomaban un fiacre y salían á escape trás de su coche á pasar adelante para darse el gusto de volver á verla y hacerle comprender que ella los arrebatava.

Estos triunfos de Dora, que en realidad no eran tales sino provocaciones, constituían para ella un halago que era casi una necesidad de su vida moral. Gozaba con hacer sentir su belleza, con el homenaje de los hombres que conmovía, pero si alguno tomaba el asunto á lo sério y daba muestras de querer

probar una aventura, se ponía seria, severa, altiva, desdeñosa, amenazadora, hacía que no se apercibía de él. Más de una vez, á esa hora crepuscular, propicia para atrevimientos, sintió caer á sus pies flores ó billetes y en el acto los devolvió á la calle como una basura que hubiese saltado de la vía por casualidad.

Rafael Delmar, delicado, impresionable, amoroso y cultor apasionado de la belleza femenina, era uno de los fascinados de Dora. Había él notado en distintas ocasiones que desde el fondo de un carruaje esta mujer lo envolvía al pasar en una mirada rápida pero expresiva y que á veces plegaba ligeramente los labios como si quisiera sonreirse. Con estos antecedentes esperaba la primera oportunidad para tentar saber lo que hubiese de práctico en tales demostraciones. Delmar pensaba que era una situación difícil de resolver y que requería mucho tacto mundano. Más de una vez se había presentado á sí mismo la cuestión y la había debatido en sus soliloquios arribando siempre á la conclusión de que convenía ser prudente para evitarse el ridículo de un paso en falso. Por último se había propuesto ofrecerle la ocasión

de ser más explícita la primera vez que volviese á encontrarla y cumplía ese propósito aquella tarde que lo sorprendió infraganti su amigo el doctor Lerma y ya hemos visto que Dora no le contestó el saludo.

Es que en realidad Dora no buscaba amante ni habría necesitado tomarlo de la calle. Demasiadas tentaciones tenía en sociedad. Todo aquello no era otra cosa que pura vanidad y una cierta sensualidad moral de que ella misma no se daba perfecta cuenta.

Nuestra civilización ha complicado tanto el amor que el impulso natural que lo forma ha caído en el fondo de la vida. Lo que se vé más claro es el sello oficial y el religioso, pero la naturaleza—gritona inmoderada—siempre está reclamando su parte de goce. Hay mujeres que se casan enamoradas y otras obedeciendo á distintos móviles. Generalmente todas son esclavas de su deber y se someten á los principios del honor, pero no pueden evitar que campee su alma por regiones vedadas. Dora dejaba á la suya asomarse á los ojos con una fosforecencia eléctrica sin pensar tal vez que agitaba corazones y producía insomnios.

Rafael Delmar era una de sus víctimas.



VI

PROFUNDICEMOS más el alma y la vida de este personaje para que el lector lo aprecie mejor en la importante figuración que le asignamos en este libro.

Hemos dicho antes que era una inteligencia sutil y artística y agregaremos que este hermoso dón se combinaba con un carácter firme, delicado y altivo, bien que sin rasgos de audacia. Lo dominaba una timidez que á su despecho no podía vencer. En situaciones en que habría podido brillar, su timidez lo había puesto por debajo de hombres inferiores. Probablemente ello provenía de que consagraba más tiempo á la lectura y á la meditación que á la compañía de los hombres. El trato con los hombres lo mantenía simplemente en la mesa redonda del restaurant del club, de donde era pensionista,

y en el salón de lectura cuando iba á revisar diarios y revistas. Imbuido en lecturas sociológicas era un principista moderno que pecaba de utópico. Se sublevaba contra las componendas de la política práctica. Habría querido ver funcionar á gobernantes y magistrados ajustándose á las instituciones y códigos con una exactitud astrológica. Era liberal y socialista moderado en el sentido de que creía justo distribuir los dones de la vida con más equidad. Tenía la religión de Dios sin culto externo. Era piadoso por tendencia ingénita, lo condolían sinceramente las desgracias de la humanidad. Odiaba el militarismo y la guerra, pero veneraba á los héroes por su grandeza y á los soldados por su desgracia. Era patriota razonador: creía que una nación tiene el derecho de defensa como el hombre que es agredido, pero odiaba la diplomacia absorbente, usurpadora y egoísta. Deseaba la grandeza de su país para bienestar de todos los que quisieran habitarlo y no por pueriles sentimientos de rivalidad. Veía muy lejana una verdadera civilización moral argentina, y aunque se empeñaba en ser benévolo con nuestros errores, vicios y deficiencias y perdonaba todos los excesos de

los hombres mediocres, se indignaba ante la complicidad de algunos espíritus superiores con esa barbarie que viola las leyes y saquea las rentas.

Atreviéndonos á mirar al traves del velo que cubre la vida íntima, lo hallaremos, naturalmente, menos puro, por su condición de hombre soltero, sólo, sin familia, y la amplitud de su alma libre, sin reatos de ultratumba. Amaba á la mujer con sensible é intenso temperamento erótico, la deificaba en su imaginación ardiente, creía y sentía que á no haber otros ideales, la vida merecería ser vivida solamente para adorar á la mujer y todas las mujeres tenían para él alguna belleza que celebraba siempre con entusiasmo. Sus amigos solían burlarse de su gusto extravagante cuando confesaba simpatía ó interés por alguna mujer á todas luces fea, y era que él le había descubierto algún rasgo perfecto, el pié, la oreja ó la mano, y ya estaba prendado de ese detalle. Sostenía que solamente los hombres desnaturalizados y frios limitan su amor á la belleza estética; que la belleza de la mujer consiste en ser mujer. Tenía algo de fisiológicamente seductor, pues había alcanzado triunfos en todas los

rangos y edades. En estas persecuciones se había formado una conciencia acomodaticia con una teoría mal sana que consistía en creer que el amor transitorio no es un mal para ninguna mujer con tal que no la desacredite, y con su discreción pretendía salvar el deshonor. Para él el honor de la mujer era un respeto social, una moralidad que no fuese puesta en duda.

El temor á las grandes responsabilidades que impone la familia lo hacía ir postergando su matrimonio, y entretanto se iba desconceptuando en una sociedad donde lo primero que hace un joven es casarse. Parece que en su adolescencia Delmar tuvo una aventura amorosa con una mujer distinguida que formó su naturaleza á las emociones palpitantes y la vició en el amor delictuoso. Dicen que el tigre se ceba en la carne humana despues de haberla probado. Algo así le pasa al hombre con la carne del amor. La calidad de sus primeros bocados forma su gusto y si han sido finos, siempre se los procura iguales. Sin embargo, acaso por excepción, al tiempo que encontramos á Delmar arrebatado por la encantadora Dora, tenía unos amores de mala calidad. Era un

hallazgo de la calle, una demi-mondaine como la ha explicado Dumas, con severas exterioridades de señora. Le gustaba engañarse á sí misma y creía que lo conseguía sobre los demás, y para desempeñar mejor su papel, asumía actitudes de reina. Algunos buenos efectos sacaba de esta comedia, pues Delmar creyó al principio que había hecho una buena presa. Después le resultó una histérica canallesca, tan mentirosa que siempre lo tuvo confundido respecto á todo el alcance de su perversión. Con todo, como era apasionada, locuaz y dominante, había conseguido imponérsele, tener exigencias, y armarle querella y celos. Delmar, que carecía de energías contra las impertinencias amorosas, no se sentía capaz de romper con ella.

Así trascurría la existencia de este hombre estimable, especie de sol con manchas, en el que la luz dominaba las sombras.

Fué para Delmar una impresión ingrata el saber que Dora, á quién él había sublimizado en su pensamiento, compartía su existencia con un individuo que se le representaba tan menguado. Las naturalezas finas y sensibles viven alzando y derribando templos y dioses en su imaginación, y á no ser porque

el hombre transije fácilmente con los defectos de la mujer ajena ó gratuita, Delmar se habría arrancado del corazón á Dora. En ese encuentro casi diario con la señora de Espinillo, en ese cambio de miradas llenas de fluido, se había hecho algo así como un amante que no se acercaba por imposibilidad del momento y la amaba con esa inquietud de los amores ansiosos, difíciles y contrariados.

A veces, á solas con sus recuerdos, dejaba vagar el pensamiento en torno de la que él llamaba su blonda gentil, la acariciaba con mimo y extremo como á una criaturita idolatrada, y otras veces se alarmaba de su ternura, temeroso de que lo hiciese sufrir demasiado, y se empeñaba en profanarla, atribuyéndole sentimientos vulgares que reducían su culto á una pasagera aventura carnal.

Desde aquella noche en que Lerma le despejó la incógnita, un cúmulo de ideas encontradas se revolvía en su mente. Ora se apenaba de que Dora perteneciese á Espinillo, porque á los ojos de su alma se achicaba su magnificencia, ora se complacía de ello porque le parecía imposible que pudiese amar á un marido semejante.

Por otra parte, Delmar, aunque mundano,

tenía un resto de conciencia social á cerca del respeto por la mujer casada, y habría acaso sofocado su pasión si se hubiese tratado de la compañera de un hombre estimable, pero en su caso—se decía, tornándose jovial—si hasta tengo derecho á la revancha. Y despues de todo, ¿no será una conmisericordia impregnar de amor esa almita errabunda que parece desolada? ¡Siento yo tanto por ella!

Dora pensaba mucho menos en Delmar que él en ella. Lo miraba como á la generalidad de los hombres que no le eran indiferentes, y lo que Delmar encontraba en la mirada de Dora como una intención particular, era la expresión común de su ojos, provocativa si se quiere, pero sin propósito personal y concreto.

Sin embargo, su conciencia no debía estar muy tranquila, porque un día que se entretenía en su toilette en dar formas caprichosas frente al espejo á su abundosa cabellera rubia, llamó el mucamo con leve toque á la puerta entrecerrada, preguntando:

—¿La señora permite?

—Pase, Francisco —respondió ella nerviosa.

—Adelantóse Francisco y presentó á su señora una carta en un platillo de plata. Dora cogió la carta, la examinó, y al observar que no llevaba dirección, frunció el entrecejo con una mezcla de duda y curiosidad, y despues de revolverla entre sus finísimos dedos, preguntó al criado:

—¿Quién ha traído esto, Francisco? ¿Por qué recibe usted una carta que no dice para quién es?

—El hombre dijo que es para la señora, contestó Francisco, disculpándose humildemente.

—Bien, vaya para allá, y abrió Dora la carta con impaciente menosprecio.

Era un billete amoroso, anónimo, que decía así:

«¿Por qué no confesárnoslo? Nuestras almas se dicen tiernos secretos cuando nos miramos. La mía no quiere sino soñar con su espléndida belleza, la arrulla y la acaricia y se embriaga de emociones y deseos. ¿La veré siempre allí mismo? Amémonos.»

Dora, nerviosa y espantada, como hundido el pensamiento en algún recuerdo íntimo, se lanzó á andar por la habitación sin saber qué hacer, estrechando el billete en la mano

derecha. Iba á esconderlo en el seno cuando en ese mismo momento se presentó nuevamente el criado, diciendo :

—Señora, no es para acá, vienen á buscar el papel que traje á usted.

Dora se detuvo pensativa, y luego exclamó agitada :

—No puede ser—y se llevó la mano contra el pecho como si en aquél papel quisiese defender un tesoro.

En el mismo momento se presentó inesperadamente su marido. Entonces ella le tendió el billete al sirviente ordenándole con imperio y desdén :

—Lleve ese papel, que no es para mí—y se arrojó al cuello de su marido, diciéndole toda temblorosa:— ¡Ah! ¡qué susto me has dado! ¡ Como que no te esperaba !

Es evidente que Dora admitía la posibilidad de que alguien le escribiese una carta de amor, ó mejor dicho, de que alguien se considerase autorizado á escribirle una carta así, pero al recorrer la pluralidad de sus simpatías, parece que no supo á quién atribuírsela con certeza.

Aunque Dora no tenía por su marido un alto respeto y él no era severo ni exigente,

aquella coincidencia de presentarse Espinillo inesperadamente cuando ella tenía entre sus manos una carta amorosa, le produjo una conmoción enorme, y por asociación de ideas, pensó un momento en los riesgos de la deslealtad conyugal y la horrorizó la idea del escándalo. Dora no tenía la inspiración del honor, tenía simplemente la subordinación social que preserva de las faltas de miedo á las consecuencias. Su honestidad era por una parte, un contrato y por otra una conveniencia. Por lo demás, no era pudorosa ni delicada. El honor y la virtud los comprendía dentro de la lealtad material y de las prácticas religiosas, y como se consideraba honrada y virtuosa, tenía siempre en sus labios una censura implacable contra la mujer sindicada. No se daba cuenta de que esa maledicencia tan inícuá, tan impía, tan poco cristiana, que consiste en flagelar faltas supuestas, es una peste de la que no se libran las más rigurosas, y ella sin saberlo ni sospecharlo era una de las víctimas de la infección que propagaba.

Si la mujer juzgase á las demás como desea ser juzgada, si respetase el honor ajeno como desea que se respete el suyo propio,

sería indiscutiblemente un sér más noble y más feliz. Desgraciadamente, la malignidad humana está lejos de esta cultura, y como una prueba de ello, Dora, que apenas si comprendía el honor material y andaba tentando á los hombres en la calle, tenía una severidad intransigente para juzgar aún á sus propias amigas, lejos de ellas naturalmente.

El susto que se llevó Dora en el episodio de la carta sirvió para imprimirle más circunspección durante el tiempo que vibraron en su memoria aquellas impresiones, y como esto ocurría precisamente en la época de los grandes entusiasmos callejeros de Delmar con ella, notó él, con viva contrariedad, el cambio que se había producido en el ánimo de su blonda gentil, y la esquivéz de ella avivó el interés de él. Cavilaba, divagaba y se perdía en conjeturas. Sabía Delmar que las mujeres satisfechas son generalmente indiferentes, y se inquietaba ante la idea de que algún otro más práctico ó más espeditivo, se hubiese metido en ese corazón que él ansiaba ocupar, y esto le daba impulsos de atreverse en cualquier forma á resolver su ya molesta expectativa.



VII

ACABABA de finalizar la temporada lírica del teatro de la Ópera y se abría el período de recibos, bailes, conciertos y fiestas de caridad con que la alta sociedad de Buenos Aires se entretiene hasta que pasan los últimos frios del invierno.

Rafael Delmar no había tenido la dicha de encontrar á Dora ni siquiera una noche en las bellísimas veladas de la Ópera, y por cierto que la había buscado con ese interés afanoso que suele aislar á un individuo en una fiesta porque hace caso omiso de todo en pós de su objetivo. Es que Delmar había contado con definir posiciones en el teatro, ó mejor dicho, definir intenciones. En el teatro las almas se explican fácilmente cuando tienen algo que decirse. En alas de atractivos recíprocos se funden y confun-

den, se acarician y se besan á través del misterio que forma la distancia. Pero el doctor Espinillo no había asimilado de la alta cultura sino esas comodidades más instintivas, como ser la buena casa y el coche. No tenía el sentimiento del arte y menos el de la música elevada. Una vez que acompañó á su mujer á la Ópera se quedó dormido, y él lo confesaba con la afectada llaneza con que acostumbraba á disculpar su incapacidad en punto á ciertos refinamientos. «Nunca creí que io fuese capaz de dormirme con tanto ruido,» decía burlándose de sí mismo, cuando recordaba el caso. En cuanto á Dora, más preparada para estos goces, solía asistir con alguna familia amiga, sobre todo si tenía algún buen traje que estrenar, lo que parece no le había ocurrido en la última temporada.

Delmar sabía que no debía esperar un encuentro con Dora en las estaciones veraniegas, porque el doctor Espinillo, á pesar de su aclimatación en Buenos Aires, sentía la nostalgia de la cueva y se marchaba en verano á una estanzuela que había fundado en su provincia. Estaba, pues, dispuesto á buscarla en los recibos y contaba con que las

crónicas sociales de los diarios ó los compañeros de mesa en el club le harían saber en qué salones giraba la señora de Espinillo. Debería en la mesa proceder con cautela para no suscitar sospechas y no ser objeto de bromas que pudiesen ajar á la mujer de su pensamiento. La naturaleza sentimental de Delmar no había podido habituarse á esa brutalidad con que la mayoría de los hombres alude á la mujer. Es que en realidad era demasiado delicado para ser el verdadero *clubmen*, que es un hombre de vano comercio social, de juego de palabras, más apto para conocido que para amigo.

La mesa del club no era propiamente un centro de amigos, era un acomodamiento de consocios y conocidos, donde iba á tomar asiento todo el que no siendo enteramente extraño, deseaba conversar, discutir, bromear, indagar ó no estar sólo, lo cual hacía que la mesa presentase un conjunto heterogéneo, un amasijo de profesiones, culturas, instintos, pasiones, gustos y tendencias, una mezcla de almas de varios colores, en que las había negras y feas. Dentro de esta amalgama, las burlas y discrepancias eran inevitables. Generalmente la conversación

era satírica y muchas veces se buscaba la hilaridad en el ridículo del compañero. Los débiles y los pacientes servían de blanco y todos descubrían allí sus maldades y defectos. Algunos días predominaba un elemento intelectual y culto y entonces se elevaba el tono de la mesa.

La mesa redonda ó table d'hote, tan común en los clubs sociales y en los hoteles de verano, observada con buen humor, por el lado de la característica de cada comensal puede compararse á una de esas fabulosas armonías zoológicas de la época en que los animales hablaban, pues bien considerado, se refunde en las condiciones de la humanidad el alma de todas las especies inferiores. La reunión siempre está expuesta á una algarabía ó á un desbande, pero mientras se mantiene en paz, cada uno descubre sus facultades y hace lucir sus habilidades y gracias. Suele presidir un pollino de aparente bonomía y aspecto de filósofo grave, dispuesto siempre á echar una cana al aire. Algunos pavos reales abren la cola; se oyen relinchos y rebuznos; el mono hace reir, algún gallo cócora está siempre dispuesto á la riña y al amor; no faltan hurones que

husmean la vida; aves de rapiña, bestias de carga y el felino alevoso, el tigre feroz, que dá el zarpazo sobre las reputaciones.

El tipo del difamador es muy común en las camarillas clubistas, tal vez debido á que en esos centros suelen refugiarse hombres sin hogar, frios y duros. Así era Cárlos Artigas—el difamador de la mesa le llamaremos—ya que toda agrupación tiene su difamador, como todo organismo su daño. Al principio de su juventud esperó ser algo, pero más brioso que enérgico, no supo abrirse camino y perdió su tiempo en expectativas. Verboso y audaz, creía que estas cualidades eran grandes méritos y no se explicaba que lo sobrepasasen los idiotas que no las poseían. Esta injusticia lo tenía siempre irritado, con el alma envenenada, y tanto había abusado del menosprecio, de la crítica, del reproche y de la condenación de todo y de todos, que se había convertido en un envidioso, maldiciente y difamador.

Otro tipo infaltable en estas reuniones es el *guarango*.

La academia Española no conoce la voz *guarango*, y por ende al individuo. ¡Qué dichosa!

La voz es argentina, aunque debiera ser de *south-américa*, porque alude á un sujeto que le pertenece. El guarango es un individuo chocante que representa una cultura que no tiene. No hay que confundir al guarango con el hombre mal educado. El mal educado es un inconsciente de sus deficiencias que puede ser muy bueno y estimable. El guarango carece de cultura por defecto de calidad humana, por ser ingénitamente ordinario. Es pretencioso, altivo, desconfiado, burlón, hiriente, absoluto, desdeñoso y maligno. El guarango es un fruto precipitado de nuestra civilización galopante, y como tal puede encontrársele en todas partes: puede ser letrado, gobernante, periodista, militar. Es tanto más incómodo cuanto más elevada es su posición. El guarango político y el guarango autoridad son muy temibles, pero si el guarango es militar, ¡que lo monte otro! es un bellaco indómito.

Los hombres finos, amables y respetuosos, eran el elemento moderador de la mesa.

Aquella mañana la mesa estaba *au grand complet*, representaba edades, posiciones é intelectos. La historia, la política, las artes, las mujeres y las fiestas, eran alternativa-

mente los temas de la conversación. Delmar, deliberadamente, habló de los próximos bailes y preguntó con reservada intención:

—¿Cuál será este invierno la recepción más brillante por la belleza de las mujeres?

—Distingamos, mi amigo,—observó don Simón Lenz, viejito pisaverde, amante de la juventud—¿ Á qué llama usted mujeres, á las niñas ó á las damas? porque, para mí, las muchachas no son mujeres.

—Bien, bravo,—exclamó Julio Cuestas, con humorísimo irónico : eso prueba juventud.

—Al contrario—dijo René Cuenca, siguiendo la broma—don Simón ha querido decir que las muchachas no son para él mujeres, ó no son mujeres para él—confesando la imposibilidad de conquistarlas.

— ¡ Hombre ! — dijo con énfasis don Simón—no me interesa convencerlos de lo contrario; digan ustedes lo que quieran con tal que me dejen saborear mis bocados en paz y libertad. Hoy mismo, cualquier joven habría querido estar en mi lugar. . .

— ¡ Que cuente, que cuente !

—No, señor, que no cuente.

—Me explicaré—dijo Delmar—sobre la observación que me ha hecho el señor Lenz:

para mí la palabra que más habla al sentimiento erótico del hombre es la palabra mujer. Todas las otras voces que la sustituyen se me figuran demasiado artificiales y afectadas, y me gusta unir la idea de la belleza á la de mujer. Para mí, mujer, es la que puede amarse, las demás están demás, son cualquier cosa, salvo el respeto que se debe á las madres.

— ¿Te parece mujer Dora Roning? —le preguntó sonriéndose indiscretamente Alberto Lerma. .

Delmar se inmutó en el primer momento, bajó los ojos sobre el plato, tomó un bocado, y repuesto de la impresión, respondió con seriedad :

—No creo prudente personalizar los juicios, mejor es que suprimamos nombres propios.

— ¿Por qué? —preguntó Artigas—Se trata de una mujer pública. . . . es decir, de la mujer de un hombre público, aunque á la pobre le pasa lo que á su marido, que no se le tiene confianza. Lo último que he oido decir de ella—dicen ¿eh?—yo no digo nada, dicen qué...

— ¡Caballeros! — exclamó Delmar, entre burlón y nervioso, distendiendo la servilleta

en ademán de llevársela al cuello—pónganse el delantal para no ensuciarse, Artigas va á operar, y lo señaló tendiendo el brazo sobre él que más parecía querer taparle la boca.

Artigas se desconcertó y le replicó á Delmar con malignidad sangrienta :

— ¡ Pero hombre ! parece que usted quisiese ponerse á cubierto de una presentida autopsia.

— No señor—contestó Delmar con indiferencia—ofrezco datos á todo el que quiera murmurar de mí, salvo los deberes que me impone el honor. No temo al juicio ajeno, mientras esté satisfecho del juicio propio.

— ¡ Vamos ! — dijo Lerma, con aire conciliador—doblen la hoja, nadie tiene nada que decir de esa señora, que es una excelente amiga mia, y si la he expuesto al juicio de Delmar es porque soy su admirador. En el próximo baile en casa de Campomanes todos tendremos ocasión de celebrarla.

Delmar cogió esta frase al vuelo, y la conversación tomó otro giro, ya con espíritu más restringido, como sucede cuando un incidente cualquiera sale del tono cordial.

La familia de Campomanes, á que había

hecho referencia el doctor Lerma, la familia de don Juan Pablo Campomanes, rico ganadero, era gente elevada por su fortuna, su cultura, su gusto y su fineza.

La señora Adela de Campomanes, distinguidísima matrona, aunando su distinción á las riquezas de su esposo, usaba esa loable obsequiosidad de abrir sus salones á sus amistades y ofrecerles elegantes fiestas de baile, música ó representaciones, que daban realce á su buen trato y dejaban en los asistentes dulces recuerdos de horas felices y benévolos sentimientos de gratitud para quienes las proporcionaban. Gozaba, pues, esta noble familia de afectuoso respeto.

El señor don Juan Pablo Campomanes, para no pasar por simple estanciero, y también para no aburrirse, porque las faenas rurales hacía tiempo que no requerían su presencia, había querido tener un poco de vida pública, él también, y lo había conseguido. Incorporado á un partido político como elemento decorativo, contribuyente con buenas cuotas y con sus peonadas para las elecciones, siempre tenía alguna posición pública, siempre formaba parte de algún directorio, donde prestaba buenos servicios de control

administrativo. Estas afinidades del señor Campomanes con los hombres políticos, de que él se envanecía un poco, habían caracterizado los recibos de su casa como centro gubernista, que si acaso perjudicaba su unidad de elegancia y buen tono, acentuaba en cambio su influencia oficial. Esta circunstancia permitía á nuestros hombres sérios participar de la vida de salón, que en la actualidad bonaerense está reservada á estudiantes y mozalvetes, lo cual prolonga en las jóvenes solteros una puerilidad infantil y una vaciedad soberanamente aburridora. No es extraño ver á una muchacha de veinticinco años, afectando un candor de colegiala, volar envuelta en las ondulaciones de un vals en brazos de un adolescente barbilucio. La pobrecita no sabe nada y siempre está dispuesta á alarmarse de todo.

Las de Campomanes, por el contrario, merced á su trato frecuente con hombres inteligentes, tenían un espíritu suelto, agil y vivaz, y se interesaban por todos los acontecimientos notables del mundo, con lo cual conseguían evitar al hombre sério esa fatiga moral de amoldarse al limitado repertorio de las conversaciones femeninas; hacían envidiable su

compañía é inspiraban un elevado concepto de sus dotes. Si á esto se agrega que tenían singular belleza y nobilísimo porte, se imaginará qué feliz debía sentirse el hombre en su sociedad. María Luisa, sobre todo, tipo oval de nivea encarnación, cuencas de almendra, nariz perfecta, mirada tierna y cabellos negros, que caían alisados naturalmente sobre las sienes, suscitaba ese sentimiento de amor involuntario que muchos hombres no pueden reprimir ante una mujer admirablemente modelada. Probablemente tanto la habían importunado los galanes con su culto y pretensiones que ella solía quejarse con exquisita bondad del abuso de la galantería.

Su hermana menor, Isabel, dentro de los rasgos típicos de familia, tenía otra belleza más original, aunque menos radiante: era de suave color trigueño claro sonrosado, con ojos verdes y cabellos bronceados, facciones correctas y graciosas. María Luisa sacaba el tipo aristocrático de la madre, é Isabel algunos matices paternos embellecidos por el sexo y la juventud.

La señora Adela Cuestas provenía de una familia patricia, á estar á ese falso concepto de grandeza histórica que disciernen las

tradiciones de partido á los que anarquizaron el país en nombre de la libertad unitaria. Don Juan José Cuestas anduvo en las correrías libertadoras, hasta que una noche obscura fué á caer en un pozo ciego, donde pereció por falta de auxilio inmediato, debido á lo cual su familia, sus soldados y compañeros le hicieron con el tiempo una apoteosis digna de la purísima gloria de San Martín y Las Heras.

Esta tradición daba mayor relieve á la familia de Campomanes, cuyo alto rango sostenía con tanto equilibrio la señora Adela Cuestas de Campomanes, de carácter recto y corazón piadoso. Su casa era hospitalaria para grandes y pequeños, para pobres y ricos; los unos encontraban goces y los otros caridad. Solamente que la noble señora no comprendía esta virtud sino dentro del catolicismo, y era tan rígida á este respecto, que dejaba morir de hambre á cualquier desgraciado si no llenaba las formas del culto católico. Imponía á todos sus pobres oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesarse una vez al mes y tener una pila de agua bendita y una cruz en su habitación. Al amparo de estas formas no había

haragana, por fuerte que fuese, que no consiguiese la protección de la sociedad á que pertenecía la señora de Campomanes. De esta manera la santurronería venía á ser un tráfico inmoral de los miserables. La devoción era el único extravío, la única malignidad de la buena señora de Campomanes, precisamente lo que debía ser su mayor ternura, y esto provenía de que era una sugestionada más que una convencida. Ella no se había ocupado nunca de saber lo que era religión, de leer la historia de las religiones, de examinar y comparar sus doctrinas, de pensar en su significado y alcance social; nada de eso, ella era religiosa por que sí, porque así la habían formado, porque sentía y temía á Dios, y sin tener ninguna osadía, atrevimiento ni pretensión, era atrevida y pretenciosa en su ignorancia cuando se trataba de su religión, y á los hombres más sábios y discretos les enseñaba con entera suficiencia el camino del cielo, con todo lo cual se ponía en ridículo y descubría una odiosa deformidad moral. Convencidísima de que no era posible la moral sin la religión—que para ella no era otra cosa que el culto externo que profesaba—miraba con descon-

fianza y compasivo desdén á la gente sensata que reserva sus creencias y lleva tranquilamente en el santuario de su conciencia el vínculo de su sér con el Creador.





VIII

HACÍA quince días que las crónicas sociales venían anunciando con augurios de esplendor el gran sarao con que se iniciarían aquel invierno los recibos en casa de la familia de Campomanes, fijándolo para el quince de Agosto, y había llegado aquella noche tan ansiada por los invitados, acerca de la cual ardian muchas imaginaciones juveniles y palpitaban muchos corazones mundanos.

Si se pudiese penetrar en el pensamiento de los que se preparan para gozar de una de estas fiestas excepcionales, ¡que juego maravilloso de intenciones y esperanzas se descubriría en el fondo de cada alma! Dejemos á cada cual con su exaltación y sus propósitos y sigamos á Rafael Delmar, que con la constancia clandestina de un conspirador,

seguía su plan de conquista de la incitante Dora, á la que esperaba encontrar en el baile, según los datos que había suministrado Lerma.

Un mundo de conjeturas giraba en la imaginación de Delmar desde hacía días con motivo de este próximo encuentro.

Delmar, tan circunspecto en su vida profesional, tan serio y sesudo en su juicio sobre todas las cosas, se alborotaba como un jovencito ante la probabilidad de conquistar á una mujer honesta. ¡Calcúlese cómo estaría tratándose de una mujer de mérito que lo tenía verdaderamente obcecado! Las compañías lo fastidiaban, no deseaba sino estar solo para pensar y madurar sus ideas y la forma cómo había de acercarse y el giro que había de dar á su conversación. Un sinnúmero de cuestiones se había propuesto sobre la manera cómo debía conducirse llegada la oportunidad de tratar á la señora de Espinillo. ¿Se haría presentar á ella? ¿Era correcto hacerse presentar á una señora casada?

Seguramente, no.

¿Para qué ni por qué?

A una señorita puede hacerse presentar

un joven, deliberadamente, por simpatía, por interés, por idea matrimonial. A una señora de edad por respeto y estimación. A una mamá por amor á su hija; pero á una señora joven, radiante, que atrae las miradas de todos, ¿como hacerse presentar un hombre soltero y mundano sin suscitar sospechas y desconfianzas? Buscaría una presentación accidental, de ocasión, metiéndose en algún corrillo donde ella estuviese, ó en el buffet, donde todos se acercan y mezclan; allí ¿cómo no podría dirigirle la palabra con cualquier motivo? Esto sería más acertado, de modo que la relación entre los dos se produjese sin intermediarios; sería más discreto, y esta discreción seguramente le halagaría á ella y le inspiraría confianza. Una relación de este género, hecha con espontaneidad recíproca, ya puede interpretarse en muchos casos como una complicidad. Eso abreviaría el camino: ser cómplices. Cuántas veces una sola palabra de una mujer con quien no se ha hablado nunca, una breve frase, indirecta que sea, significa un nudo que ata á dos amantes?

¿Y salvada esta primera dificultad, com-

pañero ya de Dora, llevándola de su brazo á través de los salones, ¿qué le diría?

El había observado en distintas ocasiones de su vida social y galante, que su espíritu se limitaba y entorpecía en presencia de una mujer que le gustaba; que precisamente en las situaciones en que había deseado parecer inteligente y espiritual á una mujer, había salido con alguna patochada insulsa, anonadado, embrutecido por la presión moral que la mujer había ejercido en su ánimo con su belleza.

¿Le pasaría lo mismo con Dora? Y se indignaba contra su timidez invencible. Lo más curioso es que Delmar tenía una pobre idea de la mujer como ser moral é intelectual, y la adoraba como compañera de la vida. Se reía entre sí de la puerilidad femenina, de su infancia vitalicia, de ese acomodamiento pasivo á todas las imposiciones, de todos sus temores, de todas sus preocupaciones, pero se burlaba de ello con cariñosa indulgencia, porque todo ello le hacía mucha gracia, y no se explicaba bien cómo esta criatura secundaria, por debajo de su inteligencia, de su carácter y de su energía, se le imponía como una soberana ante la

cual involuntariamente inclinaba su cerviz, su alma y su corazón. Sin embargo Delmar creía, por otra parte, que no hay mujer invencible cuando se roza con hombres que la persiguen, fundándose en que la naturaleza es más fuerte que los principios morales. Creía que la honestidad es una posición social más sostenible con precauciones que con principios.

Con estas ideas, dudas, esperanzas y temores, se metió Delmar en un fiacre, poco después de las once, y se dirigió á lo de Campomanes la noche del gran baile.

La familia de Campomanes tenía su instalación en el gran boulevard Callao. Antes de acrecentar su fortuna y desarrollar su personalidad social don Juan Pablo Campomanes, su casa era simplemente espaciosa, como casa de estanciero, pero después que se desenvolvió su figuración de familia, había sido transformada en una regia mansión. La planta baja quedaba destinada las noches de recibo á guardarropas y toilettes, y los salones y el buffet estaban en el primer piso. Atravesando el vestíbulo, que remataba en la portada de acceso á la planta baja, se abrían, una de cada lado, dos hermosas

escaleras de marmol blanco que después se aunaban por sobre la portada, formando una espléndida gradería que conducía á un extenso hall rectángulo, techado de vitrau y alfombrado de paño grana, de cuyo centro pendía una primorosa araña que era un ramo de flores de luz eléctrica. Sobre los lados y la base, en los intervalos de una puerta á otra, mármoles, bronces, luces y tapices, y salvando las líneas del hall, donde también se bailaba, se penetraba en los suntuosós salones. Los dos salones de los lados conducían al salón del frente á la calle, y el de la base en el fondo, al comedor, que se extendía contiguo y paralelo sobre una galería con balaustrada á los jardines de la planta baja. Este era el primer cuerpo del edificio alto, exclusivamente destinado á la vida social.

La cuadra de la casa á la hora que llegó Delmar era un curso estancado de carruajes que avanzaban lentamente pequeños trechos á medida que las personas iban descendiendo. Los más impacientes se bajaban en las cercanías, y entre ellos Delmar, que despachó su fiacre en la boca calle, y con una prisa solo explicable en su estado nervioso,

•

entró como por su casa, depositó en el guardarropa sus tres prendas, sobretodo, bastón y sombrero, corrió al toilette, se atuzó el bigote frente al espejo, dió unos toques de peine á sus cabellos y ascendió á trancadas las escaleras como si estuviese en mora con alguien que arriba lo esperase. A ese tiempo la orquesta lanzaba al espacio perfumado las elegantes ondas del noveno boston de Ramenti y una sucesión de parejas vagaba en dulces coloquios por el hall y los salones, entre las diversas figuras de jóvenes y viejos que formaban grupos ó circulaban solos; y ya muchas señoras maduras, retraídas, habían formado núcleo y comentaban las bellezas, los trajes y los peinados.

Delmar, aparentando no ver á los conocidos que encontraba á su paso, para no detenerse en vaciedades, atravesó el hall, entró por un salón y salió por otro, espació la vista por todos los puntos y casi tuvo la certeza de que no estaba Dora allí.

Saciada esta primera ansiedad, se decidió á cumplimentar á los dueños de casa, é iba en busca de ellos cuando María Luisa le habló con risueño halago diciéndole:

—Celebro su *rentrée*, doctor Delmar, co-

mo la de un famoso actor. . . . Al fin tenemos la suerte de volver á verle. . . .

—¡Señorita!—exclamó Delmar inclinándose galantemente—no puede uno irse de este mundo estando usted, y sino que lo diga su compañero, y se estrecharon sonrientes la mano. ¿Por cierto que todo su programa será mío esta noche?—le dijo después Delmar en tono de broma.

—Todo no, precisamente—le contestó María Luisa afectando una seriedad cómica encantadora—porque tengo un novio muy celoso, celosísimo, pero sí las piezas que él quiera concederle, y siguieron opuestas direcciones cambiando sonrisas afectuosas.

Delmar se dirijía á la balaustrada del hall sobre la escalera á observar qué personas llegaban, cuando fué deslumbrado por la aparición súbita de Dora, que hacía su entrada triunfal del brazo del doctor Espinillo. Los hombres le hicieron calle y las mujeres cuchichearon, y Dora se dirigió presurosa y amable, arrastrando á su marido, á saludar á la dueña de casa que á su vez salía á su encuentro. Después de estrecharse las manos con efusión y de cambiar un par de besos, apenas insinuados para no descom-

ponerse el rostro, el doctor Espinillo abandonó á Dora á la compañía de la señora de Campomanes diciendo á ésta con aire de satisfacción: «¡o me desentendiéndome de mi carga, voy á buscar á mi amigo don Juan Pablo.»

—Está encantadora esta pícaro coquetona—dijo cariñosamente la señora de Campomanes tomando del brazo á Dora, y se dirigía con ella al grupo de señoras, cuando las alcanzó el doctor Espinillo para presentarle su mujer á un general nunca vencido, que se resarcía en su vejez briosa y galante de las penurias de su larga vida de campamento. El general le ofreció el brazo á Dora y la brillante pareja se lanzó á recorrer los salones con esa medida rítmica propia del sitio y de la encumbrada posición. Dora vestía un traje vivísimo rojo fuego, y brotaba del corpiño, como una flor de su caliz, su admirable busto semi-desnudo, albo y áureo, formando un vistoso concierto de matices con los entorchados del general.

A poco andar volvió á alcanzarla su marido para presentarle á un ministro nacional, alquilón insulso, que andaba quemando los últimos cartuchos de su juventud fortuita, y sucesivamente el doctor Espinillo, que com-

prendía que su mujer lo ponía en auge, fué presentándole á todos los hombres públicos que Dora no conocía, los que agregados á sus amigos fueron para ella esa noche un sinnúmero de pretendientes y compromisos.

Después de dejar á su mujer en brazos de los magnates—lo que por otra parte era un blasón para Dora—el doctor Espinillo atravesó los salones, el comedor y la galería que conducía al segundo cuerpo del edificio, y se metió en un retrete espresamente preparado por don Juan Pablo para jugar un truco y tomar un verde los amigos de confianza que no hacían papel en los salones.

Delmar no había conseguido entre tanto que Dora lo mirase.

La mujer, generalmente más moderada que el hombre en sus pasiones, puede ser más indiferente que él con sus simpatías, y mayormente si ellas no son sinó un juego de ojos, coqueterías y provocaciones intencionadas ó depravadas. Entonces hace lo que un electricista gobernando un foco, pone los rayos donde quiere, sin violencia ni excitación, y ya hemos dicho que ese era el sistema de Dora.

Ella lo había visto á Delmar, pero como su criterio sobre el mérito de los hombres se había formado bajo la influencia oficialista de su marido, temía verse comprometida á andar con una persona que no representaba posición elevada, lo que á su modo de ver habría sido para ella muy deslucido.

Las mujeres de mundo suelen tener tanto gobierno de su sentimentalismo, que facilmente lo subordinan á sus intereses, y no es extraño que en público desdeñen á su propio amante si no satisface su vanidad. Dora encontraba á Delmar buen mozo y elegante, pero ¿quien era? ni siquiera parecía muy conocido, porque andaba aislado, solo, asomándose por las puertas.

Era que Delmar no se sentía con bastante libertad moral en esos momentos para consagrarse á la sociedad femenina que cuando es desinteresada reclama tanta agilidad de espíritu.

Así transcurrió algún tiempo.

Habíase formado en el comedor un animado grupo de mozos y muchachas, de casados y casadas jóvenes, en el que se chocaban copas por ausentes y presentes, por aquello y lo de más allá, por recuerdos y enigmas,

entre risas ruidosas, y en el cual estaban Isabel y María Luisa, Dora, el doctor Lerma y algunos otros, y al que se incorporó Delmar con un buen motivo que acababa de brindarle María Luisa diciendo de él :

—Aquí tenemos un buen defensor. Es preciso que nos defienda, Delmar. Todos estos hombres sin corazón, dicen que la mujer es una carga pesada. Dora ha preguntado cuál es la mujer más útil, y le han contestado como á Mme. Stael.

—Es una profanación de la belleza—exclamó Delmar, y luego continuó : — Ante la naturaleza la misión más grande de la mujer puede ser la maternidad, pero como no vivimos en estado de naturaleza, sino de agitación social, de agitación fatigosa, la mujer debe ser un oasis, un consuelo, un refugio de placidez y olvido, para lo que es esencial que tenga belleza ó bondad.

—Ahí tienen ustedes—dijo María Luisa, siguiendo la broma—¿cuál de nosotras no es bonita y buena? Somos pues un. . . . ¿cómo ha dicho Delmar? . . .

—La respuesta que se atribuye á Napoleón dada á Mme. Stael, que la mujer más útil es la que dá más soldados á la patria, es

propia de un soldadote. La mujer más útil en estos tiempos—y miró Delmar á Dora, como significándole que le dedicaba el halago—la mujer más útil es la que trae menos bocas al banquete de la vida y cultiva su belleza como una flor para perfumar su hogar.

— ¡ Bravo ! ¡ Bravo !—exclamaron las muchachas palmoteando.

—Eso es la apotéosis de la coquetería estéril—dijo Artigas, que parecía despechado contra Dora.

—No señor, lo que ha querido decir Delmar—observó Lerma, haciéndole gancho—es que Dora es la mujer más útil, y justo es que se lo presentemos, porque parece que no se conocen. Dora. . . .

Pero en ese mismo momento en que Lerma iba á presentarle á Delmar, la habló de atrás al doctor Espinillo para presentarle á otro personaje que le traía sacado del escondrijo del juego, y ya el grupo quedó disuelto con gran indignación de Delmar por esta maldita coincidencia.

Tomó éste del brazo á un amigo de ocasión y siguieron juntos vagando por los salones. Delmar rompió el silencio, y con una mezcla de acritud y desencanto, le dijo á su amigo:

—No le parece á usted que bien vale la pena de pervertirse en política, de falsificar elecciones y asaltar el gobierno desde que con ello se consigue este hermoso premio social: un verdadero homenaje de hombres y mujeres. Observe con qué alta consideración lo rodean al doctor Equis. Algunos están á su lado sin conocerlo por darse el gusto de contemplarlo. ¡Y pensar que lleva treinta años de vida pública sin haberle dado al país ni siquiera una idea! Y entre tanto la imaginación popular lo ha adornado con todos los talentos: estadista, político, diplomático, escritor, artista, profeta y salvador.

—¿Parece usted idealista en política? . . .

—No señor, el idealista es utópico, y yo no pretendo sino lo que existe y puede existir en una verdadera civilización.

El amigo de Delmar bostezó detenidamente y desprendiéndose de su brazo fué á reunirse con los admiradores del doctor Equis.

En seguida se encontraron Delmar y Lerma. Este que siempre se entretenía en irritar á Delmar, bromeando con que no alcanzaría éxitos lisongeros entre las mujeres del gran

mundo mientras no tuviese posición política, empezó á chulearlo sobre su fracaso:

—Ahí tienes la prueba palpitante de lo que siempre te he dicho: ninguna mujer, de mediano mérito que sea, puede aceptar la compañía de un sér anónimo como tú. Por eso Dora, entre las dos presentaciones que simultáneamente se le ofrecieron, optó por lo que le hacía su marido, como que se trataba nada menos que de un ex-interventor.

—¿Nada más? Poco mal habrá hecho al país. Son instrumentos de poner lo de arriba abajo.

—Te daré un consejo—dijo Lerma, siempre en tono de broma: en los recibos quincenales, más limitados y de más confianza, á falta de hombres importantes como yo, y otros hombres públicos, te harán caso las mujeres; y se alejó mirando á Delmar y riéndose á carcajadas. Delmar lo siguió con la vista, riéndose igualmente, y uná vez sólo, se puso á filosofar entre sí ante los giros de las parejas: he ahí la mujer, decía, tan implacable con las de su sexo, capaz es de despreciar á su propia hermana si se la acusa, y premia con su amor, con su alma y su belleza, con

homenajes y distinciones el boato mal habido de los gobernantes.

Y en un estado espiritual complejo, de lirismos, impacencias, ideales y desencantos, resolvió Delmar irse á dormir, y abandonó el baile con aire de indiferente aburrido sin comunicarse con nadie.





IX

AL día siguiente, domingo, después de medio día, empezó á poblarse la mesa redonda del club con los que iban á almorzar en tertulia, entre los cuales figuraban muchos concurrentes al baile y otros puramente interesados en conocer la crónica verbal de la fiesta. Las alusiones y bromas sobre temporadas, festejos, triunfos y fracasos, se cruzaban más ó menos directamente de un extremo á otro de la mesa, asi como las apreciaciones y críticas sobre hombres, mujeres y cosas.

—Yo he venido ansioso de que me cuenten cómo ha estado el baile anoche—dijo don Simón, el viejito pisaverde. Los que no vamos á bailes, nos contentamos con oír los relatos y comentarios; que Delmar narre y

Artigas critique. Vamos á ver ¿quiénes estaban? Las cosas por su orden.

—Había tres generaciones, ó tal vez cuatro —dijo Delmar. Un enjambre de jovencitas de variadas bellezās, con la moderación pudorosa de sus pocos años, mirando á hurtadillas á los desconocidos, asidas felices al brazo de sus amiguitos. Las de veinticinco, á quienes otras les anticipan la vejez, una vejez de costumbre ó de concepto, que en realidad las hace sufrir y preocuparse de la idea matrimonial. Estas miran con más decisión y llevan el escote más bajo, cuando no lo tienen feo, á ver si alguno, al querer sondear el fondo, siente el vértigo del abismo misterioso. Las solteronas, flores secándose en la planta. Las jóvenes casadas, conscriptas del amor, tienen la gallardía de su suficiencia y el valor para el peligro. Las mamás, en su papel pasivo, hundidas en los sillones, con el alma trás de sus hijas, participando de su suerte; algunas descontentas de su retiro prematuro. Los mocitos, la juventud, por no decir la jumentud, los mundanos, los maridos, los papás. Nuestros maridos—continuó Delmar—son lo más incómodos. Los que son malos maridos se divierten solos, y

secuestran á su mujer, y los buenos no la pierden de vista, de suerte que cuando uno se lanza á pasearles la mujer por los salones no puede descubrir libremente sus ternezas, porque se avengüenza de que lo esté mirando el marido.

—Es cuestión de civilización—agregó don Simón con fingida gravedad. En Europa un marido de buen tono es el tenedor de su mujer más que el poseedor, pero ¡qué importa! ese es el precio de su libertad.

—Y el recurso de su vida—agregó Artigas, con su invariable malignidad. Cuántas toilettes se hacen por el sistema bimarital ó polimarital.

—Que continúe la descripción del baile—dijo don Simón. Respetemos la vida privada.

—Es claro—continuó Delmar—no hay que horrorizarse de las pasiones humanas que son siempre las mismas desde que la humanidad existe, aunque cambien de envoltura en cada edad. Los atractivos de la vida son más codiciados cuanto más difíciles. El corazón andaría torpemente si no existiese el fruto prohibido. Allí están las grandes palpitaciones, y para que exista el fruto ve-

dado, la seducción, la conquista, la falta, es preciso que existan la virtud y la honestidad. La novia es el goce más habil, más estupendo de nuestra civilización, por su recato, por su resistencia y por su misteriosa pureza.

—Hace bien en llamarla misteriosa—interrumpió Artigas.

—¿Y volvemos ó no al baile? insistió don Simón.

—¿Por dónde iba de la crónica? ¡ah! ya recuerdo, clasificaba la concurrencia. Bien, pues. Creo que todavía no he hablado á ustedes del vulgo, del vulgo dorado, que es el verdadero vulgo, inextinguible y pernicioso.

La plebe que pasa por vulgo está sinceramente en su papel, muestra lo que sabe y no pretende saber más. No puede decirse que sea vulgo, porque vulvo significa ignorancia, y el pueblo sabe su pequeña industria. Vulgo es el ignorante pretensioso, métome-en-todo, bruto, obstinado y altivo, de falsa preparación sugerida, crítico inconsciente que forma su capacidad de oídas y juzga con aplomo lo que no comprende. Es en este medio que prosperan los charlatanes, es este vulgo el que nos hace aquí las falsas persona-

lidades que nos abruman y nos arruinan moral y materialmente.—

Ya empezó Cristo á padecer—dijo Lerma. ¿A qué vá derecho á los políticos?

—No te alarmes—repuso Delmar—no aludo á nadie cuando hablo de la política de mi país, hablo de lo que nos pertenece á todos. Es este vulgo, decía, más pesado aquí que en sociedades más adelantadas, el que prestigia todo lo falso, el que nos sanciona grandezas chicas, el que nos glorifica personajes maulas, el que desnaturaliza aptitudes, trastrueca capacidades y destinos. Si un senador tiene cuadros en su casa, es un gran artista; si un ministro va á la ópera, es un famoso músico; si un quidam borronea papel, es un notable escritor, de donde resulta que nuestros artistas, músicos y escritores no entienden de arte, de música ni de letras, y ¡guay del que los critique, porque á ellos mismos se les hace substancia la mentira!

—¡Pero señor!—exclamó don Simón— ¡Qué haríamos sin el vulgo! ¡Quiénes serían grandes si no hubiese chicos! Lo importante es desasnarlos para disminuir el mal,

así se llega á la cultura de una sociedad. Sigamos con el baile. ¿Decía usted?...

—El vulgo del baile (hablo de los hombres). ¿Creen ustedes que se ocupaba de rendir culto á la mujer? Pues se equivocan. Estaba encantado en contemplar á algunos hombres públicos y los rodeaba como las beatas á los santos en las procesiones.

—¿Te habría parecido más acertado insultarlos? Porque algunos creen que el hombre público debe ser una cabeza de turco en lo que cada uno pueda medir la fuerza de su insolencia. Es curioso esto de que hasta el último ciudadano ha de gozar de más respeto que un gobernante.

—He oído repetir esa queja á los dolidos; la explicación del fenómeno que te parece curioso es muy sencilla: un simple ciudadano vive para su deber y gracias si para su derecho, sin menoscabo del ajeno. En tales condiciones bien merece el respeto de todos. El gobernante no, aquí á lo menos: desde que se incorpora al gobierno entra á colaborar directa ó indirectamente en una política de círculo, perniciosa y corruptora, porque busca perpetuarse en el poder, para lo cual hiere los intereses generales del país.

Como si los puestos públicos hubiesen sido creados para goces personales, gages y privilegios, exige acatamiento y respeto de los mismos á quienes ultraja. Combatirlo, pues, es defenderse y defender al país, defender á los inermes, defender á los débiles, defender el derecho, la verdad y la justicia....

—Bueno, pero no hagamos de la mesa ni una cátedra ni una barricada—dijo don Simón. Háblenos usted Delmar de ojos picarescos ó lujuriantes, de rostros lozanos, de escotes y brazos, de sonrisas y miradas, de carnes satinadas y senos palpitantes, de ese mundo de belleza femenina que impregna el ambiente de un baile de un perfume embriagador. No nos apeste usted la mesa con nuestra mísera política.

—Ya no está usted para aspirar esos perfumes embriagadores—don Simón, dijo Delmar en broma.

—Dejémonos de balancear la vida, mi amigo. El amor es agradable hasta de vista y de oídas—contestó el viejito con ese lenguaje retozón que usaba entre los jóvenes. Cuéntenos sus rozamientos de anoche, sus frutos, sus coloquios. Un mundano inteligente como usted seguramente no habrá perdido el tiempo.

¡ Y quién le resiste ! — agregó don Simón con un retintín burlesco.

— Así es — dijo Lerma — De miedo á caer en sus brazos una dama le ha sacado el cuerpo.

— Y eso que se trata de un cuerpo usual — dijo el maligno Artigas.

Y Delmar, á quien no cuadraba este giro de la conversación, se alejó sonriente de la mesa en medio de una algazára de chanzas y risas de sus amigos.

El viérnes de esa misma semana, dia de recibo en casa de Campomanes, hizo Delmar su visita de etiqueta despues del baile y se encontró allí con numerosa concurrencia de señoras, muchachas y mozos. La libertad con que las visitas giraban en los salones y conversaban ora tete-á-tete ó en pequeños grupos que se disolvían con la misma facilidad que se formaban, esta libertad que puede favorecer confidencias entre personas de confianza, no relaciona fácilmente á los que no se conocen ni ofrece oportunidad á un hombre de talento de cautivar á los circunstantes. Los asuntos son frívolos, los temas fugaces y á penas si hace carrera alguna frase feliz que acogida con hilaridad se la haga correr de boca en boca. Delmar era ingenioso y

agudo, pero los chistes no se buscan, brotar inesperadamente en el juego espiritual, y aquella circulación libre de todos no le había dado ocasión de apurar ningún tema en esa forma paradójal que él solía manejar con originalidad.

Después de mucho andar esterilmente en torno del piano celebrando couplets, arias y trozos, se decidió á tentar un medio de atraer á Dora. Se dirigió á Isabel y le dijo:

—¿Conoce Isabel la última novedad científica, de verdadero interés para las rubias? Acabo de leerla en *La Nature*.

—¡Ay! no—exclamó Isabel con novelería y llena de curiosidad—cuénteme, cómo es eso.

Es un procedimiento muy simple que puede convertir una cabeza en un sol. Acompañeme, pasemos, se lo voy á explicar. Llame á la señora de Espinillo, que es rubia también, para que le aproveche, porque el procedimiento es más que todo, para las rubias: da unidad de color al cabello y variedad de tonos, como se quiera.

—¡Dora! ¡Dora!—repitió Isabel llamando con entusiasmo á la señora de Espinillo, al propio tiempo que seguía con Delmar—¡un invento para las rubias!

Dora corrió á reunírseles, y Delmar se inclinó sonriente esperando la presentación que debía hacerles Isabel.

—¿Ustedes no se conocen? La señora de Espinillo, el doctor Delmar—dijo Isabel presentándolos, y siguieron los tres, Delmar en el medio y Dora á su derecha.

—Yo conozco mucho á la señora de Espinillo—dijo Delmar—lo que por otra parte no es extraño, porque es sabido que tiene prestigio y renombre.

—El prestigio de su belleza—agregó cariñosamente Isabel.

—Supongo que me han llamado ustedes para hablar sériamente—dijo Dora con gracia. Hasta ahora se están ustedes burlando de mí.

—No, querida, si vamos á hablar científicamente—dijo Isabel marcando las sílabas, con fingida admiración. Se trata de una conferencia científica sobre las rubias, que nos va á dar el doctor Delmar, aquí en privado, para las dos. Espérese Delmar, no empiece todavía, voy y vengo, voy á despedirme de las de Dominguez que se van—y se alejó dejándolos solos en su paseo.

Delmar se estremeció de emoción y lan-

zó una mirada furtiva y exploradora sobre su compañera que seguía con esa impasibilidad arrogante de las mujeres vanas.

—Creo mi asunto de menos interés para usted que para Isabel—continuó Delmar, con acento casi tembloroso, pero estudiadamente melódico y amable.—Se me ocurre que no tendría usted el derecho de alterar su cabeza. Lo que engríe á una sociedad es casi un bien público. Una belleza famosa tiene una seria responsabilidad ante los que se complacen en admirarla, diría un papel sociológico, porque es piadoso y civilizador, dulcifica los sentimientos. ¿Se ha dado usted cuenta de esta misión social? Ya comprenderá usted que no se lo digo como hombre, acaso podría parecerle una galantería excesiva. Se lo digo á usted como compatriota y artista.

—¿Es usted artista?

—El arte es una cultura del alma. Me he atrevido á llamarme artista porque soy entusiasta admirador de lo bello. Hacer arte es un oficio fácil. Pensar y sentir el arte suelen no conseguirlo los mismos que hacen profesión de artistas. Tal vez usted habrá notado en mí—y crea que lo recuerdo solamente como un respetuoso homenaje,—y á

propósito de arte—tal vez usted habrá notado en mí, que cuando tengo la fortuna de encontrar á usted, ya sea á pié ó en carruaje, experimento una fuerte impresión y hasta me detengo un instante para verla mejor: eso para mí es tener el sentimiento del arte, porque la mujer es fuente de inspiración. ¡Cuantas veces un pensamiento adormido se ha despertado con la exaltación del genio inspirado por la belleza de una mujer!

Delmar, que prestaba poco crédito á las versiones malevolentes que circulaban en sociedad sobre algunas damas distinguidas, no fiaba mucho en la reputación de coqueta fácil que se le había hecho á Dora, y como por otra parte no quería perder la oportunidad de tentar su conquista, ya que se había empeñado en ella, se ponía á dos anclas, daba á su conversación un giro indirectamente intencionado, velaba sus alusiones con una generalización de principios, reservándose de esta manera una puerta de escape para el caso en que la susceptibilidad de la señora volviese por sus respetos. Sabía por experiencia que á la mujer se la puede siempre hablar de amor con los respetos debidos, como ser ponderando sus méritos con el tacto

y delicadeza que imponen su posición y su estado.

En este caso la señora de Espinillo se mostraba sobria, si no displicente, parecía más bien experimentar una agradable sorpresa, en medio de la cual no sabía á punto fijo qué partido tomar, y escuchaba toda esa teorización de Delmar con las reservas consiguientes á su incertidumbre y á la delicadeza del asunto.

En cuanto á Delmar, recordaba el precepto de que hablar de amor es hacer el amor, y trataba de llevar á ese terreno á la señora de Espinillo.

—Los poetas más geniales—continúo Delmar—han amado mucho, y con ellos se han immortalizado las mujeres que supieron inspirarlos; y después que ya no se cree en los dioses, la inspiración que buscaba el arte en las divinidades la encuentra hoy en el desnudo, en la forma material y terrestre de la Venus. Es muy conocido el grabado que representa á Weber sentado al piano queriendo idear, y en la dificultad para producir torna su cabeza sobre una Venus; buscando inspiración en las formas de la mujer. De allí nace «Derniere Pensé». Por eso

decía que la mujer dotada de belleza tiene un alto destino. ¿No lo cree usted así?

—El de las señoras es más limitado en ese sentido—contestó Dora con raro acierto. Practicamos la piedad de otro modo, tenemos otros deberes más cristianos, los hijos, el esposo, los pobres. Yo, por ejemplo, tengo grandes atenciones sociales que cumplir. Casada con un hombre público que no ha hecho otra cosa en su vida que servir á su país, hay en casa habitualmente una reunión de hombres importantes, amigos de mi marido, que van muchas veces á tratar asuntos de gobierno, á quienes tengo que cumplimentar, que atender, entretener y complacer. ¡Los pobres tienen tan mala compensación, casi siempre! Como dice Espinillo muy bien: servir á todos es no servir á nadie, porque nadie agradece los servicios del hombre público. Después tengo mis pobres: eso se cobra en el cielo. La vida de las señoras es muy afanosa; ustedes son más felices.

—Pero se condolía usted, hace un momento, de la ingratitud del pueblo para con los hombres públicos, lo que no es una felicidad envidiable.

—Sí, pero creo que á usted no le alcanza

esa desdicha. ¿O tiene usted algún puesto público ?

—Absolutamente, señora.

—Si, no se lo he oído nombrar á Espinillo. Además, yo creo que conozco á todos los hombres que figuran. De balde dicen que las mujeres no somos patriotas; yo leo todo lo que se refiere á mi partido, y les digo siempre á mis amigas: si yo fuese hombre, no pararía hasta llegar á ser presidente de la república. Yo sí. No sé cómo hay hombres indiferentes á la vida pública. ¡Ah! me parece á mí tan brillante, tan lucida. ¿No ha prestado usted ningún servicio á su país, señor?

Delmar se confundió ante esta pregunta inesperada, y hasta le pareció hecha con una desnudez chocante que parecía calculada para herirlo.

En realidad, no había intención alguna en la pregunta de Dora, sino una falta de forma inteligente, muy propia de su educación elemental. Lo más difícil para Delmar habría sido contestarle sin herir sus creencias y afectos, pero una doble casualidad vino á poner término de improviso á este coloquio singular, y fué, por una parte Isabel, que llegó anhelante á continuar la conversación acerca

del invento para las rubias, y por otra el doctor Espinillo, que salía de la covacha de la partida dispuesto á irse y le hacía señas á su mujer desde el hall para que se despidiese.

—Nos vamos, nos vamos, corazoncito—dijo Dora á Isabel besándola de despedida. El señor te contará el invento para las rubias y tú me lo dirás á mí el otro sábado, á ver si consigo ponerme tan bonita como tú.

—¡Caramba! ¡Tan temprano! — exclamó Isabel.

—En la tertulia del sábado renovaremos nuestra conversación—dijo Delmar.—Desde ya la comprometo, señora, á dilucidar ciertos puntos. Tiene usted un espíritu tan extenso que cautiva verdaderamente.

Y mientras Delmar sentía escrúpulos de su felona galantería, Dora se despedía rehusando modestamente este concepto, pero con la convicción íntima de que lo merecía. También él se retiró en seguida. Deseaba estar sólo para entregarse de lleno á las reflexiones que su conversación con Dora debía sugerirle cuanto más pensase en ella.



X

DORA fué un desencanto para Delmar. La realidad no correspondió á los ensueños de su imaginación exaltada. Delmar se había imaginado que aquella diosa de nieve y oro era la cautiva de un sátrapa que la había apresado en su niñez valiéndose de artimañas, y que la pobre víctima, sometida por el imperio de la ley y del honor, despreciaría en su fuero interno al hombre que había sorprendido su inocencia. Esto la dignificaba á los ojos de Delmar y se la presentaba como una alma errante fuera de su ambiente, que se agotaba en su soledad moral.

Lejos de estas fantasías había encontrado á Dora fascinada por la grandeza política de su marido y de sus camaradas, metida

á opinar en política, como papagayo, impregnada de esa falsa atmósfera de patriotismo que marea á algunos gobernantes y los hace confundir vicios con servicios. Aquella preguntita incisiva de Dora—«¿no ha prestado usted ningún servicio á su país, señor?»—lo tenía herido, lo mortificaba, no porque él le diese importancia en el fondo, sino porque ella lo creería así, y por consiguiente debería él aparecer á sus ojos como un insignificante completo desde que ella pensaba que servir al país era figurar en política.

Poseído de estas cavilaciones comentaba entre sí como se dignifican los vicios para hacerlos más llevaderos. Los jugadores—decía—han propagado que las deudas de juego son deudas de honor para estimular su pago, porque la justicia desconoce esas obligaciones, y los políticos dicen que su industria es servir al país para dorar así sus usurpaciones y tranquilizar su conciencia.

¿Qué es servir al país? Servir al país—se contestaba—debe ser prestarle un servicio, es decir, rendirle un beneficio, para lo cual no es necesario ser político; basta ser capaz de hacer algo que aproveche á la sociedad. Se

está abusando de la expresión servir al país. Los que hacen un modus vivendi de la política no sirven al país, se sirven del país.

Lanzado en estas reflexiones, y bajo el escozor de la pregunta de Dora, Delmar se propuso torcer en ella esas ideas, que á su modo de ver no podían ser sino una sugestión ó asimilación de su ambiente, y quién sabe si la misma pregunta aquella no le habría sido soplada por el doctor Espinillo.

¿De qué medio se valdría? Suscitar en un baile, con una mujer adorable, ó en sociedad de damas, una discusión de política trascendental, le parecía simplemente una necesidad. Escribiría más bien para la prensa y haría de manera que Dora leyese sus artículos. Si no influían para modificar sus creencias, por lo menos le inculcarían la idea de que también se sirve al país combatiendo los vicios públicos.

Con este propósito, y poco satisfecho por otra parte de los resultados de su visita, Delmar se abandonó al sueño y durmió inquieto y nervioso. Trabajado por una idea excitante, se levantó más temprano que de costumbre y se puso á escribir. Dos días después aparecía su primer artículo titulado:

«El Vicio de la Política», del cual entresacamos estas apreciaciones:

«El alma se desarrolla en el sentido de lo que más la apasiona.

Puede decirse que la pasión nos dá á los hombres excepcionales.

La pasión del dinero enriquece y la pasión del saber ilustra. La pasión perseverante conduce á la cima de las aspiraciones. Los sábios, los inventores, los grandes industriales y los grandes artistas no son sinó apasionados por lo que ha formado su carrera y su gloria. La pasión por la ciencia, el arte y la industria ennoblece y beneficia á la humanidad.

Cuando la pasión no es benéfica ó lícita toma el nombre de vicio.

Hay inmoralidades disfrazadas de nobles pasiones para disfrutar de ellas con mayor satisfacción, y la más perniciosa en nuestro país es la pasión política; porque ha degenerado en verdadero vicio.

Hay hombres que consagrados de lleno á la política, se han desarrollado en ese sentido. ¿Son grandes hombres? ¿Se puede ser grande hombre sin hacer un bien positivo á la sociedad?

El ruido alrededor de un hombre no significa grandeza de alma.

La ciencia del gobierno se debe á los pensadores, á los sociólogos, á los juristas, á los constitucionalistas, á los economistas, á los que tienen la pasión del saber, muchos de los cuales no han ocupado nunca un puesto público. Gobierna el libro, gobierna la idea. Los presidentes y ministros son á la ciencia del gobierno lo que los cómicos á las obras de arte dramático: casi siempre unos malos intérpretes.

La pasión política, cuando no es la pasión de observar, pensar, escribir y enseñar la ciencia del gobierno; la pasión política, cuando es la pasión de encaramarse en el gobierno á todo trance y vivir perpétuamente usufructuando los goces del poder, es una pasión inmoral, es un vicio innoble y perjudicial para la sociedad, porque conduce á pervertir las instituciones y á usurpar el derecho de los demás para asegurar las posiciones adquiridas.

La difusión en el mundo de las distintas ideas de gobierno suscita luchas políticas que tienen en todas partes dividida la opinión pública en partidos que toman el nombre de

sus tendencias: republicanos, monárquicos, católicos ó liberales. Estos principios forman una convicción política, que si no reporta bien á la comunidad en que se debaten, porque en realidad no hacen sinó agitarla, excusan á los agitadores, porque representan una idea sociológica que pueden invocar como el ideal de un bien común.

Pero en naciones nuevas, con una sola aspiración, la de constituirse en orden, las luchas por el gobierno entre agrupaciones sin ideales resultan una calamidad pública que perturba la administración y la justicia.

Sucede que como toda investidura gubernativa impone alto respeto, porque es autoridad, porque es fuerza, porque es poder, y también porque puede dañar y porque puede servir, las gentes tributan reverentes homenajes á los gobernantes, que llegan á formar de ellos una sensualidad de mando y á hacerlos confundir la importancia de su rango oficial con su mérito intrínseco, de donde resulta que se creen ungidos por Dios para tutores de su pueblo. El vulgo, que siempre es infantil, admira su brillo, y en realidad son más grandes que el vulgo, pero esa relativa grandeza tiene algo de odiosa y

ridícula, porque hace mayor mal que bien, y porque bajo las ondulaciones de su oropel se ven los trapos sucios de su origen.

Todos los pueblos tienen cabezas dirigentes. Los jefes de partido son útiles y necesarios porque encauzan las muchedumbres y al darles dirección evitan la anarquía; pero para ser verdaderamente benefactores de su país tendrían el deber de ser civilizadores, de servir más á su país que á su persona, de aprovechar esa fuerza popular de que disponen para crear bienes permanentes, de enseñar á su partido á sostener y respetar las instituciones del país.

Si en cambio desalojan al pueblo de los comicios para conservarse en el poder y hacen de los puestos públicos un patrimonio de círculo para retribuir adhesiones personales, eso será una habilidad de partido, se prolongará la figuración del jefe y de los suyos, pero decaerá el espíritu público y el pesimismo cívico abandonará los destinos del país á las empresas electorales, al punto que algun jefe de partido sentirá nostalgia de auras populares

El monopolio de la vida pública trae consigo, entre otros males, la esterilidad de los

actores permanentes y la exclusión de las inteligencias nuevas que se incorporarían al gobierno si encontrasen la forma legal de hacerlo.

Figuran hombres intelectuales en la vida contemporánea argentina que jamás han pasado por el gobierno, mientras que figuran gobernantes permanentes que jamás han sido intelectuales.

Figuran hombres en los partidos que se han envejecido pasando de un puesto á otro, del congreso al ministerio, del ministerio al congreso, del congreso á los bancos, de los bancos al ministerio, y así toda su vida, y no han ligado á su nombre una sola idea útil ni siquiera han respetado los derechos del pueblo.

Esta habitud de mando mal habido y la pasión de partido en ejercicio constante, produce una obsesión moral en estas personalidades exitistas que se traduce en inconsciencia de su perversión y en una idea de superioridad personal que los engríe y dilata.

Este fenómeno ha formado ambiente social, inversión del orden moral, de tal manera que la importancia del hombre en sociedad se

estima por la suerte que le ha tocado en este escamoteo de posiciones y vale más un ministro incapaz que un hombre capaz de ser ministro.

En cuanto á los agraciados están tan persuadidos de que son ellos los únicos que pueden gobernar, que al no ver surgir otros desesperan del porvenir de la patria, y lejos de sospechar que la abstención sea decoro, creen que tras de su muerte viene el caos por acefalía nacional».

A este artículo siguieron tres más, que fueron materia de comentarios elogiosos en algunos círculos de hombres, por la precisión novedosa de los conceptos y el vívido colorido de la forma.

El segundo artículo, titulado «Los Copistas del Pasado», criticaba la falta de inspiración personal, de creación propia en los políticos argentinos, acusándolos de incapacidad para fundar una nación sana, fuerte y libre, á pesar de los elementos vírgenes y maleables que tienen entre sus manos. Hombres de retrocarga—les decía—no tienen el alcance de la balística moderna, y si merecen ese título, es porque toman las ideas de

atrás, yertas y estériles como cuerpos muertos.

Otro artículo titulado «Trasplante de Ruinas» les inculpaba la calamidad del militarismo.

«En las Sombras» era un grito de alarma ante el incremento que va tomando el fanatismo religioso.

Esta propaganda varonil y patriótica, aunque no entrañase más que la prédica anónima cotidiana, por la circunstancia de revestir una forma fulgurante y de ser suscripta por un hombre conocido, puso en boga á Rafael Delmar, por lo menos transitoriamente, y tuvo su repercusión en los salones mismos, en la sociedad femenina, pero allí circuló con esa vaguedad y tergiversación con que las mujeres transmiten las ideas que no son de su dominio, y algunas se escandalizaron de las apreciaciones religiosas y calificaron á Delmar de pervertido, con ese *toupet* con que la mujer precipita sus juicios sobre lo que no entiende.





XI

EL talento prestigia más ante las personas que no lo comprenden, porque se les presenta como una superioridad que no pueden medir, aparte de que es estimable para los mismos que son capaces de penetrarlo, así es que Delmar volvió á lo de Campomanes con una personalidad más amplia despues de haberse revelado escritor de lucha, y fué allí objeto de una consideración más marcada de parte de muchas personas que habían leído sus artículos. Los fátuos se mostraron con él más dúctiles y muchas vanidades duras cedieron de su rigidez y severidad, y hasta pudo observarse que dudaban si no les correspondía colocarse en un plano inferior.

Delmar, por su parte, comprendía que es más respetado un enemigo grande que un amigo pequeño, y aunque algunos pudieran

serle allí adversos porque les alcanzara su flagelación, él se afirmaba en su alma, en sus convicciones y en su indiferencia ingénita por los hombres.

En cuanto á las mujeres no las tomaba en serio en materia trascendental. Solía hablarles sinceramente de cosas graves, pero antes de chocar con ellas se abandonaba á su corriente sin dificultad, así como se complace á los niños caprichosos para que no chillen.

Desencantado de Dora, se sentía con más libertad moral. Un pervertido vulgar habría llevado la persecución adelante, pues basta la belleza material para inflamar el amor transitorio, pero un soñador como Delmar había corrido tras de su ideal y la transfiguración con que se le revelara lo había vencido. Enterrada esta ilusión más, libre ya de los nervosismos y preocupaciones de la expectativa que antes lo tenía embargado, se encontraba ahora á su gusto, en plena libertad de acción, y al contrario del papel retraído y limitado que había jugado en las reuniones anteriores, esta vez se prodigaba, circulaba, bailaba, y sus amigas y compañeras se mostraban con él complacidas, alegres,

atentas, interesadas, lo provocaban y atraían, porque Delmar sabía llevarlas hábilmente, sin comprometerlas ni ofender el pudor, á un terreno donde se hablaba con familiaridad de ternezas que generalmente no se tocan en la sociedad de etiqueta. Tenía con ellas esos amorcitos fugaces que si no colman la dicha hacen palpar el corazón, y ellas se estremecían y agitaban como palomitas aprisionadas de improviso. A manera de esos vulgárizadores de la ciencia que dán nociones de conocimientos árdúos en una forma amena, él les descubría el mundo y la vida con sagacidad psicológica en anécdotas humorísticas y filosóficas que las hacían reír, sentir y pensar.

—Delmar—le decía la encantadora María Luisa, en una rueda de amigas, inclinando la cabeza hacia un lado, amable y sonriente, para mirarlo con profunda expresión al tiempo que le hablaba, como sabía ella que lo seducía:—Este verano se va usted con nosotras á «La Falda». Si Delmar, nos lo llevamos.

—¡Yo con ustedes! ¿Y qué haría yo con tanta belleza en «La Falda»? Vivir vibrando. ¡Imposible! Usted no sabe cuanto sufre

un hombre sensible como yo cuando una personita alada como usted lo mira de esa manera. Es mucho más sano estar lejos, aunque no sea tan dulce.

—Déjese de farsas, Delmar, y proméтанos que usted irá á «La Falda» este verano. Lo necesitamos allá para conversar, para jugar, para bailar, para salir á caballo, para.....

—Hasta como broma es una dicha ser ese don preciso. ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! Pero iré con una condición....

—¿Cuál? Propóngala.

—Que ustedes se comprometan conmigo á no comprometerse con nadie.

—¿Como, cómo es eso? Explíquese—dijeron varias á la vez.

—Quiero decir que ustedes se comprometen á no tener novio durante la temporada, ó por lo menos durante mi permanencia allá, porque no hay nada más chocante y fastidioso en un paseo que esas parejas íntimas que hacen caso omiso de los demás, sobre todo para un indigente en amores como yo. Es como estar mirando comer. La situación del que mira resulta desairada. O convengamos otra cosa, si les parece, y es que la que quede

vacante hará de novia mía, nada más que por la temporada, naturalmente, pero con todas las prerrogativas del novio: estrecha unión, aislamiento, cuchicheos, exigencias, dádivas, peleas y reconciliaciones.

—Pero eso sería caer en lo mismo que usted condena—observó una de las presentes.

—Es que yo simplemente lo condeno en los demás. Lo condeno si he de mirarlo, no si he de hacerlo. Esa duplicidad es muy humana en placeres y en moral, condenar lo que no podemos hacer y hacer lo que condenamos.

—El señor es de esa escuela, yo se los aseguro—dijo Dora al pasar, que había percibido la última frase de Delmar, y siguió sola en dirección al comedor.

—Allá voy á que me explique usted su intención—le contestó Delmar, y se lanzó tras de ella.

La indiferencia ofende á los caracteres presuntuosos, los empeña en luchas de amor propio que suelen serles fatales, los irrita á veces hasta el odio ó los arrastra á transacciones indebidas. Para la vanidad, el homenaje es un manjar exquisito y llega á ser un alimento necesario que suele pagarlo á muy alto precio. Después que Dora ha-

bía visto crecer la figura social de Delmar, se había engreído de merecer su admiración. Aquellos conceptos sobre su belleza con que la había elogiado la noche que se lo presentaron; aquellas expresiones suaves y tiernas al propio tiempo que respetuosas, dichas con timbre musical y acento profundamente sincero, habían impregnado el alma de Dora de un perfume que necesitaba volver á aspirar, habíanle despertado un sentimiento de estimación y simpatía que no quería se esfumase en el olvido, y lejos de eso, había contado con renovarlo, volver á oír aquellas melodías y hacérselas repetir muchas veces, porque sí, porque le gustaban, porque creía que las merecía, y finalmente porque la mecían en ondas de un éxtasis dulcísimo y extraño.

¿A qué otra podría tributárselas? Era á ella á quien él admiraba, bastante se lo había probado, y no había nada de malo en consentírsele desde que él lo hacía con todo respeto. Si en cualquier momento no la respetase, ya sabría ella ponerlo á raya. Así, pues, Delmar le pertenecía, sería en adelante un amigo agradable.

Y engañándose á sí misma como podía, y

desechando escrúpulos, tenía la intención de fomentar más que nunca el interés de Delmar.

Después de estos recuerdos y propósitos, fué mortificante para Dora el que Delmar no la tuviese en cuenta en el segundo recibo, y herida en su amor propio andaba inquieta por arrebatárselo á María Luisa.

Varias veces lo había aludido al pasar y siempre pasaba sola para tentar que él fuese á acompañarla. No había querido ella ple- garse á los círculos donde él estaba, precisamente porque lo que deseaba era andar sola con él.

Finalmente lo consiguió de la manera que acabamos de ver.

—¿Me cree usted inconsecuente con mis doctrinas? — le preguntó Delmar alcanzán- dola y ofreciéndole el brazo.

—Ya lo creo, inconsecuente con todo. Se lo probaría si el asunto me interesara—con- testó Dora con un rigorismo desdeñoso, en el que Delmar entrevió en el acto una cierta irritabilidad de celos ó despecho.

—Es muy penoso no lograr interesarle. Estoy seguro de no merecer ese desdén.

Siempre mi alma está en actitud de rendirle homenaje.

—Ya me han dicho que peca usted de galante y de.... Mejor es que me calle....

—No se arrepienta de acusarme, no tema que me ofenda, me gusta que me enrostre mis defectos.

—No se trata de eso, no me atrevería yo á tanto.

—¿Entonces no es un defecto mío lo que ha callado usted?

—No, no es un defecto, es una condición.

—¿Una condición?....

—Sí, una condición, que según el uso que un hombre haga de ella puede ser un defecto.

—Se pone interesante este enigma. Supongo que no me va á dejar con esta incertidumbre. ¿Cuál es esa condición, defecto, rasgo ó cualidad?

—Que abusa usted de su sentimentalismo; que es usted un enamorado.

—Es cierto, si se quiere decir con ello que tengo el culto de la belleza femenina. Es el hombre menos peligroso para la mujer el que es capaz de amarla mucho. Si se casa

hará feliz á su esposa; si su pasión es imposible aún será más ferviente. Un enamorado es un hombre dócil que la mujer puede amoldar á sus caprichos. ¿En qué caso cree usted que esta condición puede llegar á ser un defecto?

—Usted no ha interpretado la espresión en su sentido usual. Es claro, no le conviene, y le dá un giro que lo favorece. Cuando las muchachas dicen que usted es un enamorado, quiéren significar que á todas les manifiesta los mismos sentimientos.

—Las muchachas son muy susceptibles en amor: antes de que se las enamore ya se dan por aludidas. Pero esa misma pluralidad de gustos ó de impresiones de que se acusa al enamorado, no prueba sino una fina sensibilidad, y no tiene el peligro de la inconstancia, porque los séres sensibles son bondadosos y compasivos en todos los momentos. Tal vez son capaces de alguna infidelidad, pero eso es menos malo. El engaño que no se conoce no existe.

—¡Edificantes son sus principios! ¡Qué conciencia y qué manga ancha!

—No estamos tratando de fijar principios. Es una conversación improvisada sobre una

palabra ó sobre un concepto. Con todo, si en la infidelidad hay un mal también hay un bien. ¿Cuál es más digno de tenerse en cuenta? ¡Cuántas veces la infidelidad es la salvación de una alma triste!

—¿La salvación en el pecado? La traición es abominable siempre. Una alma triste debe morir antes que pecar, porque sus faltas no harían sino ahondar sus tristezas.

—Habíamos dicho que no haríamos un tratado de moral.

—Habrã dicho usted—replicó Dora con viveza, como si la hubiese quemado la frase, pero sin salir del tono jocosó que convenía á tan escabroso asunto.

—Soy principista por inclinación natural en el sentido del bien. La moral debe ser el ambiente del alma y creo que solo en ella puede prosperar la humanidad, pero la moral se ha hecho para los que no la comprenden, como la medicina para los enfermos. La moral es una enseñanza, una cultura, una civilización, á cuyo seno debemos traer á los descarriados para dignidad y defensa de la sociedad. La moral es un dique contra el desborde de los instintos brutales. Pero los que sabemos lo que es la moral, los que la

predicamos y damos el buen ejemplo, ¿ también tenemos el deber de practicarla estricta é incesantemente? ¿ El maestro también tiene el deber de estudiar lo que ya ha aprendido? La moral es la forma más sana de pensar y de vivir, interpretada con buen sentido, naturalmente, consultando siempre la naturaleza del paciente, lo propio que cuando se aplica un tratamiento médico, pero por lo mismo que es un régimen es un trabajo. Todo trabajo tiene su asueto. ¿ La moral ha de ser un fardo sin relevo?

Delmar miró á Dora con esa expresión maliciosa y burlona que había conservado en todo el desarrollo de su intencionada paradoja.

Dora lanzó una carcajada y exclamó con aspaviento:

¡ Qué horror! ¡ Qué ideas! ¡ Qué hipocresía tan refinada! ¿ Y usted es el mismo que ha escrito esos artículos de moral política de que he oído hablar? ¡ Aviada está la patria con su apostolado!—ja, ja, ja, y siguió Dora riéndose con risa franca y sonora.

Delmar, que como ya hemos dicho, nunca tomaba á lo serio ningún asunto doctrinario en sociedad femenina, porque le habría pa-

recido desnaturalizar la encantadora fruslería de la mujer, ó algo poco atinado, así como pintar las flores ó revestir los pájaros, se reía al par de Dora, pero la última observación no dejó de impresionarle, le pareció una censura y le hizo perder los estribos, pues cayó para defenderse en una réplica más seria de lo que el caso requería.

—La moral no es absoluta — le contestó Delmar— porque nadie es impecable. Algunos pretenden que la moral del hombre público es un reflejo de su moral privada. Si eso fuese cierto ¡qué vergonzosa sería la sociedad argentina! Es un error, son distintas pasiones, y distintos efectos. Las irregularidades de la vida íntima no perjudican á nadie, mientras que las de la vida pública hacen daño á la sociedad. Aquí hay muchos políticos que llevan una vida honorable de familia y en el gobierno son inmorales. Esta es la inmoralidad que hay que perseguir, porque tiene extraviado el criterio de la sociedad. La mujer carece de sentido moral para apreciar al hombre público y se está haciendo cómplice de la perversión política del país. Mientras que con una severidad inquisitorial avanza juicios sobre el honor privado, todo sin más

fundamento que un chisme anónimo, celebra el deshonor oficial evidente y participa ufana de sus gajes. Después cree que todo lo cubre con la religión, sin pensar que esto es contrario á toda sana doctrina. Ahí tiene usted la distinción que hago entre la moral privada y la moral pública, y creo excusado decirle que de la primera le he hablado á usted en broma y de ésta en serio.

—Para mí es una satisfacción haber traído á un señor como usted al terreno de la moral, y de una moral seria, no conozco otra — le contestó Dora ceremoniosa—y como soy una señora de esta sociedad y de un hombre político, puedo decir que lo he vencido—y se echó á reir con expansión fingida.

—Y hasta podría decir que me ha subyugado.

—No sé como.

—Ni lo sabrá.

—Está usted enigmático. No soy curiosa.

—No es que quiera ocultarle nada, sino que no tengo derecho á hacerle confesiones.

—Según sean ellas. Una confesión suele ser bonita ó espiritual ¿No se ha confesado usted en los albums literarios? Me gusta

mucho leer esas cositas, más que sus artículos políticos.

—¡ Si usted supiese cuál ha sido el móvil de esos artículos, ó mejor dicho, la pasión que me los ha sugerido !

—¿ Esa sería la confesión ? Le consiento que me la haga. ¡ Cuidado con las indiscreciones ! Mire que yo también soy política.

—No necesita recomendarme discreción. Soy discreto por egoísmo, creo que los discretos son más afortunados, y por eso hago de ello un sistema. Le contaré el milagro sin nombrarle el santo, ó la santa, mejor dicho, ó la diosa, en mi sentir.

—Enpiece.

—Es toda una confidencia. Yo amo á una mujer. «Sin razón y sin derecho» como diría el poeta.

—Es claro, un moralista como usted no puede amar de otro modo.

—Ya le he dicho que estas incorrecciones privadas son de poca monta para la felicidad social.

—Adelante. Usted ama sin razón y sin derecho.

—Y como toda pasión imposible, la mía es violenta. Yo quisiera olvidarla para tran-

quilidad de mi espíritu, pero es como querer olvidar el día en pleno sol. La luz de su belleza me inunda. Mi pensamiento vive ligado á ella como el ritmo al corazón, solo la muerte podría separarlo, y la mayor desgracia es que tengo celos, celos de todo, hasta de lo que ella admira ó aplaude. La cuido como un tesoro, no quiero que su alma se empequeñezca, y como he podido observarla fascinada por el oropel oficial, debido á su medio ambiente, quiero que sea altiva como una diosa y desprecie esas grandezas chicas. Por eso descubro los vicios políticos. ¿ Ha pensado usted alguna vez en esta liga increíble de la política con el amor ?

Y Delmar contempló á Dora con expresión que quería decirle: ¿ entiendes fabio lo que voy diciendo ?

Dora se echó á reir como la vez anterior, expansivamente, pero con riza forzada, como que era un recurso para disimular la impresión que le había causado la declaración de Delmar. Luego contestó con acento hiriente :

— ¡ Que lirismo tan gracioso ! ¿ Y no ha pensado usted en un resultado contrario ?

— ¿ Como ser ?....

— Que sea usted quien parezca chico á los ojos de ella, chico de despecho, por ejemplo. Porque todo puede suceder.

— No creo — dijo Delmar con serenidad. Las verdades que no se ven son innegables cuando alguien las señala. Ella tiene que verlas también. ¿Y despecho de qué? El despecho es la impotencia y yo he probado ser una fuerza. Pero en realidad no me interesan las grandezas chicas. Es ella la que me absorbe, tal vez por una ley psicológica de los amantes que da mayor poder al que ama menos. Ahí tiene usted el móvil íntimo de mi puritanismo: una pasión. ¿Qué piensa usted de todo lo que le he dicho?

— ¿Qué pienso? Que todo eso es una novela.

— Tomada de la vida real. Le nombraré la protagonista.

— No, no — exclamó Dora precipitándose alarmada—yo lo hostilizaría, porque eso no debe ser.

Hay desencantos transitorios que duran lo que el dolor de un golpe. El de Delmar por Dora solo fué la caída de una hoja. Al abrirle su corazón se empeñó otra vez en la conquista. Este coloquio fué un lazo

entre Dora y Delmar, y á partir de aquella noche la pareja empezó á hacerse notable.

En todos los recibos se consagraban mutuamente casi toda la noche, y si por tácita prudencia no andaban, siempre juntos, buscaban estarlo en los círculos de conversación. Una noche, Dora, que sabría ó no los antecedentes que existían entre Delmar y su esposo, los puso en relación.

Delmar había temido siempre este momento, por el abismo que los separaba, y pensando, por otra parte, lo enojoso que debía ser para el doctor Espinillo, ante el recuerdo de la forma injuriosa con que lo había tratado y pendiente aún su deuda, una presentación de su enemigo y su acreedor. Sin embargo, con no poca sorpresa para Delmar, por el cinismo del doctor Espinillo, el hecho se produjo sin violencia.

—Si somos viejos amigos con el doctor Delmar—exclamó Espinillo estrechándole la mano efusivamente, y también he sido muy amigo de su padre.

—¡Sí!—dijo Dora, para quien este recuerdo era una novedad, y Delmar medio confundido se limitó á abandonarle la mano venciendo una secreta repugnancia.

—El señor se ha hecho notar últimamente como un valiente escritor—agregó Espinillo, dirigiéndose á su mujer, como revelándole una cualidad de Delmar que ella acaso ignorase.

Y, después dirigiéndose á él continuó:

—¡Qué razón tiene usted en todo lo que ha dicho! No sé adonde vamos á parar, mi amigo, con nuestro sistema electoral.

Delmar tuvo ocasión de confirmar una observación que ya tenía hecha en algunos políticos, y es que para salvar las apariencias, condenan los vicios en que se mezclan, sacan el provecho y eluden la responsabilidad por la coartada.

En seguida se separaron y siguió él con Dora.

Así trascurría esta inolvidable temporada social para la vida de Delmar, entre diversas sensaciones de la comedia humana.

Había intimado con los hombres más asiduos y adquirido con las mujeres esa cómoda confianza que hace más agradable su compañía.

Afectuoso y atento con las señoras, galante y vehemente con las muchachas, y familiar con los hombres, no encontraba resistencias ni hostilidades. Pero no puede un

hombre que tiene títulos para ser codiciado repartirse en forma indefinida ó dudosa en un mismo círculo de mujeres sin suscitar una sorda rivalidad que á veces llega á ser cruel entre ellas.

Delmar había atendido con particular afecto á María Luisa y á Isabel y perseguido constantemente á Dora.

Como en su temperamento ardoroso no sabía ser amigo tranquilo de las mujeres, y se dejaba arrebatar por el entusiasmo que despertaban en él la juventud y la belleza, aunque nada les había prometido, ellas querían ver algún propósito más serio, no confesado todavía, en ese modo de ser, y les incomodaba el que una señora casada fuese probablemente la causa de que Delmar no se decidiese.

En cuanto á Dora alejaba de su mente, no con severidad, sino como algo de que no quería ocuparse, la idea de ser amante de Delmar, pero la complacían sobremanera sus distinciones, y por lo mismo que estaba apercibida de los celos de María Luisa, se empeñaba más en quitárselo.

Esta rivalidad sorda, y más intuitiva que deliberada, había decidido á Dora á ir á «La

Falda» á pasar algunos días con la familia de Campomanes, lo que en el seno de ésta había caído muy mal y motivado discusiones privadas.

—Tu padre tiene la culpa de que nos veamos en este compromiso—decía una noche la señora de Campomanes á María Luisa: él nos ha traído aquí al doctor Espinillo y á su mujer. En mala hora le dió por meterse en política. Desde entonces esta casa es una mezcla. ¿Y cómo decirle que no podemos llevarla? Entre tanto si ocurre un escándalo social, nos veremos envueltas en el asunto y andaremos de boca en boca.

—Ya lo creo—contestó María Luisa fastidiada—porque si Dora ha andado así con Delmar en presencia de su marido, ¡qué será allá sola, sin tener ese miramiento! Con razón se habla de ella todo lo que se habla. ¡Qué mujer tan descarada, no? Y él también hace mal, es una falta de respeto.

—Es claro, no debía hacerlo. Pero si ella se lo permite. Al fin él es hombre. El sin vergüenza del marido es quien no debía consentirle á ella que se zarandease así en brazos de un hombre soltero que ni siquiera es su amigo.

Y de esta manera se desfogaban las passioncillas nacidas de aquellos choques de sentimientos y vanidades.

La ineptitud de la mujer para exigir reparaciones de las ofensas inferidas á su honor, y la irresponsabilidad para darlas, precipita sus juicios sobre las personas y sus acciones, pero por efecto de la misma precipitación con que los lanza, tienen poca consistencia, y no es extraño verlas tratarse con cariñosa amistad en seguida de haberse desacreditado, sobre todo cuando las fuerzas sociales son equivalentes.

El antagonismo entre Dora y María Luisa y su acción refleja sobre Isabel y la señora de Campomanes, duraban lo que las impresiones del último recibo ó de la última visita en que se encontraban ellas y Delmar. Pasadas estas impresiones volvían á su amistad efusiva y hasta había de parte de María Luisa una satisfacción íntima en estar con Dora, porque con ella tenía más motivo para hablar de Delmar, dado que él se consagraba á las dos. Sus conversaciones respecto de él entrañaban un placer disimulado. También servían para sondearse, penetrarse y estudiarse. Dora trataba de inquirir si Delmar

tenía alguna intención seria respecto á María Luisa y hasta donde había llegado en sus promesas, sobre lo cual ésta la engañaba, haciéndole creer lo que no existía.

María Luisa había notado que Dora se ruborizaba sin poderlo remediar cada vez que de improviso le nombraba á Delmar, y como buena muchacha traviesa, y celosa por otra parte, se complacía en hacerla poner colorada.

Una vez se atrevió á decirle:

—Sabe que si usted no fuese señora, yo creería que le gusta á usted Delmar, porque se pone colorada cada vez que se lo nombro. ¡Vé! ahora mismo—y señalándole con el dedo el rubor se echó á reir María Luisa en la cara de Dora.

—¡Pero como no!—repuso Dora en el acto, escapándose por la tangente—á toda verdadera señora le sucederá lo mismo si se tiene la imprudencia de darle bromas de este género. No, María Luisa, no vuelva á decirme estas cosas, son niñerías. Ahora estoy segura que me va á pasar siempre lo mismo—agregó por vía de precaución.—Yo soy así: cuando me empiezo á poner colorada por cualquier

soncero, sigo y sigo, hasta que al fin se me pasa. Es nervioso.

Y le entró á Dora un habladero interminable, verbosidad muy común en la mujer que pasa por esas situaciones de violencia reprimida: necesita abrir una válvula de escape á su conmoción nerviosa.

Estas y otras escenas por el estilo en que María Luisa había colocado á Dora persiguiendo la idea de hacerla renunciar á Delmar, vinieron á producir indirectamente un resultado contrario y á favorecer hasta cierto punto las pretensiones de aquel, como va á verse.

Había llegado el último recibo sin que Delmar hubiese conquistado á Dora ni siquiera alcanzado esa fusión de almas en una voluntad común que en la primera oportunidad reproduce el eterno poema del amor.

Sabido es entre los hombres de mundo que estos problemas nunca son iguales: suelen resolverse en un día ó en un año, y querer precipitar su solución es extraviar el camino. Delmar lo sabía perfectamente y estaba inquieto y descontento del interregno que se iba á presentar entre los dos antes de haber llegado al fin, pero á pesar de sus

convencimientos contrarios, no podía menos que forzar su acción tras de una palabra que le diese entrada en el terreno de la intimidad.

Dora le dió una frase que le abrió el camino.

¿Fué intencionada?

¿También ella querría echar un nudo antes de separarse?

Probablemente hubo algo de eso, y mucho de tribulación á consecuencia de los temores que empezaba á inspirarle María Luisa.

Desde los primeros momentos de la tertulia, Delmar le ofreció el brazo á Dora, y ya fuese que ella tuviese zozobras de que la observasen, ó que sus temores la hiciesen ver visiones, ó que esta vez se le figurase observación lo que siempre era un placer de los hombres, el caso es que le parecía que todos la miraban de una manera maliciosa, y entonces se decidió á decir á Delmar, bajando la voz, con aire confidencial:

—Se ocupan de nosotros, sus atenciones me comprometen.

—¿Le parece?—murmuró Delmar con afectuosa reserva.—No tenga ese temor, pero

guardémonos, si ha de estar usted inquieta. Nadie vela más que yo por usted. Le diré por teléfono ó por escrito muchas cosas agradables que tenía para decirle esta noche.

—¡Qué ocurrencia! Dígaselas á María Luisa. Es lo mismo para usted.

—Bien sabe usted que eso no es cierto, y si no me consagro del todo á usted es por pura prudencia.

—No, ni yo lo pretendo. ¡Pobre María Luisa! ¡Qué perfidia tan horrible!

—¿Cuál?

—La de usted.

—No se cambia un sol por una flor.

—Mal hecho. El sol está muy lejos. Vaya, vaya con María Luisa—y se detuvo Dora como para desprenderse de Delmar.

Parecía estar más celosa que precavida, y como sucede á toda mujer decente á quien le falta corrupción para hacer francamente un pacto carnal, que se compromete más en la resistencia que en el delito, Dora empezaba á dejar ver su benévola complacencia para con Delmar.

En cuanto á él, toleradas sus primeras manifestaciones directas, comprendió que ya

podía explayarse sin peligro, y resistiendo un instante abandonar el brazo que ella quería retirarle, le dijo con ternura:

—Desligo momentáneamente mi brazo del suyo, pero no mi alma de su alma. No debíamos separarnos ni un momento esta noche por ser la última—y se acercó más á Dora como interrogándola con la mirada.

¿Y ahora.....hasta cuándo? ¿Me promete ir este verano á La Falda?

—Vaya, vaya con María Luisa.

—No, no me muevo de aquí si usted no me dice que vamos á encontrarnos allá.

—¿Para qué quiere que yo vaya? Le voy á estorbar en La Falda.

—Al contrario, su ausencia me disturbaría. Prométame que va á ir. Sí, sí y sí.

—Bueno, sí.....

Y Dora salió como huyendo del sí que acababa de pronunciar, mientras Delmar quedóse estático contemplándola alejarse.

Esta ligera escena había llamado la atención de un circulito de hombres allí cercano, en el que se encontraba Cárlos Artigas, y uno de los observadores dijo:

—¿Parece que no pierde su tiempo el amigo Delmar?

--O que lo pierde demasiado—dijo Artigas—porque solo los infelices hacen el amor á las mujeres fáciles.

Más tarde, cuando ya languidecía la fiesta, prolongada más de lo ordinario aquella noche, Dora se aproximó del brazo de su marido á la pareja que formaban Delmar y María Luisa, y ya fuese que tratara de explorar intenciones ó de desagraviar á María Luisa, dijo al doctor Espinillo, en presencia de ellos, dándoles bromas:

—Aquí tienes tú una pareja que me gustaría ver unida para siempre. Yo los bendigo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo—y desligándose de su marido, les echó con gracia la bendición, con una manito encantadora que Delmar seguía codicioso.

Delmar se habría encontrado en una situación difícil de equilibrio á no haber adoptado el sistema de fomentar la sorda lucha de amor propio que se había empeñado entre las dos amigas y que á él le convenía alimentar para precipitar á Dora á jugar el todo por el todo.

Dentro de este plan no tenía miramientos

para ser pródigo en galanterías con María Luisa, y se apresuró á contestar:

—No tendría María Luisa tan mal gusto. Yo me acerco á ella con ese respeto del creyente por su divinidad, sin osar alcanzarla.

—Para alejarse de mí, doctor Delmar, no necesita elevarme tanto. Déjeme en mi papel de simple mortal—contestó María Luisa desprendiéndose del brazo.

—¡Ah! no lo tome usted en ese sentido—repuso Delmar—ofreciéndole nuevamente el brazo.—Si usted se queda en la tierra yo la acompaño. Es aquí donde yo espero encontrar el cielo—y rozó con su pié el de Dora al tiempo de decir la última frase.

—Sí, mi amigo, dijo el doctor Espinillo, cásese, yo sé lo que le digo. El matrimonio complementa al hombre.

—Ya mi alma está casada ó cazada—contestó Delmar—y volvió á rozar su pié con el de Dora, mientras miraba á María Luisa como si fuese para ella la intención de la frase. Pero ser poseído no es poseer, falta el enlace, que es la posesión recíproca—y siguió tocando el pié á Dora y mirando á María

Luisa, y las dos recibían como alusiones personales las expresiones de Delmar.

—Mire—mi amigo—dijo el doctor Espinillo acercándose á Delmar y hablándole aparte: el casamiento completa al hombre y es hasta un medio de introducirse en sociedad: yo con mi mujer entro á todas partes. Cuando á uno no lo aprecian por sí mismo lo aprecian por su mujer. ¿Y de ahí qué? ¿No pasa así en todas las sociedades, que cuando no es uno, el del crédito es el otro? Los hombres de mundo se hacen desconfiados del matrimonio. Es una ignorancia de la vida. El marido no tiene las susceptibilidades del novio. Desde que se sacia se hace más tolerante. Cásese, amigo. La mujer es un gran elemento social y político.

—Delmar se puso á reír de la desvergüenza del doctor Espinillo, y aunque su primer impulso fué refutarle con serenidad su indigna filosofía conyugal, pensó en seguida que no le tocaba á él, perseguidor de su mujer, moralizar con el marido, y por otra parte le pareció amena esta teorización depravada del doctor Espinillo y se propuso extremar la tésis á ver hasta dónde era capaz de llegar este individuo.

—Yo voy más allá—le dijo Delmar. Creo que el sentimiento del honor, como que es una sugestión social, ó se deriva de un orden de cosas, es inferior al sentimiento del amor, que viene de la naturaleza, de suerte que el marido que no ama á su mujer y no es rigorista en principio, transije fácilmente con ella sobre su conducta, mayormente si en cambio él puede sacar algún provecho social, político ó pecuniario, y eso no obsta á la felicidad del matrimonio, á la felicidad pasiva, naturalmente.

—No diré io tanto—contestó Espinillo medio atragantado con la tesis de Delmar—pero sí lo siguiente: usted comprende que si los hombres que tenemos que ocuparnos de la cosa pública, lo que puede obligarnos á poner en juego social á nuestra mujer, tuviésemos que estar vigilándola con la tortura de los celos, valdría más irse á sembrar papas al desierto. No, señor, io le tengo dicho á mi mujer: io te doy entera libertad, tú sabes lo que nos conviene.

—¿Qué estás hablando de mí?—le preguntó Dora.—Mira que ya se va todo el mundo—y esto interrumpió el sabroso diálogo anterior.

Las dos parejas volvieron á formarse y se dispusieron á despedirse porque ya la tertulia tocaba su fin.

—¡En adelante adonde nos veremos!—dijo Delmar con melancolía. Es penoso, después de estas temporadas que familiarizan las almas, alejarse sin término de seres que tanto influyen en nuestra dicha. Pronto no va á ser época de visitar ni de verse en el teatro, las buenas compañías se van. . . .

—Estos tres meses son un soplo—observó María Luisa—y se nos viene el verano, la estación de las sierras. ¡Ah! cómo me gusta aquella vida. Ya sabe que lo esperamos en La Falda, Delmar.

—Y antes de eso nos queda Palermo—dijo Dora. Las mañanas y los corsos.

—Es verdad—dijo Delmar. Las mañanas primaverales, sobre todo, porque se puede pasear á pie por las avenidas. Allá podemos vernos. Entonces será hasta el domingo próximo en Palermo—y se despidió efusivamente al propio tiempo que se producía el desbande general.

Los guardarropas se llenaron de improviso y pocos momentos después el vestíbulo y la calle presentaban el aspecto de las salidas

de teatro: los rostros femeninos asomaban por la abertura de las altas golas y por sobre los abrigos de plumas ó pieles, y los mozos les consagraban sus últimas miradas y sonrisas, mientras las figuras iban desapareciendo en los carruajes hasta que se perdió el último éco de la fiesta en el silencio de la noche.





XII

LA primavera no tiene destino social en Buenos Aires, es una estación intermedia, de tiempo indeciso y alternado, en que las fiestas languidecen y las personas no saben cómo vestirse porque la temperatura varía hasta quince grados en un día. Salvo algunas fiestas de caridad y el curso de las flores, la sociedad vive de los recuerdos del invierno y proyecta su vida de verano. Las mujeres preparan sus nuevas toilettes, claras y leves; las almas se distancian, terminan las visitas, los estudiantes se afanan por concluir el año, los legisladores por clausurar sus sesiones de prórroga, los curiales por empezar su feria, todos por darse una tregua, cambiar de ambiente y renovar la vida. Por fin llega Diciembre con su sol ardiente y su aire de fuego y todos los que pueden vuelan á la

campaña. La gente de buen tono se dirige preferentemente á las sierras ó á Mar del Plata, y la vida social, después del entreacto de primavera, reaparece allá en las estaciones veraniegas, más ligera, más libre, más voluptuosa.

En el período de esta transformación, Delmar solo había conseguido cultivar desde la distancia su equívoca amistad con la señora de Espinillo y su afectuosa relación con las señoritas de Campomanes. En el curso de las flores las había obsequiado con ramos especiales. En las mañanas de Palermo habían paseado algunas veces juntos á pié por la avenida de las palmeras, pero en sociedad general, sin la oportunidad de cambiar expresiones íntimas.

Dora, como siempre, insinuante en las miradas y esquiva en los hechos, era de esas mujeres que se complacen en enardecer á los hombres para tener el trofeo de su adoración, por vanidad y pasatiempo, y si acaso gozar moralmente de su sensualidad exaltada, perversión sin caída que suele permitirles su temperamento pasivo, y que las hace alardear de su honor incorruptible.

Cuando Delmar la veía bajo este aspecto,

en las vacilaciones de su criterio para formar de ella una idea definitiva, dejaba de estimarla y no le importaba comprometerla. Una vez en este estado de ánimo, le habló por teléfono con toda llaneza, diciéndole:

—¿Voy Dora á verla? Mire que voy ¿eh? ¿Me espera? ¿Sí?

—¡Como no! Espinillo tendrá el mayor gusto—le contestó Dora riéndose alegremente.

Después de estas impresiones pasaban días y días sin verse ni recordarse.

En medio de estas treguas monótonas, llegó el tiempo en que las crónicas sociales empezaron á dar cuenta de las primeras familias que partían á veranear, y el día en que vió Delmar que sus interesantes amigos trasladaban sus encantos á las pintorescas sierras de Córdoba.

Pocos días después arregló sus petates él también y partió tras de ellas.

Tomando el tren para Córdoba á las dos de la tarde en la estación Retiro, al despertar el día siguiente vése por las ventanillas del vagón una arboleda crespá y espinosa que no es de la monótona planicie de Buenos Aires. A poco andar un paisaje pinto-

resco se ofrece á la vista del viajero: Córdoba está allí, en una hondonada, y el tren entra deslizándose de las alturas. En el fondo de la vía deja casitas escondidas, sauces indolentes, arbustos alegres, burritos infantiles, chinitas descalzas, maleza enredada y huellas torcidas, hasta que llega á la estación. Se atraviesa la ciudad de Córdoba, beata del coloniaje que va entrando por la moda, y se está en la estación del ferrocarril Córdoba y Noroeste que recorre la más hermosa región orográfica de aquella provincia.

Este es un viaje de emociones, de belleza y de aparente peligro.

El río tercero desciende por entre dos cadenas de serranías, y sobre la margen derecha, aplanadas las faldas cuanto para trazar una trocha angosta, dejando de un lado la roca abrupta y del otro el hondo abismo, asciende en zigzag la vía ferrea, por donde un tren diminuto, manejado con famosos frenos pneumáticos, trepa las sierras culebreando como un reptil enorme que lanzara á ratos resoplidos de cansancio. En la margen de enfrente, del otro lado del cauce, se alzan otras sierras moteadas de verde, cu-

biertas de árboles, que á la distancia parecen matas de pasto, y coronadas de cabras que gustan agruparse en las más altas cumbres; y véñse sucederse en poético paisaje alturas, laderas, valles, chozas, ganados, corrientes, hierbas y brozas.

Mientras los pasajeros más pusilánimes no quieren darse cuenta del camino que recorren para no horrorizarse con la idea de un siniestro, los más atrevidos gozan plenamente del paisaje y sacan la cabeza para mirar al fondo de la sima por donde ruedan finas corrientes de agua murmurando entre peñascos.

Así se llega á La Falda. El «Eden Hotel» está en la falda de una sierra solitaria y para su servicio se ha hecho allí una estación. Al descender del tren aparece en el extremo de una larga y ondulada calle, algo como un castillo de biscuit pegado á una espalda de pelouche verde. Es el hotel. Los carruajes del establecimiento conducen á los huéspedes hasta el pié de la escalinata de entrada y á esa hora generalmente está el vestíbulo encerrado entre grandes paños de lona listada que lo defienden del sol.

Cuando Delmar traspuso estos cortinados,

fué acogido por una salva de aplausos que partió del grupo que formaban las de Campomanes, Dora y otras señoras, muchachas y mozos.

En otras mesas se cuchicheó al ver á este nuevo huesped.

—¡Bravo! ¡bravo! Es usted un hombre de palabra. Bien venido sea—dijo María Luisa.

—Va á ser para usted una novedad este paseo—dijo significativamente Dora.

—¿Sí? Mejor. ¿Qué novedades hay? preguntó Delmar mientras saludaba.

—¡Ah! ya saltarán á sus ojos—contestó Dora.—Tome asiento y cuéntenos qué se dice por Buenos Aires.

Desde ese momento Delmar quedó incorporado á la vida que se hace allí, esencialmente social y galante, con todos los refinamientos de la moda, vida negligente y febril al propio tiempo, porque todas las horas son de ocio palpitante, de abandono de las cosas serias y reflexivas para impregnarse de belleza femenina, de miradas, risas, cantos, danzas, ondas y perfumes. De mañana, paseos á pié por los contornos del hotel; á medio día, charla, juego y música;

á la tarde, cabalgatas; á la noche, baile ó concierto.

Pero la vida de hotel como la vida de familia tiene sus intimidades que no se descubren á primera vista, ó mejor dicho, la naturaleza humana en todos los sitios tiene su faz interna con sus secretos, pasiones y cálculos.

Algunos días después empezó á darse cuenta Delmar del papel que desempeñaba cada personaje en aquel escenario transitorio.

Las familias estaban divididas en grupos excluyentes con rivalidades, desdenes y enconos. Los papás, más accesibles y amigables, aunque guardando siempre alguna distancia, según las pretensiones de cada cual, fusionaban en amable apariencia. El indispensable contacto que motivaba la limitación y aislamiento del sitio, entre gentes que por otra parte se excluían por diversos conceptos, imponía situaciones delicadas de tacto y equilibrio.

Delmar, que había llevado un programa de dominio y absorción, notó con gran sorpresa que estaba poco menos que desalojado.

Sus amigas se habían hecho de un círculo

de jóvenes adoradores que disfrutaban de alta consideración entre ellas.

Principalmente Jorge Bosques, rico heredero, adicto á María Luisa, y el conde de Sanmartino, festejante de Isabel, gozaban á todas luces del patrocinio de la señora de Campomanes, el uno por su fortuna y el otro por su *nobleza*, y la buena mamá, con ese afán de las madres por casar á las hijas, en tanto que agasajaba á los pretendientes, abusaba de su indiferencia para con Delmar, que por su parte hacía un estudio psicológico del gancho materno.

Los dos pretendientes habían acercado á sus amigos y este núcleo predominaba.

En cuanto á la señora de Espinillo, comentada, observada, vigilada, marcaba el paso con una disciplina tirante, que evidentemente la incomodaba y aburría, y la señora de Campomanes la tenía y contenía bajo severa censura.

—¿Se divierte usted mucho?—le preguntó un día Jorge Bosques con su vulgaridad habitual.

—Como una pupila en reclusión—le contestó Dora con fastidio.

Las veces que Delmar trató de hacerla

compañía notó que ella estaba en áscuas, y que miraba á todos los que la rodeaban, como queriendo adivinar si se ocupaban de ella, lo que la obligaba á contestar con vaguedad.

Al ver á María Luisa muy entregada á su festejante, le recordó Delmar en broma que entrambos existía un pacto.

—*Il patto mantengo*—le contestó ella tarareando el aire de Gioconda, pero sin abandonar su preña.

Delmar empezaba á aburrirse soberanamente.

La sociedad de hombres era fría y vulgar.

Un día se acercó á una rueda de mozos y estuvo una hora entre ellos: la conversación giró en todos los momentos sobre la calidad de los botines y los mejores zapateros.

Estos detalles no perjudicaban la movilidad y animación del conjunto, y como la alegría es comunicativa, la ráfaga de las fiestas se llevaba las nubecillas de los espíritus taciturnos.

Delmar se transformaba ante los diversos tonos de la belleza de las mujeres al cambiar de trajes y adornos, y bajo el ardor de

estas impresiones, se consideraba compensado de las molestias que en otros momentos le ocasionaba la necesidad humana. Dora lo enloquecía con sus toilettes atrevidas y sus descuidos intencionados, y él le descargaba explosiones de entusiasmo, lo que irritaba más la hostilidad de la señora de Campomanes, que aparte de su severidad social, creía sinceramente comprometida su responsabilidad por Dora.

Un hecho casual vino á los pocos días á desmonetizar á Delmar y ponerlo en la picota.

Acababa de llegar el tren. El vestíbulo del hotel estaba, como de costumbre á esa hora, con las cortinas del frente caídas y ocupados todos los sitios con mecititas de juego y grupos de personas en sociedad. En el centro, en torno de una mesa de mimbre, donde había dirios, revistas, sombrillas, abanicos y copas, estaba reunido el círculo habitual de Delmar, y él sentado del lado exterior. En tales circunstancias apareció una nueva familia recién llegada, compuesta de una señora joven, bonita y elegante, dos chicuelas angelicales, la menor como de cinco años, y una niñera, que más bien parecía intitutriz por su buen porte

y seriedad. La señora, cargada con enseres manuales de viaje, confundida por sus hijitas y sorprendida por la presencia inesperada de tanta gente como había allí reunida, se enredó al entrar en una de las cuerdas del toldo y cayó de rodillas, arrastrando en la caída á la más pequeña de sus niñas, que por cierto se puso á llorar amargamente. Se produjo en ese instante el movimiento consiguiente. Los más vulgares se rieron y los más cultos hicieron mención de levantarse para auxiliar á la desconocida señora. Delmar que era el más próximo corrió á prestarle auxilio, ayudó á la señora á ponerse de pié, levantó en sus brazos á la niñita, que clamaba por su papá, y echó á andar adelante, diciendo á la señora amablemente: voy á guiarlas hasta sus habitaciones.

Todo esto fué muy sugerente para los expectadores y les dejó la creencia de que se trataba de una familia de la intimidad de Delmar.

La señora, una vez instalada, agradeció efusivamente á su galante protector la oportuna ayuda que le había prestado.

—¿No se ha hecho usted mal, señora?—le preguntó Delmar con interés.

--Felizmente no, señor, pero esta caída es un triste augurio para una enferma.

—¡ Oh ! No se preocupe usted de eso, pronto tendrá usted mejores impresiones. Me complazco en ponerme á sus órdenes.

—Gracias, señor.

Y cambiados estos cumplimientos, Delmar se fué á leer á su habitación, y ya no reapareció hasta la tarde, en que tuvo ocasión de saludar nuevamente á la señora recién llegada, que se paseaba por los jardines, y reiterarle sus ofrecimientos.

Esa misma noche, en el salón, Delmar notó en sus amigas un enfriamiento particular. La señora de Campomanes eludió su conversación. La señora de Dackar, esposa de un rico vinatero, mirona y tentadora, le dedicó un gesto despreciativo, del que abusaba como signo de su importancia social, pero que no lo había usado con él hasta entonces. Dora, obligada á su pesar á alternar con las señoras, temerosa de la asechanza y la crítica, no le daba pié á Delmar para prolongar su estadía á su lado.

Delmar se sentía en ese ambiente incómodo en que se nota una hostilidad inexplicable. No tenía allí amigos íntimos con quien cam-

biar conjeturas. Jorge Bosques era un imbécil engreído. Colocado por sus padres en el plano en que se hallaba, creía que él se lo había conquistado. Ufano de su riqueza y de la lujosa posición de su familia, tenía la altanería del bruto que se siente fuerte. Vestía bien, pero no tenía ni la voz educada, hablaba como un capataz de estancia. Había interpretado como inferioridad la cultura con que Delmar lo trataba, y correspondía á ella con poca atención. El esfuerzo que Delmar hacía para soportarlo, se convertía en maneras exquisitas, que Bosques tomaba por achicamiento y por lo mismo se agrandaba.

El conde de Sanmarino era todo lo contrario: un relamido amanerado, y fastidiaba con las pulcritudes preconcebidas del aventurero que estudia la manera de agradar para sacar de ello algún provecho.

Pero Delmar necesitaba desahogarse. Entonces se apareó al señor Campomanes que se paseaba á lo largo del vestíbulo, fumando un cigarrillo negro, y trató de sacarle algo de lo que ocurría:

—No sé qué desánimo noto esta noche en el salón—le dijo por vía de entrada.

—Tal vez, ó será, mi amigo, que las señoras

están medio enojadas con usted por esa mujer que les ha traído. Ahí andan diciendo que es su querida.

—¡ Una mujer que yo he traído ! inquirió Delmar con profunda extrañeza.

—Sí, pues. Aquí entre nosotros ¿ á qué andar con tapujos ? Todos hemos oído que la chica le decía á usted ¡ papá ! ¡ papá ! y usted se fué con ellas adentro y ya no volvió.

—¡ Pero señor ! ¿ Se refiere usted acaso á esa señora á quien auxilié en su caída ? ¡ Hasta donde llegará la suspicacia vulgar y escandalosa ! No la conozco, no sé quien es, me parece una persona decente, y es penoso ver que se la manche con esa alevosía. Ustedes los padres de familia, lejos de fomentar estos prejuicios inicuos, deberían prohibirlos severamente por delicadeza y por moral.

—Ya comprenderá usted que la versión no parte de los míos—dijo el señor Campomanes lavándose las manos. Mi mujer y mis hijas no se meten en esas cosas, en mi casa no se murmura de nadie, y es usted muy estimado. Sin embargo, la señora de Espinillo no absuelve á usted en este

caso, pero todos sabemos que suele ser un poco precipitada y temeraria. Yo me limito á decirle lo que corre, para que usted se ponga en guardia.

—No hay precaución ni defensas posibles, exclamó Delmar. Esto está en nuestro ambiente social. Hasta los hombres, que pueden espaciar más su espíritu, son murmuradores. Es cierto que la gente culta limita más sus juicios, pero la mayoría exhala un fluido pestoso. La riqueza ha transformado los trajes, mejorado las exterioridades, ya está la corteza refinada, falta que el alma se impregne de cultura. Propendamos todos á alcanzar ese grado de fineza para tener la dicha de respirar entre almas delicadas.

—Es una noble aspiración — observó el señor Campomanes, con aire compungido, como queriendo enmendar su ligereza, y Delmar acelerando involuntariamente el paso, nervioso y excitado, continuó hablando alrededor del mismo tópico.

—Las personas sin mérito se preocupan mucho de su valimiento. Es la desconfianza de sí mismas, y de este celo nacen los juicios deprimentes. Es una forma de la va-

nidad. Tienen miedo de que las sobrepasen y se apresuran á achicar á las otras. La reciprocidad trae una lucha de dentelladas. No se dan cuenta de que la generalidad de las personas no sirven sino para su propia conservación y para el cariño de los suyos, si es que lo merecen. Cuando alguien quiera saber si tiene algún mérito social debe interrogarse para qué sirve. Su mérito resultará de la suma de bien público que sea capaz de realizar. Si la mayoría de las personas siguiera este procedimiento, la sociedad no nos daría el ridículo espectáculo de esa lucha de vanidades, de esa lucha cruenta, que ágría la vida, encona el corazón y engendra la maledicencia.

—Tal vez es un estímulo para adelantar la idea de sobreponerse. Yo creo que todo factor social es de alguna utilidad.

—Todo individuo es por lo menos una molécula del organismo social y tiene por lo mismo un mérito relativo, pero hay seres escresencias que convendría amputar. El organismo social resiste más fácilmente que el cuerpo humano la pérdida de algunos de sus miembros, porque tiene la facilidad de reponerlos, de donde se sigue que no hay

individuo necesario. Ese mérito enorme que se atribuyen muchas personas, regularmente las que menos lo tienen, es una incha-chón ridícula y antipática.

Y siguió Delmar haciendo la psicología del mérito con brillo y causticidad. El señor Campomanes celebró algunas espiritualidades de su interlocutor, pero cuando empezó á pinchar la vanidad femenina tomó el partido de refugiarse en el salón, pues como buen padre de familia profesaba en principio un respeto solemne por la mujer.

—Lo invito á que nos sentemos—dijo á Delmar.

—Esta noche no lo acompaño—contestó éste. Me voy á dormir.

Hasta mañana.





XIII

ALLÍ la vida es muy igual aunque muy animada, siempre la renovación del día anterior: «hoy como ayer, mañana como hoy». Solamente que carece de reposo. Las variantes están en el ánimo y en los secretos de cada uno.

A la mañana siguiente, la señora que había suscitado la chismografía en que andaba envuelto Delmar, se paseaba como el día anterior por los sitios adyacentes, acompañada de sus hijitas y de la niñera.

Hay tipos que expiran dignidad, y esta mujer era uno de ellos. Nadie que la observara, con esa experiencia que da la vida social para aquilatar á primera vista á una persona, habría presumido de esta señora nada que no le fuese favorable. Representaba veintiocho años, diminuta y flexible,

pero de formas llenas, blanca pálida, cabellos negros y ojos pardos, fisonomía delicada, eco suave y porte moderado, con expresión de cansancio moral, inspiraba respetuosa simpatía, porque era una belleza melancólica, que hacía pensar en desgracias injustas, acaso en un abandono que no merecía.

Al verla Delmar, su primer impulso fué acercarse á saludarla, però se contuvo al recuerdo de las especies que le habían llegado la noche anterior.

A medio día se habían formado en el vestíbulo los grupos de costumbre, y apareció ella también, siempre acompañada de su terna familia.

Al pasar por el sitio donde tenían su tertulia las de Campomanes, como se encontrase allí Delmar, insinuó ella un saludo de cortesía, al que solo él contestó. Los demás no quisieron ni reparar que alguien pasaba.

Delmar comprendió que se trataba de hacer el vacío á esta pobre señora, y con reprimida indignación se levantó y fué á la administración á saber quien era.

Todas las miradas siguieron su dirección. Un momento después volvió Delmar y en-

tabló animada conversación con la misteriosa dama, la cual había elegido un lugar apartado para sentarse á leer un periódico, mientras sus chicuelas correteaban bajo el cuidado de la niñera.

—Señora—dijo Delmar aproximándose reverentemente: Una feliz casualidad acaba de hacerme saber que es usted la señora de mi amigo el doctor Lerma, y desde luego me considero en el deber de reiterar á usted el ofrecimiento de mis servicios.

—Gracias, señor. Ya sabía yo que era usted el doctor Delmar, amigo de mi esposo, porque alguna vez los he visto juntos. Además, él me había anunciado que me encontraría con usted acá. Lerma ha tenido necesidad de ir á Mar del Plata—agregó la señora, sonrojándose—pero dentro de breves días estará aquí. Yo no me atrevía á venirme sin él, pero él no podía acompañarme y el médico me imponía esta salida, así es que tuvo que limitarse á dejarme instalada en el tren.

Y volvió á sonrojarse la señora.

—Esta es una naturaleza novedosa para los hijos de Buenos Aires, acostumbrados á la llanura. Alguna vez verá usted allí enfrente

moverse perezosamente las nieblas entre las cumbres. Parecen fantasmas arrojando en girones sus blancas túnicas. Es muy bonito todo esto, aunque tal vez los horizontes limitados por las sierras contribuyan á entristecerla.

—Yo soy triste por temperamento ó por malestar, señor.

—¿Está usted enferma?

—Así dicen—contestó con amarga sonrisa, alzando los ojos al cielo.—No sé lo que tengo. Aquí me haría falta una amiga alegre. Estoy deseando hacer amistad con todas esas muchachas bulliciosas, no para seguir las, naturalmente, sinó para que me den algo de su alegría, para que me entretengan con sus cuentos y sus ilusiones. Sin embargo algunas veces me parece que me miran hoscas y airadas. Es lo más raro.

Delmar sintió inundársele de lágrimas el alma. Comprendió que esta pobre criatura, enferma moralmente por el desafecto de su marido, estaba allí destinada á otro suplicio: á la soledad que impone la maledicencia, y creyó humanitario disipar sus temores y abrirle gratas perspectivas.

—No crea nada de eso—le dijo.—Pronto

tendrá usted ocasión de entrar en este juego social, que es muy animoso, cuando venga Lerma, porque él tiene aquí algunas familias de su amistad. No me ofrezco yo á ser su intermediario porque probablemente usted no aceptaría.

—No, señor, gracias, eso no sería correcto. Más adelante, cuando venga Lerma. La verdad que es inadmisibile la pretensión de algunas personas de que las mejores familias las traten con amistad por vivir en el mismo hotel, sin conocerlas. Ya comprenderá usted que yo no tengo esa pretensión. Absolutamente. Me refería á no sé qué frialdad extraña, casi severa, que no me explico. Porque la cultura siempre es amistosa. Entre personas cultas uno no debe considerarse sola nunca.

—Pues no crea usted, señora. Alguna distracción que usted ha interpretado equivocadamente. Por lo pronto puedo asegurar á usted que ha parecido usted muy simpática en el círculo que yo frecuento.

—¡Cuánto le agradezco esa noticia! Me levanta usted un peso del alma. Y ha de saber usted que no sería sino corresponder á los sentimientos con que yo distingo á las

señoritas de Campomanes, que me parecen tan monas. No sabría decir cuál es más bonita, son bellezas distintas. Una es idéntica á la madre. ¡Qué señora tan distinguida!

A medida que esta conversación se animaba, los que desde la distancia los contemplaban sin oírlos les prodigaban miradas impertinentes y desconfiadas, sonrisas maliciosas, cuchicheos chocantes, y reproches severos contra Delmar.

Este, que se había apercebido de ello, no pudo resistir á la impaciencia y se despidió para lanzarse á andar, andar. Desde la noche anterior necesitaba dominar por el cansancio su excitación nerviosa. Para mayor irritación le salió al paso un mozuelo atrevido diciéndole: muy bien, doctor, ya lo hemos visto, lo felicito.

—¿Quiere no ser estúpido, mi amigo?—y siguió Delmar violento como un rayo.

Hortensia De Luca, señora de Lerma, casóse á los dieciocho años, con esa vaga idea del matrimonio que tiene la mujer á esa edad. Eligió novio por la figura y la figuración, incapaz como era de valorar á un hombre por su ponderación moral. Ver-

dad es que tenía necesidad de casarse, porque aunque estaba llamada á heredar una fortunita de doscientos mil pesos, su padre, la única persona cercana de familia que le quedaba, se agotaba más y más cada día en el último período de la diabetes. Educada bajo la influencia inmediata de un hombre recto, sin mojigaterias ni ficciones, tenía una idea elevada del honor, un alto respeto por todo el mundo, pero era sumamente tímida por lo mismo que se había creado sola. Su marido la amó al principio, pero absorbido por la política y el juego, la descuidó después, y lo que ella no sabía, porque era bastante delicada para tomarle cuenta de su hacienda, es que también la había arruinado. Sin familia, y no presentándola Lerma en sociedad, era verdaderamente una desconocida, y vivía para sus hijitos y sus lágrimas. Ella, al principio de su abandono, tuvo celos, exigencias y reproches, pero la acobardaron las injurias y concluyó por acatar su desgracia. La infeliz había quedado reducida á ser un autómeta. Se le había impuesto que fuese á las sierras y allí estaba. Lerma había preferido ir á Mar del Plata, por la ruleta, y ella que lo sabía,

y que tenía vergüenza de estar allí sola, se había sonrojado al hablar de ello con el doctor Delmar.

Una hora después de haberse despedido Delmar de la señora de Lerma, regresó de su excursión, medio atemperado de su incomodidad, y dispuesto á hacer saber cuanto antes á la familia de Campomanes y á la señora de Espinillo quién era aquella desconocida. Llegó, pues, derecho al círculo de ellas, donde estaban todas reunidas, menos Jorge Bosques y el conde de Samarino, que habían salido esa mañana de paseo á caballo para Capilla del Monte.

—¿A que no se les ocurre á ustedes— dijo Delmar al tiempo de tomar asiento— quién es aquella señora con quien he estado conversando anteriormente?

Hubo un momento de trepidación: la señora de Campomanes se puso á observar atentamente el monograma de su pañuelo, como si no hubiese atendido lo que decía Delmar; la señora de Espinillo se sonrió con desdenguado, y María Luisa, para no dejarlo sin respuesta, dijo inocentemente:

—No nos hemos apercibido con quien conversaba usted, Delmar.

—Hablabá de la señora que se cayó el otro día. ¡Como que no se han apercebido! Todas ustedes me han estado mirando ahora cuando yo estaba con ella.

—Son inquietudes de su conciencia, Delmar, dijo Dora, provocando hilaridad general.

—No ¿porqué habría de tener tales inquietudes? Ha de saber usted que más bien es un caso de conciencia. Es la señora de un amigo mio.

—Ya se vé que es usted muy buen amigo —continuó Dora chanceando.

—Es la señora de un amigo nuestro, mejor dicho, de ustedes y mio, la señora del doctor Lerma.

—¡Ah! ¡sí! ¡Esta es la señora de Lerma! —exclamó Dora con admiración, y fué para todas una sorpresa el saberlo. En seguida continuó Dora en el mismo estilo.

—¡Con razón el marido anda como soltero! ¡Y culpan á los hombres! Si ella se le viene sola á estar en tertulia aquí con sus amigos, ¿qué le queda al pobre que hacer?— y todas se rieron con menosprecio.

A Delmar se le crisparon los nervios ante este cinisimo de Dora para prejuizar y con-

denar en otras sus propias faltas, pero como no quería chocar con Dora, se limitó á repetirle con afecto aquello de que el gran enemigo de la mujer es la mujer, y como le hacía daño la conversación en el terreno en que había caído, y por otra parte veía que la ausencia de los novios le ofrecía una oportunidad para andar solo con Dora y las muchachas, las invitó á dar un paseo por los alrededores. Dora, Isabel y María Luisa accedieron al punto, pero la señora rehusó. Entonces Isabel se quedó á acompañar á la madre.

Delmar, Dora y María Luisa se dirijieron á la sierra que está á espaldas del hotel.

Cuando se hubieron alejado, la señora de Campomanes dijo á Isabel: ya les he dicho que no me gusta la compañía de este mozo: es un perverso.

Puestos los otros en camino, dijo Dora, afectando gran satisfacción, porque pensaba que mortificaría los sentimientos de Delmar hacia María Luisa:

—Ya que usted nos ha dado una noticia, le daré yo otra: esta señorita se nos ha comprometido.

—¿Es cierto María, Luisa ?

—Sí, Delmar, es cierto, con Jorge Basques—le contestó María Luisa sin mirarlo.

—¿Le gusta la elección?—preguntó Dora con acento intencionado.

—Confieso que más me gusta la novia. No tengo el sentimiento de la belleza masculina, y tal vez por eso creo que entre los argentinos, en nuestra condición social, vale más la mujer que el hombre, pero esta falta de equivalencia no puede perjudicar la reciprocidad de simpatías, porque considero tan fácil amarse de novios como difícil perpetuar el amor en el matrimonio. Por estas razones, que fluyen de leyes de la vida, la felicidad conyugal será siempre un azar y la indisolubilidad del matrimonio una tiranía.

—Pero no se salga de la cuestión: yo le he preguntado si le gusta la elección de María Luisa.

—¿Por qué dice la elección? ¿Acaso la mujer elige novio? Generalmente acepta el que le gusta, pero no puede decirse que elige, porque elegir es optar entre varios. Si realmente hubiese podido elegir María Luisa tal vez no lo habría aceptado. El gusto calza puntos diversos.

—Mientras ustedes discuten, yo voy á formar un ramo de flores y helechos—dijo María Luisa—No me cuadra el tema. Cuidadito, ¿eh?—y se apartó sola.

Delmar y Dora siguieron su paseo por los tortuosos senderos de la sierra.

—Aquí el único que corre peligro soy yo—dijo Delmar—peligro de enloquecerme de felicidad. ¡Cuánto he soñado con estos instantes, desgraciadamente tan fugaces! Mi alma no quiere vivir sino para su belleza, y como no puedo disfrutarla todo lo que anhelo, me sobreviene una tristeza tan grande cuando nos separamos que siento cansancio de la vida. La esperanza me hace revivir. Yo, que soy tan feliz aspirando el perfume de su belleza, me había formado la dulce ilusión de que en estos sitios íbamos á vivir constantemente juntos, y las dificultades para estrechar mi alma con la suya me tienen desesperado. Veámonos solos, Dora. No le pido una cita, eso sería ofenderla, y no trato sino de admirarla. Déjeme verla, déjeme hablarla, déjeme amarla, si, Dora, si.....—y le tomó la mano, y así de la mano siguieron un breve espacio, hasta que se oyó la voz

de María Luisa que corría hacia ellos exclamando:

—¡ Ah ! ¡ qué variedad de florcitas silvestres, y qué helechos, son un encaje !

Entonces le retiró ella la mano diciéndole:

—No sea atrevidø, Delmar, mire que pueden verlo. No he de salir más con usted.

—¡ Miren que preciosura ! dijo María Luisa al llegar hasta ellos corriendo—¿ De qué conversaban ?

—Le decía á Delmar—contestó Dora sin inmutarse—que mañana ó pasado tendremos un compañero más para estos paseos, á Espinillo, que me ha hecho un telegrama anunciándome que viene.

Delmar no pudo disimular el fastidio que le produjo esta mala nueva, decayó de improviso su ánimo, y á su vez dijo con desgano:

—Un compañero más y uno menos, porque yo me voy mañana mismo. Si tienen ustedes algo que disponer.....—y se apoderó de él tal impaciencia, que desde ese momento se le hacía largo el tiempo de su estadía allí. Su pretensión respecto de Dora la daba por terminada, y al desprenderse de ella sentía la satisfacción del que recobra la libertad, pues realmente su espíritu había estado embar-

gado por esta aventura. Se retiraba sin dolor, porque no se arraigaban en él los amores morales, aunque la exaltación del deseo lo apasionara durante la perspectiva que lo entretenía.

El resto del día lo pasó en preparar su regreso y á la noche en el salón pidió órdenes para Buenos Aires.





XIV

PARA dar variedad á su regreso Delmar tomó en Córdoba el tren al Rosario, visitó la segunda ciudad argentina, encantado de su adelanto, y allí se embarcó para hacer el viaje por el pintoresco Paraná.

Tuvo la suerte de encontrarse con un viejo amigo abordo, Edmundo Heine, argentino de origen alemán, exportador de cereales, que venía de hacer acopios en la colonias de Santa Fé, después de larga ausencia por Europa, y previas las saluciones, inquisiciones y reseñas consiguientes al largo intervalo que los había separado, Heine se hizo éco de las lamentaciones de los colonos, que se quejaban de la falta de protección y de justicia y del exceso de impuestos, mal invertidos, según había oído decir. Esto

hizo recaer la conversación sobre las cosas de la patria y la política del país.

Delmar, encantado por el paisaje de las márgenes, sacó de ellas una similitud para aplicársela á los partidos, y dijo á su amigo:

—Si no disonase la poesía de la imagen con la prosa del asunto, podrían compararse nuestros partidos políticos con estos grupos de flora que vamos recorriendo, en los que se ve á veces un par de árboles socabados por la corriente, inclinados á punto de caer, con ramas quebradas y secas, en cuyo tronco, medio pútrido, anidan alimañas y se enredan trepadoras. La corriente pasa murmurando á corta distancia, y aunque los alimenta con las sustancias de su seno, amenaza derribarlos el día de sus impetuosidades. Solamente que estos grupos vegetan en paz y aquellos se agitan voraces, pero también la corriente de la opinión amenaza disolverlos.

—¡Como! ¿Crees tú que podría alterarse el orden?

— No lo creo. Decía disolverlos por el progreso de la justicia y de la cultura general del país, por la evolución de las costumbres.

—Cuéntame. He estado tantos años ausente que no tengo idea de lo que pasa aquí. No veo movimiento cívico ni asambleas populares para ocuparse de la cosa pública.

—No, eso sería incomodar á los dueños del Estado; el derecho de reunión puede decirse que no existe.

—¿Y cómo se organiza el gobierno?

—Voy á explicártelo en cuatro palabras: Al favor de leyes electorales prácticamente imposibles, anticuadas y deficientes, conservadas deliberadamente como alma del tráfico político, hay agentes que llevan á inscribir individuos inconscientes y pobres vergonzantes que no pueden ser independientes porque tienen necesidad de someterse. Por su misma inconsciencia ó dependencia, estos inscriptos vienen á formar una especie de propiedad particular ó patrimonio electoral de quienes los manejan, y no tienen siquiera el recurso de sublevarse ó venderse, porque ni el nombre de sufragante les pertenece. El inscripto es un ente pasivo de la elección, presentado allí con un nombre cualquiera, con uno de sus muchos nombres, porque lo han hecho inscribir en todas las parroquias, en cada una con distinto nombre, y lo llevan de

comicio en comicio, haciéndolo votar no sabe él por quien. Este fraude ha hecho despreciables los comicios, y el pueblo se los ha abandonado á esa masa especialmente degradada para hacer elecciones. Todos los hombres públicos de posición electiva provienen de este almacenaje de opinión automática. Los que disponen de este caudal pueden hacerse elegir ó imponerse candidatos dentro de su partido. A veces esta influencia es á dos grados del candidato sobre el dueño de la inscripción. Otras veces, el dueño de la inscripción, por estar ya colocado, no necesita aprovecharse de ella. En este caso puede dispensar favores, erigirse árbitro de la suerte política de tal ó cual pretendiente que carece de capital propio, y así se va formando él también un grupo ó subgrupo, que acrecienta su importancia ante el jefe supremo que es la inteligencia más clara de este tráfico inícuo.

—¿Y por qué el pueblo se deja usurpar su derecho?

—Porque carece de armas legales para defenderse. El principio de la soberanía popular se afirma en el sufragio libre, y desde el momento que al pueblo le es imposible

votar, fallan las instituciones por su base. Todo cae en las redes de las empresas electorales, el gobierno y la administración, todo les obedece y por consiguiente todo tiende á coartar la ingerencia del pueblo. En circunstancias extremas, cuando esta explotación se convierte en robo desvergonzado, el pueblo se hace la justicia por su mano, apela á la fuerza y disuelve el gobierno á cañonazos, pero á manera que las hidras se reproducen de sus fragmentos, estos cuerpos electorales se rehacen de sus destrozos. Como el país sería un caos si no fuesen al gobierno inteligencias de un ambiente más puro, incapaces de hacer un modus vivendi de este teje y maneje, justo es reconocerlo, estas empresas decoran sus vicios con algunos nombres de lustre. No hay que acusar á los hombres de mérito que se ven obligados á colaborar en esta vergonzosa política. Si rehusasen, acaso el mal sería más grave. Gracias á su participación en el gobierno las cuestiones de Estado no se extravían del todo. Solo son ellos culpables de no propender con empeño al saneamiento de los focos electorales, de olvidarse en las alturas que su origen es bajo y putrefacto. Esta negligencia

les echa encima la responsabilidad que incumbe á los cómplices. ¿Y qué puede decirse de los prohombres? Deberían tener presente, que si los fenómenos físicos permiten al hálito del fango remontarse á las alturas y transformarse en nubes vistosas y fantásticas, esas grandes figuras obscurecen el sol y entristecen el alma. Así ellos obscurecen la luz de la verdad, anublan la patria y enrarecen el ambiente de la vida cívica,

—¿Pero en cambio la sociedad los tendrá relegados?

—Te equivocas, son las principales figuras sociales, lo más respetable que tiene el país.

—Entonces hay que convenir en que el país tiene el gobierno que merece.

—No señor. La faz fastuosa de una sociedad es el alto pico de la montaña, lo más visible y lo menos útil. Sólo existe para brillar. El pueblo los condena.

—¿Los condena á dejarlos gozar?

—Materialmente, sí; pero hay una condenación histórica que sirve de enseñanza y de moral.

—El consuelo es demasiado platónico. Vamos á jugar una partida de ajedrez.

—Ya vamos, escucha, no te he referido

lo más curioso de esta situación: es un fenómeno de adaptación á su medio. La idea limitada de partido es contraria á la idea general de pueblo, son intereses antagónicos. Tan es así que es necesario usurpar los derechos del pueblo, violar sus leyes, para que el partido exista y persista. Este interés circunscripto anula, limita y pervierte á los hombres. Hermanos de causa, la solidaridad ilícita que los vincula obliga al bueno á sostener al malo, á perdonar el error, á encubrir la falta, á proteger la inepticia, á olvidar la justicia...

—Sin embargo, es preciso ser justo. No puede negarse que los hombres de primera magnitud se suceden en el gobierno.

—Sí, no lo desconozco. Hay talentos envidiables, figuras atrayentes, por las cuales siente uno la cariñosa simpatía que inspiran los compatriotas distinguidos, pero son caracteres deformados por las pequeñas confabulaciones de partido. He aquí el fenómeno sobre el cual quería llamar tu atención: se han connaturalizado tanto con su sistema político, que no le toman el mal olor, y lejos de eso, se creen la encarnación del saber y del patriotismo, se indignan si se les ataca,

piensan que se les quiere desalojar por envidia, que se les combate de despecho, y ni remotamente suponen que sea por amor á la patria y ansiedad de orden y de justicia.

—Es posible: todas las pasiones desoyen la razón contraria, pero se me figura que tú también estás demasiado inclinado á condenarlos.

Delmar concluyó por dudar de sí mismo, de su razón, de su derecho y de su moral, y cayó en el desaliento con que concluía siempre sus inculpaciones políticas, y en contradicciones, excepciones y benevolencias que habrían podido servir á su amigo Heine para probarle lo difícil que es ser severo con los contemporáneos con quienes se vive, cuando se inclina el corazón á salvar á los amigos que se ama y á los hombres que se quiere disculpar. Pero Heine, á quien se le hacía ya fatigoso el tema, prefería hacer una partida de ajedrez y le cortó el discurso y se llevó á su amigo al comedor donde ambos se entregaron al más absorbente de los juegos.

A la mañana del día siguiente, primero de año, desembarcaron en la Dársena Sud y se separaron en la Plaza de Mayo.

Delmar sintió su aislamiento, dejó volar su

imaginación hasta el punto de partida, pensó vagamente en sus últimas impresiones, y se distrajo al llegar á la calle de Florida, que presentaba un aspecto animador con los escaparates llenos de aguinaldos y las interminables corrientes encontradas de gentes y carruajes.

Se hallaba de nuevo en su vida normal, que la constituían su casa, el club, los amigos y la calle.

La calle es la gran amiga del hombre solo. Después de la mujer, suprema dicha del hombre, no hay nada más agradable que la calle. La calle es el mundo, es la libertad.

Delmar también amaba la calle.

Aunque por aquella época el calor no convidaba á caminar, todas las noches él se iba vagando lentamente por la Avenida de Mayo hasta la plaza de Lorea, donde solía sentarse á escuchar una orquesta que costeaba un despachante de helados y refrescos establecido allí con un kiosco de bebidas.

Esta ociosa excursión fué causa de que una noche tuviese un impulso que vino á agitar su vida con inmenso significado, como va á versé.

Hacia algún tiempo que un centro de juventud con ramificaciones en todas las parroquias de la capital, venía ocupándose de fomentar la inscripción de los ciudadanos que tienen abandonados sus derechos cívicos por pesimismo ó desencanto, y aunque muchos de los inscriptos habian sido tachados y borrados de los registros por la acción diligente de los agentes de los partidos, la juventud pensaba concurrir á la elección de un senador á que estaba convocado el distrito de la capital para llenar la vacante dejada por un miembro del senado que había pasado á un ministerio. Este movimiento no había tenido bastante resonancia por falta de órganos de publicidad que lo secundasen. Los diarios políticos le hacían la conspiración del silencio y los diarios mercantiles no le cedían espacio. El derecho de reunión al aire libre, que es un excelente medio de propaganda, está tan restringido en la capital argentina, que es casi nulo, puede decirse.

Entre tanto, los partidos permanentes, de acuerdo para la elección de este senador, y sin lucha ni oposición, no tenían por qué cuidarse del acto, puesto que el resultado

sería siempre el mismo, ya votase uno, cien ó mil.

Aproximábase el día de esta elección y el naciente partido de la juventud no había proclamado el candidato que sostendría en los comicios ni resuelto ir á la elección.

Por último se había determinado á hacer esta proclamación en una asamblea pública que tendría lugar en el Teatro Rivadavia, á las ocho y media de la noche, de la cual se apercibió Delmar por casualidad al llegar esa noche á la Plaza de Lorea, sobre la que da frente aquel teatro.

El asunto podía ser interesante para un curioso desocupado, y lo era mayormente para Delmar, que siempre llevaba en el alma una mezcla de indignación y pena ante el próspero éxito del fraude electoral.

Irguióse su espíritu en el acto de leer en los carteles los propósitos de aquella reunión, penetró en el teatro entusiasmado y nervioso, abriéndose lugar con dificultad por entre los grupos que poblaban el vestibulo. Adentro la concurrencia era enorme. Principalmente la platea y los palcos bajos formaban una masa compacta en un ambiente espeso, caluroso y ahumado por humo de cigarro.

Sentiase doquier un murmullo varonil y excitante formado por las conversaciones, comentario, acusaciones y protesta de los más exaltados.

Acomodábase en el escenario la comisión directiva al tiempo que Delmar consiguió un lugar en un palco alto á la derecha.

El presidente, un vigoroso jóven de **veinticinco** años, dijo con voz bien **timbrada**: «La comisión que ha dirigido los **trabajos** de esta tentativa de reacción cívica, **ha** adquirido el triste convencimiento **de** que es imposible el ejercicio del voto libre bajo el régimen actual, porque la ley electoral permite, entre otras temeridades, que cualquiera pueda tachar sin responsabilidad penal á los inscriptos y los pone en el caso de sostener un litigio para hacer valer sus derechos de sufragante, lo que repugna á las personas serias y es imposible á las personas ocupadas. Queda de este modo el sufragio entregado á los vagos y mercenarios. Sin embargo, alguna inscripción se ha conseguido. La asamblea resolverá si ha de ir á la elección el domingo, y en tal caso designará el candidato por quien ha de votarse y organizará la lista de electores que ha de sostenerse.»

Hubo un momento de vacilación y de silencio, y en estas circunstancias, obedeciendo á una inspiración súbita, adelantóse Delmar sobre la balaustrada de su palco y tomó la palabra, en medio de un movimiento de curiosidad general, que hizo converger todas las miradas sobre el orador.

Dijo Delmar con timbre puro y vibrante:

«Señores:

«Va á sorprenderos mi palabra inesperada en vuestro seno, pero habreis de acogerla con entusiasmo, al declararos que soy una fuerza coadyuvante en la lucha á que os aprestais. Soy un sediento de derecho político que busca en vano la verdad de las instituciones argentinas y que columbra la última esperanza de su salvación en el alma generosa de la juventud.

(Entusiastas aplausos.)

«Os toca realizar con vuestro esfuerzo lo que no han conseguido los cañones de la revolución vomitando metralla sobre oficialismos impuros: el saneamiento del gobierno general de la república.

(Aplausos.)

«Pasamos por una crisis vergonzosa de honradez política. No quiero injuriar á los hombres que tienen el poder, muchos de los cuales—vosotros lo sabéis—merecen la gratitud de sus conciudadanos, aunque todos, todos, el reproche por su coparticipación en un régimen ilegítimo.

«La vida pública debe ser pura luz. Si los errores sinceros merecen perdón, las dudas siempre son una deshonra.

(Aplausos.)

Los pretensos catones se aprovechan en silencio del presupuesto y del gobierno. Este mutismo, esta postración de los que debieran daros ejemplo, significa que estais solos en la vida nacional, que no teneis ante vosotros grandes virtudes que imitar. Pero no desmayeis. Si se ha extinguido el ardor cívico de vuestros mayores, si se ha extinguido la luz que debía enseñaros el camino de la virtud, buscad inspiración en las grandes figuras de la historia y ellas os enseñarán á batallar por la libertad, por la libertad, señores, que solo puede vivir en el orden, en la igualdad y la justicia.

(Aplausos.)

«No desmayeis ante las sombras del presente. Teneis el deber de despejarlas. Teneis una misión histórica que cumplir en una hora psicológica de la patria. No penseis en revoluciones. La fuerza no sanciona sino hechos transitorios. Pensad en vuestro derecho de elegir, que es el que forma la conciencia de la soberanía popular. Sostenedlo y defendedlo. Imponed la moral al gobierno y á los partidos. Hace falta una moral común! ¡Una moral común! He ahí algo grande, exclamaba un pensador francés. Se necesita algo más que la moral personal. La conciencia individual no es sinó una débil llama que vacila al menor soplo de las pasiones. La conciencia colectiva es una hoguera de innumerables trozos, sobre la cual los huracanes se desencadenan en vano. No hacen sinó avivar la llama y elevarla hasta el cielo.»

(Estrepitosos aplausos.)

La juventud es el brazo, el corazón, la sangre y el pecho de la patria. Sois una fuerza sin la cual no se concibe la existencia de la nación. Si tenéis el deber de morir, ¡como no tendréis el derecho de votar!

Reivindicad el voto popular, y después de

alcanzar esta conquista regeneradora, sabed que la juventud no está llamada á gobernar.

Si la juventud fuese capaz de abarcar y dominar las dificultades del gobierno, estaría demás la madurez en la condición humana. Cada faz de la vida tiene su función que es su misión. Vosotros sois la fuerza de un pueblo, -la ejecución del derecho y la justicia, pero el cerebro del Estado lo llevan sobre sus hombros los hombres prudentes y graves. Es á ellos á quienes tenéis que entregar el gobierno del país.

(¡No! ¡No! ¿Dónde están?)

Teneis razón para dudar de su existencia.

La República Argentina, por su infancia nacional, está en condiciones de desarrollarse bajo la influencia de los sanos principios que han evidenciado la ciencia y la experiencia en el viejo mundo, y nuestros hombres de gobierno, obcecados por la rutina no han hecho sino trasplantar á nuestro suelo los errores que conmueven las bases de las sociedades europeas. El espíritu moderno considera que gobernar es hacer la felicidad del pueblo, tal es la tendencia socialista, ola formidable que derribará todo lo creado si

la previsión de los estadistas no abre un cauce á su corriente.

Una sociedad vive de hechos y de ideas, de producción, repartición, consumo y evolución; unos producen y otros dirijen, las masas trabajan y el gobierno organiza y conserva. Tal debe ser el juego de una sociedad en perfecto equilibrio, de una sociedad justa y moral. Pero es inadmisibile que el pueblo produzca y el gobierno destruya, que el pueblo sea un taller y el gobierno una orgía. El que no presta sus brazos debe prestar su cabeza; necesitamos fuerzas materiales é intelectuales, sembradores, productores y pensadores. Los corruptores son una plaga perniciososa. El gobierno está plagado de ineptos, de parásitos que tienen enfermo el país, de consumidores que no retribuyen su consumo.

(Grandes aplausos.)

Romped los ídolos que ha forjado la ignorancia del pasado. Los ídolos quieren esclavos. La ley del crecimiento de un pueblo no está subordinada á la existencia de determinados hombres. El pueblo crece con los hombres que tiene como quiera que se llamen.

Las ideas que lo favorecen no pertenecen á un individuo: son la luz de la combustión social que irradian todas las almas.

¡Valiente juventud argentina!

¡Haceos sentir y respetar!

(Prolongados aplausos.)

Este discurso, siquier parezca desordenado como una improvisación, arrebató á la asamblea, y salió el nombre de Delmar de todos los labios para aclamarlo candidato á senador en la próxima elección. La aclamación fué unánime y entusiasta. Las manifestaciones se prolongaron hasta la vía pública, y aquella muchedumbre juvenil habría acompañado á Delmar hasta su casa á no haber sido disuelta la reunión por el escuadrón de seguridad.

Delmar estaba confundido y conmovido.

Aquella noche no durmió, la pasó insomne, electrizado.

Estaba muy lejos de pensar, cuando incidentalmente penetró en el Teatro Rivadavia, que ese impulso improvisado había de transformar su modesta individualidad de simple ciudadano en espectral personalidad política.

El domingo próximo, gracias á que nadie

se preocupaba de la elección que iba á tener lugar, porque podía decirse que ya estaba hecha, pues estaba designado el candidato gubernista, y según la costumbre, no necesitaba votos para ser elegido, bastó la uniformidad de unos centenares de sufragantes para pronunciar la mayoría en favor de la lista de la juventud.

La sorpresa no pudo ser mayor para los partidos del acuerdo, para la prensa y para el pueblo, y dió pié á los diarios gubernistas para hacer alarde de una libertad electoral nunca vista, mientras que los diarios independientes hacian constar que solo por chiripa podía ganarse una elección con visos de legalidad.





XV

EL mismo día que desembarcaba Delmar en la Dársena Sud de regreso de Córdoba llegaban á La Falda el doctor Espinillo y el doctor Lerma.

La circunstancia de haber desaparecido Delmar dos días antes de llegar Lerma, reavivó las murmuraciones que se habían hecho alrededor de la obsequiosidad con que aquel había distinguido á la señora de éste.

En una mesa de familia se debatió ese día el punto con ardor, entre marido y mujer.

—¡ Ahí tienen ustedes !—decía ella—¿Qué me dicen de esta coincidencia? Se va el uno cuando viene el otro. ¡Qué casualidad! Si la sociedad no se equivoca nunca. Cuando el ruido suena....

—Te digo que no, yo lo sé muy bien, á mí me consta: con quien tiene amores Del-

mar es con la de Espinillo; y es claro, viene el marido y el otro se va.

—No sé cómo puede ser eso. La de Espinillo está á la vista de todo el mundo y vive en familia, jamás la hemos visto sola con Delmar, mientras que la otra siempre está encerrada. Yo la he visto esperando en la ventana, sola y á obscuras. ¿Esperando á quién? ¿Por qué no sale? ¿Por qué no va al salón?

—¿Y á qué va á ir, si todos le hacen desaires?

—Bien merecidos los tiene.

Y la mujer implacable, precipitando su juicio irreflexivo, y el hombre más atinado y justo, ambos á dos siguieron hurgando vidas ajenas en presencia de sus hijos.

El mismo asunto sirvió de tema á todos en los primeros días.

La desdichada Hortensia, sin experiencia social, pues del lado de su padre había pasado á la reclusión de su matrimonio, no atinaba á comprender el aislamiento á que se veía condenada. No le parecía que el ser desconocida fuese causa bastante para mirarla con severidad. De noche se sentaba, efectivamente, en la ventana de su habitación,

á obscuras, para que la luz no atrajese insectos ni inquietase el sueño de sus hijos, y allí, hundiendo la vista en la bóveda del cielo, ó dejándola vagar sobre los negros fantasmas que semejaban las sierras, lloraba ó meditaba.

En estas contemplaciones y divagaciones se detuvo muchas veces á pensar en esas maneras extrañas que la sociedad del hotel usaba con ella, y no encontrando en su conciencia nada reprochable, se le ocurrió alguna vez ¡pobre ñocente! si no sería una condenación de la vida irregular de Lerma, pues ella sabía que él jugaba y que su posición política era adquirida por el fraude electoral. Pero contra esta idea se oponía la persuasión que ella tenía de que Lerma era bien recibido en todas partes, pues á su casa llegaban las invitaciones para todas las fiestas sociales.

Después concluía por conformarse, pensando que cuando llegase Lerma la pondría en juego social y su estadía allí sería más agradable. Así pasaba la prima noche, hasta que le daba sueño y se acostaba.

Hortensia esperaba todavía ser feliz. Creía que Lerma se consagraría á ella cuando no tuviese puesto público que atender, y hasta

cierto punto lo disculpaba y perdonaba. Lo que mayormente la afligía era que su conducta fuese á volverse contra él mismo, á perjudicar su nombre, y si por algo la contrariaba el haber ido sola y estar allí como abandonada, era porque las críticas habían de dirijirse contra él. Ella habría querido poder comunicarse con todas para haberlo disculpado con cualquier pretexto. Así, pues, cuando Lerma llegó, su contento no tuvo límites, fué un día de fiesta para su alma, lo acarició, lo mimó, jugó con las chicas, corrió tras de ellas en los jardines y su voz y su risa resonaron con timbre de oro. En la mesa se atrevió á mirar en todas direcciones, ufana de tener á su marido, de poder presentarse con su familia organizada.

—¡ Ah ! ¡ Cuánto te agradezco que hayas venido !—le decía á Lerma.—Yo no se qué pensarían aquí de mí al verme sola. Es el mejor aguinaldo con que has podido obsequiarme. ¡ He pasado unos días tan tristes ! ¡ Y las nenas cómo te extrañan ! Ahora no van á querer que te vayas. ¡ Hazlo por ellas, pobrecitas !

—No, y por tí también. Ya no vamos á separarnos, prometió Lerma con cariño. Ve-

rás qué temporada agradable vamos á pasar aquí. Nos quedaremos hasta fines de Febrero. ¡Como siento que tu salud no se adapte más al clima de Mar del Plata! Allá la vida es más espaciosa, más animada. El mar entretiene más que la montaña, con sus diversos matices y su eterna movilidad. También la vida es más independiente, allá cada uno puede vivir para sí. Aquí te verás forzada á hacer vida social. Esta noche te presentaré á varias familias que conozco.

Lerma tenía un carácter versatil que lo hacía parecer amar á su familia mientras no lo arrebatava otro placer. Por lo demás carecía del reposo, del sistema, de la fijeza de rumbos que necesita el padre de familia para constituir un hogar feliz. El matrimonio, seriamente considerado, en su extenso significado social, es un magno propósito que Lerma no había abarcado nunca. Lo comprendía mucho más su mujer, virtuosa por convicción y por naturaleza, y desgraciadamente le había tocado en suerte una alianza mísera. Para Lerma, el matrimonio había sido un festín del que quedaban los restos, y para Hortensia era un sagrario. Los hijos para él eran cadenas y para ella reliquias.

Pero mal que mal Lerma todavía soportaba la carga.

A la noche el salón estaba de gala en celebración del año nuevo.

La familia de Campomanes y la señora de Espinillo ocupaban el ángulo anterior, entrando á la izquierda, del que habitualmente se posesionaban. Cuando entraron Lerma y Hortensia, ésta se dirigió á sentarse en el otro extremo, pero su marido la tomó de la mano y conduciéndola al grupo de aquellas le dijo al acercarse: voy á tener el gusto de presentarte á la señora de Campomanes, sus hijas las señoritas Isabel y María Luisa, y la señora de Espinillo. Mi esposa—concluyó Lerma.

Todas se pusieron de pié, afables, para recibir esta presentación, que presentían, y respecto de la cual tenían ya su partido tomado.

—En esta sociedad pasarás horas muy amenas—dijo Lerma á Hortensia. Todas son personas inteligentes y amables.

—Ya he tenido ocasión de observarlo y de disfrutar á la distancia de sus alegrías—agregó Hortensia, tomando asiento al lado de la señora de Campomanes—¡Qué dichosa

es usted, señora, que ve á sus hijas mozas ya! Son las amigas y compañeras de la madre. ¡La infancia tiene tantos peligros! Las madres vivimos en eterna zozobra.

—Así es—contestó la señora de Campomanes con aire reservado.

Hortensia continuó:

—Tiene usted una doble satisfacción: la belleza de sus hijas. ¡Ah! yo estoy encantada con estas señoritas—y miró sonriente á Isabel y María Luisa.—No crean que es un cumplimiento ni un vano halago.

—Gracias, señora—dijeron ellas á un mismo tiempo.

En seguida Hortensia dirigió la palabra á Dora, siempre con exquisita fineza.

—Debemos felicitarnos de que la señora de Espinillo no tenga las cargas de la maternidad: así favorece mejor los salones.

—Es usted muy amable—respondió Dora.

Hortensia, á riesgo de pecar de melosa, se empeñaba en ablandar á fuerza de halagos á esos espíritus tiesos que tanto daño le hacían, más que todo por no poder explicárselos, pero todas le contestaban brevemente, cuanto para no quedarse calladas.

Ninguna daba muestras de querer continuar la conversación con ella.

Hortensia empezó á notarlo y sufría horriblemente.

Y sin embargo cualquier observador inteligente habría adivinado por intuición, ante la nobilísima figura de Hortensia De Luca, que tenía ante sí á una mujer impecable. La virtud tiene su aureola que se vé con los ojos del alma. En vano se pretenderá forjarla con fausto y ruido, con soberbias y durezas. Todo ello sin bondad, que es la esencia de la virtud, es una odiosa estupidez. Desgraciadamente la maldad es fuerza y la desdichada Hortensia caía bajo su peso.

Apenas iniciados los breves diálogos á que hemos asistido, Isabel y María Luisa salieron á bailar, invitadas por sus novios, y Dora se fué al piano so pretesto de dar vuelta la hoja de la música de un vals que tocaba en esos momentos la señorita de Duprat.

Terminado el vals, Isabel y María Luisa tomaron asiento en el ángulo opuesto al que habian ocupado antes, piano por medio, y en seguida se les agregó Dora.

Hortensia y la señora de Campomanes se

habian quedado solas, hasta que Dora, empujándose sobre la punta de los pies para hablar á ésta por encima del piano, la llamó diciéndole:

—Adela, venga á ver qué cosa tan curiosa ha traído el conde. ¡Nunca había visto! —y agruparon las cabezas como en observación de algo que tuviese entre las manos el conde de Sanmarino, mientras se reían furtivamente de la superchería de que se servían para librar á la señora de Campomanes de su enojosa compañera.

—Con permiso de usted—dijo ella á Hortensia y fué al llamado de Dora.

El doctor Espinillo, que formaba parte de un grupo parado en la puerta y que había observado la evolución, se les acercó también como atraído por curiosidad, y dijo en voz baja:

—¡La he visto el movimiento estratégico que han operado.

—¡Qué desagradable es tener que hacer estas cosas!—dijo con escrúpulo la señora de Campomanes.

—¿Y qué se va á hacer?—contestó Espinillo encongiéndose de hombros. Hay que

ser conservador, defender cada uno su decoro. Voya entretenerla io.

—¡Cuidadito, eh!—le dijo Dora, porque tú eres medio tentado—y el doctor Espinillo se dirigió á hacer sociedad á Hortensia.

La infeliz no estaba hecha á estas luchas, y al comprender la ofensa tuvo ganas de llorar. Como si se tragara las lágrimas dijo al doctor Espinillo, sin darle tiempo á que se sentara á su lado:

—Doctor: ¿quiere usted tener la bondad de llamarme á Lerma? Perdone, doctor.

—¡Cómo no, pues!—exclamó Espinillo, y dirigiéndose á un niño allí inmediato le pasó el pedido: «ché, llama al doctor Lerma que su señora lo llama»; y en seguida el doctor Espinillo se volvió al círculo donde estaba su mujer, medio ofendido de que la Hortensia se hubiese atrevido á tomar para mandadero á una persona de su importancia.

Hortensia rogó á Lerma que la acompañase hasta sus habitaciones porque no se sentía bien, y al tiempo de salir del brazo de su esposo, hizo una ligera inclinación de cabeza á las personas que le habían sido presentadas y que la contemplaron de atrás con

esa curiosidad impertinente con que suelen examinarse las mujeres.

A la tarde del día siguiente, Hortensia estaba sentada en el vestíbulo con sus hijitas y pasaron por delante de ella las de Campomanes y Dora y la saludaron sin detenerse á cambiar esas expresiones de afecto y cumplimiento que parecen tan naturales después de iniciada la amistad.

En los días sucesivos hubo algunas fiestas y paseos para los cuales se prescindió de ella. Como era consiguiente Lerma tuvo que apercibirse de estas exclusiones, y una noche, recogidos ya en su apartamiento, le dijo á Hortensia:

—Me llama la atención el que no se te tiene aquí en cuenta para nada. Me parece que ni siquiera los respetos y consideraciones usuales se te guardan. ¿Te has apercibido tú de ello?

Hortensia no pudo reprimir las lágrimas y fué á esconder la cabeza en el pecho de su esposo, que mayormente sorprendido siguió interrogándola con doble interés.

Pasada esta primera conmoción que había anudado la voz de Hortensia, ella pudo hablar :

—Yo no quería decirte nada á este respecto por no disgustarte, y vengo tragándome sola esta amargura desde el principio: yo no sé lo que pasa, pero á mí se me desaira, se me excluye, se me aleja, se me desprecia, lo siento, lo veo y no me lo explico. ¡Esto es horrible! ¿Cómo pedir explicaciones? A quién y por qué? Siquiera alguna tuviese la piedad de decirme cuál es mi culpa. Tú bien sabes que yo no he cometido ninguna falta—concluyó Hortensia entre sollozos, y volvió á ocultar la cabeza en el pecho de su marido.

Por primera vez en su vida matrimonial le asaltó á Lerma una duda sobre la conducta de su mujer, al ligar lo que ocurría con el abandono que él había hecho de ella y del que tenía plena conciencia. Tuvo celos, celos de vanidad ofendida, y sublevándose altivo, dió un paso atrás, le hizo erguir la cabeza á Hortensia levantándosela de debajo de la barba con el dedo índice para que lo mirase frente á frente, y atravesándola de una mirada inquisidora que Hortensia resistió tranquila, le dijo con severidad:

—En algo se funda lo que pasa. Estas cosas pueden ser equivocadas ó injustas, pero nunca son gratuitas. ¿Qué sé yo de tí? Ab-

sorbido por las atenciones de mi vida pública te he dejado una confianza ilimitada. ¿ Has hecho mal uso de ella ? . .

—Te contestaré por dignidad, no por satisfacerme—dijo Hortensia con noble orgullo, considerándose ultrajada por la duda de su marido.—Tú llamas confianza al abandono porque no tienes el coraje de acusarte, y de la conciencia de tu falta te nace el temor de la mía, pero no temas, no soy de esas mujeres que se vengan del marido deshonrando su familia.

—Mucho me place que conozcas tu deber, pero lo que pasa no me lo hacen á mí. No se lo hacen tampoco á todas las señoras. Es á tí solamente, y aunque tú dices que no deshonras tu familia, esto que nos sucede es propiamente una deshonra. Habla, me debes cuenta de ello.

Hortensia prorrumpió en llanto escondiendo la cara entre las manos.

—No llores; con lágrimas no vamos á despejar estas sombras. Contéstame.

Y mientras Lerma esperaba que dijese algo Hortensia, echó mano maquinalmente á una carta que había para él sobre la mesa de noche, rompió el sobre con creciente impa-

ciencia y al fijar los ojos en su contenido, frunció el ceño y se demudó. Esa carta era un anónimo atroz.

—Aquí tienes—dijo á su mujer presentán-doselo con ironía—aquí tienes uno de los pergaminos de tu nobleza. Viene con mucha oportunidad á resolver mis horribles dudas.

Oye lo que dice :

«Como no somos aficionadas á cuadros vivos, ruega á tu mujer en nombre de las señoras de esta sociedad, que otra vez oculte mejor á su amigo Delmar».

«Una señora decente».

—¡Una infame! debía decir la firma de ese pasquín—exclamó Hortensia incorporándose llena de indignación, y luego continuó como descargándose de un peso moral que la sofocara:—Esa inmundicia tiene algo de angelical: me alivia de una tortura que se me hacía insoportable. ¡Gracias Dios mío! ¡Quedo tranquila! Al fin sé porqué todas estas imbéciles me hacían cara fea. ¡Entre qué gente me he metido! ¡Pervertidas! ¡No conciben que una señora trate honestamente á un hombre! Su imaginación no puede desprenderse del tráfico carnal, todas sus murmura-

ciones van á parar allí. Es claro, ¿de qué más van á hablar? si tampoco saben otra cosa. Al doctor Delmar, tú sabes cómo lo he conocido. Eso es todo.

Para Lerma, sereno, el anónimo habría sido inverosímil, pero estaba celoso, y los celos con ser una penosa inquietud que la razón podría calmar, la rechazan y persisten. Otras veces, como una sensación que encontrase voluptuosidad en el dolor, viendo la razón no quieren verla, dejan mezclarse con ella la duda, la examinan y comentan, hasta que consiguen desahogarse. Algo de esto debió pasar por Lerma, porque él insistió en sus cargos y desconfianzas y argumentó contra los razonamientos de Hortensia.

—No has aducido nada en tu favor. Al contrario, complicas tu causa. Parece que supieras quién manda este anónimo, parece que tuvieses motivos para atribuírselo á alguna mujer, á una rival, por ejemplo, y te enconas con ella.

—Precisamente, tú lo has dicho, una rival, incapaz de comprender mi decoro. No la nombro porque no quiero rebajarme al nivel de la gentuza difamadora. Pertenece á un círculo donde se aparentan celos de ho-

nor privado y se vive de deshonor público, donde la mujer espía y condena las faltas ajenas y luce el robo político de su marido.

—Es admirable cómo en tan pocos días te ha inculcado su espíritu Delmar, moralista despechado. Veo que te lo sabes de memoria. Si no tuviese otros elementos para acusarte, me bastarían esas ideas para creer en tu contacto con él.

—No sé si así piensa el doctor Delmar, pero así piensa la gente decente. El honor es de una pieza. Para blasonar de honradas, deberían tener fortuna limpia y no transigir con el vicio fastuoso. Y por lo que á mí toca, creo que una mujer delicada no debe permitir á su marido dudar de su lealtad: que la respete ó la condene. No te discuto el punto. Buenas noches.

Hortensia, bondadosa, culta y resignada, era susceptible á la injuria como toda mujer de elevados principios, pero en esta escena había representado una fortaleza que en realidad no tenía, así es que al pasar á la pieza contigua se abandonó á llorar en silencio, escondida la cabeza á los pies de la cama de la más pequeña de sus hijas.

Lerma cerró la puerta de comunicación y se acostó.

Al día siguiente, muy de mañana, el garzón llamó á la puerta de la habitación y acto continuo la abrió y entró. Lerma no lo había sentido y el garzón se acercó al lecho á despertarlo y le dijo:

—Perdón, señor: el doctor Espinillo necesita hablar con usted inmediatamente. Me ha mandado á que lo despierte. Dice que se vista usted como para acompañarlo á la capital por el primer tren que pase.

Lerma se incorporó sorprendido, restregándose los ojos, se dejó caer de la cama en el acto y empezó á vestirse apresuradamente.

—Diga al doctor que corro á ponerme á sus órdenes.

El doctor Espinillo lo esperaba en el vestíbulo tomando mate que le cebaba una china cordobesa. Cuando vió venir á Lerma le anticipó desde la distancia.

—Tenemos una mala nueva, mi amigo. ¿A que no se imagina usted lo que ha pasado en la capital?

—No, por cierto, y ardo en deseos de saberlo.

—Tome, lea ese telegrama. Nos han ganado la elección de senador.

—¡Qué cosa increíble!—exclamó Lerma devolviendo el telegrama á Espinillo después de leerlo—Me cuesta creer esto. No es una hombrada, es una muchachada. Bueno, pero tenemos el recurso de no dejarlo entrar.

—Quien sabe, mi amigo, quien sabe—repuso Espinillo calculando reflexivamente en sus adentros—Si yo se los he dicho, no hay que aflojarles, no hay enemigo pequeño. Nada de dar muchas libertades porque se nos han de meter.

—¿Y qué consecuencias le ve usted á todo esto?

—Muy malas para usted, mi amigo: Ia sabe que io le había cedido á usted mi candidatura de diputado en la renovación de Marzo, en cambio de la vacante de la Suprema Corte que nos estaba prometida si conseguíamos que el otro se acogiese á la jubilación. Pero io en el Senado no tengo maioría si me falta un voto. La cosa está muy estirada, y ese mozo no puede entrar en mi cómputo.

—¡Ah! pero yo se lo aseguro. Es muy amigo mío, y cuanto yo le diga que mi reelección depende de que vaya usted á la Su-

prema Corte, votará por usted, seguramente, no tenga duda. No ve que él va allí sin compromisos, por una pura casualidad. ¿Qué inconveniente podría tener?

—Pero en todo caso no hay tiempo que perder, porque el Ejecutivo propondrá al que tenga mayoría. El otro lo va á trabajar inmediatamente. Usted debe irse á la Capital en seguida, soy de opinión.

—Los dos debemos irnos. ¿Sabe usted acaso las nuevas combinaciones á que esto puede dar lugar? Debemos irnos los tres, su señora también, porque Delmar tiene un alto aprecio por ella y será una buena influencia para inclinarlo en su favor.

—Me parece muy acertado. Voya preparar á Dora.

¡Ella que se creia ia ministra!





XVI

RAFAEL Delmar tenía una alta idea de la misión del legislador. Creía que la felicidad pública depende de la bondad de las leyes. Para su modo de pensar y ver las cosas el mayor agravio que un ciudadano puede inferir á su pueblo es ocupar una banca en el parlamento sin el dominio perfecto de las instituciones. Le parecía más peligroso, más atentatorio que el curanderismo en medicina.

Con estas ideas creyó un deber patriótico hacer examen de conciencia antes de resolverse á aceptar la senaturía.

¿Tengo la suficiencia que esta posición exige? fué su primer punto á examinar.

Su carrera de abogado realizada con asiduo estudio, le había dado nociones de humanidades y el conocimiento del derecho público y* privado, que él había profundi-

zado más tarde con sus lecturas y observaciones. Tenía además ideas deliberadas sobre la actualidad argentina bajo su extenso aspecto sociológico. Remitiéndose á los fundamentos de esta sociabilidad atribuía una importancia radical á la educación de la mujer, á su moralidad y á sus creencias, porque la madre es la que modela el alma del ciudadano, y de este punto de vista responsabilizaba al catolicismo de limitar el espíritu femenino. Creía también que la educación argentina es errónea y deficiente, y lo demostraba señalando sus resultados en la vida práctica. Descartad—decía—el progreso material de la ciudad de Buenos Aires, porque es obra cosmopolita, y la semi-civilización del litoral, por la misma razón, y sólo queda el interior como civilización esencialmente nacional, realizada en ochenta años de vida independiente. Descartad las fortunas hereditarias y oficiales, que no son ganadas con trabajo productivo, y buscad quiénes tienen riqueza: solamente la hallareis en el obrero, el industrial y el comerciante, todos ellos extranjeros. El proletariado es argentino.

La educación—decía—debe ser la guía de

la vida, la capacidad de sostenerse. El hombre que no se basta á sí mismo está mal preparado, no ha recibido la educación que le conviene, es una carga para los otros, tal vez un peligro para la sociedad.

En legislación tenía tendencias socialistas moderadas: en materia civil creía que debían abolirse muchos principios anticuados que imperan por rutina y pugnan con el espíritu moderno.

En materia penal era partidario de la pena de muerte, porque es la única que impresiona el instinto de conservación, que es el sentimiento más vivo en las naturalezas bajas y torpes, y porque, repitiendo á Shakespeare, pensaba que la clemencia dejenera en homicida cuando perdona á los que matan.

En materia económica era empírico y eclético: creía que las dos escuelas rivales son verdaderas, pero no aplicables una ú otra en absoluto, sinó en determinado grado de civilización de un país, por lo que se inclinaba en favor de una legislación práctica que correspondiese á las necesidades del momento. Creía que para llegar al libre cambio hay que empezar por la protección, para tener algo que cambiar, aparte de que consi-

deraba que este sistema permite que un país se baste á sí mismo, y fundaba estas creencias en los conocidos axiomas que dicen: «la riqueza es la abundancia de las cosas» y «los productos se cambian por los productos».

En cuestión monetaria creía que la República Argentina tiene una naturaleza original, nacida de su historia, que no debe cambiarla por principios que se fundan en observaciones de prácticas extrañas, con los cuales, sin embargo, debe conciliar sus intereses.

Después de balancear Delmar su preparación intelectual, convino consigo mismo en que podía ser un hombre útil en el parlamento, aunque pensaba por otra parte que en los cuerpos colegiados de poco sirven los hombres inteligentes cuando no tienen influjo sobre los incapaces.

Dos nuevas cuestiones se presentaron á su espíritu.

¿Estaba bien elegido?

¿Representaba la voluntad popular?

Su elección había sido legal, porque los sufragantes que habían votado por él eran auténticos y bien inscriptos, pero no pudo menos de reconocer que esta elección era tan extraña al pueblo que iba á representar,

que ese pueblo solo había tenido noticia de ella después de realizada.

Sentarse en el Senado con tales orígenes le parecía una superchería indecorosa.

¿Aceptaría?

¿Renunciaría?

Mientras oscila su espíritu entre estas dos ideas volvamos á los personajes que vienen de Córdoba á procurar su voto anticipadamente.

—Convenimos entonces en que usted me hace saber hoy mismo lo que se puede esperar del doctor Delmar—dijo Espinillo á Lerma al separarse de él en la Estación Retiro la mañana que llegaron á Buenos Aires.

—Hoy mismo sabrá usted el resultado de mi entrevista. Voy á casa á mudarme y paso á la de Delmar á presentarle mis congratulaciones. Creo que ustedes deberían mandarle una tarjeta de felicitación.

—¡Como no!—dijo Dora—ya lo teníamos pensado.

—Este es un momento de prueba, mi amiga, para su diplomacia—exclamó Lerma incitando á Dora—¡Aquí de su habilidad! Neutralizar á un enemigo al pisar la arena, es

una fascinación de hada que puede engreír justamente á una mujer.

—Es que necesitamos más que eso—observó Espinillo—con la neutralidad no haríamos nada. Necesitamos conquistarlo, ponerlo á nuestro servicio, que se comprometa á darme su voto.

—¿Qué le parece la campaña?—preguntó Lerma á Dora—Es preciso que la mujer se acostumbre á secundar la política de su marido, á coadyuvar en sus luchas. Eso ennoblece su espíritu y dilata sus miras. No todas las posiciones las ha de ganar el hombre.

—El doctor Delmar—dijo Dora—es un hombre fino y galante, y si yo como amiga le pido las primicias de su senaturía, no va á poder negármelas, pero no veo dónde vamos á tener la oportunidad de encontrarnos.

—¿No se le ocurre á usted? Y sin embargo, esa oportunidad se nos ofrece magnífica, inmejorable: los bailes de máscaras. Elija entre el Club del Progreso ó el Tigre Hotel. Yo lo llevo.

—Veremos, le contestaré. Entretanto saludelo en nuestro nombre—dijo Dora—vamos,

hasta luego—y los compañeros de viaje se separaron.

Lerma fué á cumplir su programa. Una hora más tarde se hacía anunciar en casa de Delmar. Cuando volvió el sirviente á decirle que podía pasar, entró con los brazos abiertos y estrechó á su amigo en efusivo abrazo. En seguida dió un paso atrás, le hizo una reverencia humorística, y le dijo afectando un tono humilde y de excusa:

—No sé, señor senador, si me son permitidas estas confianzas. ¡Cambian tanto los hombres en la prosperidad!

—¡Hum....! si....—contestó Delmar, siguiendo la broma—hasta cierto punto.... Puede usted besarme la mano. Justo es que me infle y me embrutezca un poco como todo gobernante.

Se rieron ambos de este paso de comedia y en seguida se pusieron á hablar en serio.

—Pues he tenido muchos motivos de satisfacción al saber tu triunfo—dijo Lerma—tu noble triunfo, porque has improvisado tu candidatura arrebatando el corazón de la juventud con tu elocuencia. ¡Así es el poder de la palabra! Un buen discurso forma una personalidad. Este nuevo rumbo de tu vida

va á cambiar tu caracter y á modificar tus creencias. Sí, mi querido Delmar. Aprenderás á tener lenidad para juzgar á los hombres públicos. Otra cosa es con guitarra.

—Tal vez. Me gustaría convencerme de que no se puede ser mejor en la vida pública que lo son mis compatriotas, para poder absolverlos en conciencia.

—¡Ah! no tengas duda, no se puede hacer como se piensa.

—Yo creo que el mutuo de los partidos, el doy para que des, ha hecho carne la dificultad de gobernar con rectitud y formado el criterio de la tolerancia por lo irregular, pero eso no puede ser permanente. Al fin tiene que prevalecer el interés del pueblo. Es cuestión de cultura, de responsabilidad moral en los hombres. Yo estoy convencido de haberla alcanzado. Por eso no aceptaré la senaturía.

Lerma lo miró con extrañeza, como dudando de lo que oía, y se quedó pasmado ante esta revelación tan incomprensible dentro de su modo de pensar.

—¡No vayas á cometer semejante disparate!—exclamó casi desesperado—¿Acaso los pocos votos vician una elección? Según eso

el día que se le ocurriese al pueblo no votar nos quedaríamos sin poderes. Pero hay una consideración mayor que destruye todos tus escrúpulos: estas senaturias por la capital no tienen razón de ser, razón constitucional al menos. El Senado es la rama del poder legislativo que nivela la desigualdad de la representación popular de los estados. No siendo estado la capital, no debería tener representantes en el Senado. Esta es la teoría de la constitución norte-americana, modelo de la nuestra, pero estos colgajos constitucionales son pitanzas de los partidos. Si á tí te ha tocado una de ellas, ¿la vas á rechazar porque no reúne todos los requisitos de la constitucionalidad teórica? ¿A quién le dirían tonto? Sería como negarte á cobrar una lotería porque el número te había sido regalado. Tú aceptas la senaturía, donde tienes que prestarme un importantísimo servicio. Yo término este año, y no tengo segura mi reelección si no me cede su puesto en la lista de Marzo el doctor Espinillo, quien no declinará su candidatura sinó á condición de asegurarse mayoría en el Senado para ministro de la Suprema Corte. Le falta tu voto. Tú comprendes, de tí depende mi reelección. Yo

estoy reventado, con esto te digo todo. ¿Para cuándo son los amigos?

—Mi querido Lerma, debes contar siempre conmigo, pero dentro de lo que puede dar la amistad. ¿Sería lógico que el elegido de una agrupación que aspira á la regeneración política y administrativa, se iniciara en su elevado puesto echando esa mácula del doctor Espinillo sobre el más alto tribunal del país, que felizmente está formado de hombres honorables? Yo no comprendo, no comprenderé nunca la necesidad de sostener, defender y proteger á esos elementos podridos que deshonoran la administración so título de amistad, compañerismo y comunión política. ¿Hasta cuándo será el gobierno patrimonio de caudillos para recompensas personales? Yo no puedo, no debo dar mi voto al doctor Espinillo.

—En política suele ser muy difícil distinguir de qué lado está el deber. Un ejemplo de ello es tu propia situación del momento. Reconoces que te debes á la agrupación que te ha elegido. ¿Te parece bien frustrar su esfuerzo? Entre tanto, dudas de la firmeza de tu origen. Tu alternativa es aceptar ó rehusar. ¿De qué lado está el deber?

—Yo creo verlo claro.

—Pero tú no eres la suprema verdad. Yo no pienso lo mismo que tú.

—Dejaría de tener conciencia de mi deber si lo viese á través de ideas ajenas. Yo te serviré mejor presentando mi renuncia.

—Pero ese no es tu deber. En primer lugar tú no tienes el derecho de dejar colgados á los muchachos que te han elegido, de esterilizar su campaña y enervar su iniciativa. En segundo lugar, traes libertad de acción completa porque no perteneces á un partido organizado.

—Mayor razón para no obrar mal.

—Surge otra vez la duda de qué lado está el deber. ¿Crees que te debes más á un principio abstracto que á un amigo? Así será, pero no te creo capaz de resistir á otras influencias. Todos los hombres se venden, mi querido Delmar. La dificultad está en dar con el precio. Yo sé cuál es el tuyo, así es que guárdate de denigrar á los demás. ¿Vas á resistir á Dora?

Delmar se sonrió y se puso tierno.

—¡Ay! no te respondo.

—Es claro que no. ¿Crees que no conozco bastante la vida? Por eso debe uno humani-

zar sus juicios. Para tí vale mucho una belleza, para otro un naípe, para otro un caballo, para otro una banca. Para mí todo.... Dora está acá, ha llegado hoy conmigo.

—¿Sola contigo....?

—No señor, y con su marido. Eramos el fatal número tres. Viene á pasar el carnaval en Buenos Aires. Irá al baile del Tigre Hotel y allí te pedirá tu voto, como ella es capaz de hacerlo, con todas sus seducciones. ¿Que apostamos á que aceptas la senaturía y votas por el doctor Espinillo?

—No digo lo contrario, pero ser seducido no es entregarse. En muchos casos el amor puede más que la amistad. Supongo que me disculparías esa flaqueza. Serenamente, déjame ser puritano. ¿No te me resientes....?

—Veo que no estás decidido á nada ó que no tienes una resolución fija. Te dejo tiempo. Solamente te recomendaré algo que me importa mucho, va en ello mi posición: no digas á nadie lo que piensas hacer. De otro modo desbaratarías mis planes.

—Te lo prometo, solo tú sabrás como he de proceder.

—Convenido, no hablemos más del asunto. Ahora cuéntame cómo te fué en La Falda.

Se dicen por allá muchas cosas de tí—dijo Lerma queriendo adivinar hechos y pensamientos con una mirada profunda.

—Ese se dice es tan odioso que cada vez que se invoca me llena de indignación. Se me figura ver en el se dice una alma pérfida, alevosa, corriendo de incógnita para hacer daño.

—Es inevitable, hay que tenerlo en cuenta en la vida, y la única defensa es substraerse á las miradas de la sociedad para que no tenga qué decir. Así, pues, no gastes tus nervios inutilmente.

—Es que cuando no vé créé ver, ú olfatea y dice lo que no sabe. El hombre, semilla de todo en la sociedad, ha enseñado la virtud como buena de practicar, y la mujer, que nada profundiza, la balbucea y hasta la aprende, pero como todos los discípulos se desempeña con movimientos duros y torpes. Exceptúo á las ingénitamente virtuosas. Las otras ahí andan, dando tumbos, mareadas de virtud. Lo peor es que como algunas no la disciernen bien, alteran su esencia, y queriendo ser buenas se hacen perversas. Habría que repetirles hasta el cansancio: que todo lo que no es un bien para sus semejantes

no participa de la virtud, porque hay virtuosas feroces. Allá he visto de todo: burgueses jugando al dominó, mocitos diciendo obcecidades, crítica doquier, bellezas que arrebatan, ideales hechos carne, pensadores que no piensan nada, vanidades gratuitas. Dora, dura y coartada, de miedo al qué dirán, la señora de Campomanes amanerada y severa, Isabel y María Luisa fuera de circulación, desmonetizadas por sus novios, ellos absorbidos y absortos. No hay nada más estúpido que un mozo en celo legítimo, vulgo novio, porque nada disimula. Había un erudito que todo me lo quería enseñar y fundaba sus conocimientos en lo que había oído decir, pero en cambio, porque todo tiene su compensación en este mundo, pululaba un enjambre de muchachas lindas y alegres volando como mariposas esmaltadas, riendo como niños y trinando como pájaros. Y la mejor de todas, por su aroma de noble alcornia (no debería decírtelo, porque no lo mereces) la mejor de todas, tu distinguida mujercita, esperándote ansiosa para que le dices algunas amigas. Supongo que la habrás dejado bien acompañada.

Lerma quedóse pensativo, sin contestar,

y en esos momentos entró el sirviente llevando una carta que le pasó Delmar después de haberla leído.

—Sí, ya sabía—dijo Lerma—que iba á escribirte felicitándote. Voy precisamente para allá. Si no nos vemos antes, nos encontraremos en el baile. ¿No quieres mandar decir algo á Dora?

—Que l'amo come il fulgor del Creato.

—Así se lo diré al doctor Espinillo de tu parte. Entonces hasta cada momento, adiós, y acompañò Delmar á Lerma hasta la puerta cancel donde volvieron á despedirse.

Inmediatamente de partir éste, ordenó Delmar á su sirviente que le preparase sus baijas, con encargo especial de meter el frac y el smoking y trasladarse al Tigre Hotel á tomarle alojamiento.

Media hora más tarde entraba Lerma en casa de Espinillo con la grata nueva de que todo estaba arreglado.

—Como yo lo esperaba—dijo al doctor Espinillo.—Delmar tiene el mayor gusto de poderos servir con su voto. Yo no he querido decirle que él es el árbitro del acuerdo en favor de usted para no darle tanta importancia. Al contrario, le he dicho que usted

cuenta con el asentimiento general, pero que usted querría tener la satisfacción de que fuese unánime, y su contestación ha sido esta, textual: «por tí, por él y por mí, deben contar conmigo. Sería un lirismo que yo saliese con un voto aislado. Solo siento, agregó, que la señora de Espinillo no me haya honrado con esta prueba de amistad pidiéndome ella lo que me pides tú.» Tal vez sea conveniente que su señora le dé una satisfacción á este respecto. Está viviendo en el Tigre, lo he encontrado aquí por casualidad. Aunque no es capaz de engañarme será mejor que su compromiso se arraigue más. Es conveniente que ustedes se vayan á pasar unos días al Tigre Hotel ó que Dora no falte al baile del martes de carnaval para que ella le hable allí.

—Bueno, mi amigo, así se hará, ya sabe que soy su amigo y que *loei de palanquear*, contestó el doctor Espinillo,

Dora no salió.

Lerma prolongó pocos momentos más su entrevista y se despidió.

Una vez solo el doctor Espinillo, llamó á su mujer y le dijo:

—Acaba de salir de aquí el doctor Lerma; ya estuvo con el doctor Delmar. Parece que

me dará su voto, pero es conveniente que si tú conversas con él trates de verificar si se ha comprometido realmente á votar por mí. Lerma no me inspira confianza.

—Sí de algo vale mi parecer en este caso, te diré que tú no debes declinar anticipadamente tú candidatura de diputado porque sería cambiar lo seguro por lo dudoso. Tiempo tienes para renunciarla después.

—Ese es mi pensamiento, pero no hay que decírselo á Lerma, porque él entre sus amigos prestigia mi candidatura para la Corte con el interés de reemplazarme en la diputación. Si él perdiese esa esperanza me hostilizaría. Va á entrar en la lista, pero en el acto de la elección lo van á sustituir por mí, ya tengo todo arreglado. Entre tanto esto no se produzca él seguirá sosteniéndose con la idea de entrar en mi lugar. ¿Y tú cómo vas á hacer? ¿Quieres que nos instalemos una semana en el Tigre Hotel?

—No, prefiero ir á San Fernando. Pasaré el carnaval en lo de Freyre y de allí iremos con las muchachas al baile del mártes después del corso. El sábado me llevas tú y el miércoles me vengo yo. ¿Te parece bien así?

Muy bien, ya está.



XVII

Cada clase social busca su nivel. La igualdad no existe en la condición humana. Cuando más, puede producirse la confusión en el desorden. Algo de esto pasa en el churrigueresco carnaval. Llegan á mezclarse las clases en la alegría, pero es para servir de espectáculo unas á otras. La sociedad refinada apenas si quiere al pueblo para verlo. La sociedad de buen tono en Buenos Aires abandona la ciudad á la plebe para que se divierta en carnaval y ella hace su fiesta en las villas donde veranea, allí se hace su carnaval, donde la muchedumbre no la molesta mayormente. De estos pequeños carnavales, el de San Fernando es el de más fama, y remata generalmente con un baile en el Tigre Hotel que atrae á los huéspedes de los contornos. El sitio y la naturaleza se

prestan para una fiesta de fantasía, porque el Tigre Hotel está sobre la margen de un río que es un lago, entre selvas que son jardines, pero la *haute*, que estrecha su vida con preocupaciones de calidad, no le presta su aceptación decidida, porque al fin es un hotel. Con todo, sus bailes, si no son brillantes, son animados.

Había llegado el tercer día de carnaval.

Rafael Delmar había jugado desenfrenadamente con Dora en el corso de San Fernando. Parado en el estribo del breack, había sostenido con ella esas conversaciones secretas, que si quier sean fútiles, parece que intiman las almas.

En el corso del martes, despues de consagrarse por entero el uno al otro, y de tirarse con cuanto adminículo se emplea en el juego, conversaron íntimamente como las noches anteriores.

—¿Por cierto que usted va al baile esta noche?—preguntóle Delmar.—Le prohibo que me falte, sería mi muerte.

—Sí, precisamente voy por eso, para que no se muera tan jóven; sería una pérdida para el país, pero le prevengo que no pienso sacarlo.

—Peor que peor, entonces me moriría dos veces.

—¡Qué horror! Será preciso evitar tanta desgracia. Bueno, lo invitaré á que paseemos. De todos modos no va á conocerme. . . .

—No habría incógnita capaz de reservármela. Siempre la descubriría mi alma. Yo sé, aunque no la vea, cuando está usted cerca de mí. Es un fenómeno curioso que he observado pasa entre nosotros dos: mi corazón se agita, me estremezco, parece que la emoción va á vencerme, vacilo, busco la causa, y ahí está usted.

—¡Qué cosa, eh! ¡Vea cómo sufre! ¡Pobre mozo!

—No se burle de mí porque le doy un beso—y plegó los labios Delmar.

Dora irguió la cabeza y se puso seria.

—No se enoje—continuó Delmar.—Yo no soy capaz de darle un beso. Cuando más le daría un millón.

—No se haga el gracioso, Delmar. Mire que voy á enojarme seriamente.

—Bueno, sofocaré mis impulsos, pero prométame que no vá á separarse de mí esta noche.

Dora, por toda respuesta, le echó á la cara

un puñado de papel picado que medio cegó á Delmar, y en esas circuuustancias lo aprovecharon las otras compañeras del carruaje para descargar sobre él los pomos hasta obligarlo á huir. Cuando saltó del estribo le armaron una algarabía de mascarada. Desde la distancia, entre risas alegres y palmotadas, se despidieron ajitando las pantallas, mientras el carruaje á escape salía del corso.

Delmar se dirigió al Tigre, satisfecho de haberse familiarizado más que nunca con Dora. El tono jocosero que había usado en la conversación amorosa para cohonestar su atrevimiento, le había dado fácil entrada en la intimidad de Dora y esperaba completar su conquista en el baile. Con esta ilusión quería precipitar el tiempo y los sucesos, y todo lo hacía á prisa, de manera que una hora más tarde, á las once de la noche, ya estaba vestido y plantado en el salón, impaciente, mirando el reloj á cada instante. Se había situado cerca de la primera puerta de entrada sobre la terraza y examinaba minuciosamente á las máscaras que sucesivamente iban llegando, temeroso de no reconocer á Dora y que se le perdiese entre la multitud.

El amplio salón se pobló casi de improviso de esa muchedumbre abigarrada, misteriosa, extravagante y humorística que constituye un baile de máscaras y dentro de la cual palpitan ideas de broma y sentimientos de amor y de aventura. Las voces atipladas, las carcajadas fingidas, el cotorreo de todas, la música, los giros y el baile caracterizaron pronto la fiesta.

Dora no había llegado. Delmar ya no podía vigilar la entrada porque á cada momento se le acercaban máscaras á hablarlo.

El *che*, ese argentinismo pronominal que también hace de interjección, es de uso riguroso en estos casos, y de todos lados le decían: che esto, che aquello, che Delmar, estás de portero; che, qué bolsa te dió María Luisa; che, ya me han dicho, muy bien.

Principalmente un impenetrable dominó negro, que con mano diminuta de guante blanco bien calzado se cerraba la caperuza y contenía la barba del antifáz, cada vez que pasaba le decía algo.

¿Sería ella?

Delmar la detuvo una de tantas veces.

— Ven máscara, conversemos un momen-

to, me interesa tu misterio. ¡Es tan atrayente el misterio de la mujer!

—Te concedo, conversemos, pero á muy respetable distancia—y la máscara le hizo un quite cómico y pronunciado.

—¿Te parezco peligroso?

—Un político nuestro siempre es peligroso, por la tendencia á apoderarse de lo ajeno.

—La verdad es que me siento tentado de apoderarme de tí, pero, por otro lado, me das miedo.....

—¿Por qué?

—Por la temeridad de tu juicio. Generalizas demasiado. No me gusta la mujer implacable.

—Es que resuello por la herida, soy una de tantas víctimas. Aquí me tienes á mí, enfundada como un paraguas, en este hábito negro, porque no me han dejado con qué comprarme un vestido de baile. Todo cuanto tenía lo he perdido en los bancos oficiales. Todos son honrados y la capa no parece. Supongo que me darás algo de tu dieta. Hasta ese punto llevan los políticos su falsía: al hartazgo le llaman dieta. Yo quiero estar á

dieta, yo quiero estar á dieta—empezó á gritar la mascarita, como una chica mimosa.

—¡Cómo no, máscara! Si quieres compartir la mía, hagamos desde ya comunidad de bienes. Déjame tomar algo de lo que Dios te ha dado....

—¡Ah! no, no me inspiras confianza; adiós, adiós—y le hizo otro quite y huyó corriendo.

En seguida vino otra.

—Delmar, busco un hombre que no sea un tonto.

—Será porque vivo no es sinónimo de píllo.

—Veo que eres listo y hondo. Parece que tienes talento.

—Celebro que lo alcances. Nada desprecia tanto un hombre de talento como no ser comprendido.

—¡Petulante! ¡Te has de creer un problema!

—Más intrincado que tú. Te lo veo todo.

—Así creen los ignorantes porque no ven nada. Nada también es todo.

—Dime, mascarita: ¿cuantas patas cree una mujer que tiene el talento?

—¡Pero tonto! ¿Crees que una mujer pue-

de pensar como yo? ¿No ves que soy un hombre?

Y también huyó.

En seguida vino otra.

—Che... ya me han dicho....

—¡Hum!..... seguro que vienes á darme novia. Ya te han dicho ¿qué? ¿Vamos á ver?

—Que te casas muy pronto; te felicito.

—Ustedes sueñan tanto con el casamiento que viven casando á todo el mundo. Así enredan la sociedad. Dí algo más nuevo.

—Sí, che, no, no lo niegues, no lo niegues, no lo niegues—y se alejó diciendo no lo niegues con voz enflautada y melindrosa.

—¡Tontuela!—murmuró Delmar y volvió á sacar el reloj.

Eran las doce y Dora no parecía.

En seguida se le acercó otra máscara.

—¡Qué cosa se dicen de tí, Delmar!

—¿Buenas ó malas, mascarita? ...

—¡Pero muy malas! ¡Que no respetas la sociedad, que allá en La Falda has dado escándalo! En fin, vale más callarse, por la moral.

—¿Tú sabes lo que es moral, mascarita?

—¡Che! ¡Atrevido! ¿Por quién me tomas?

—No te enojas, te lo pregunto con respeto. Practicar cierta moral no importa saber moral. La moral es una ciencia social que cada uno la alcanza según su inteligencia.

—Pues hijo, tú debes ser muy poco inteligente.

—Tal vez, pero así y todo, voy á probarte que en moral andas á tientas. Sé quién eres, te conozco. Tú tienes una amiga alcoholista y ratera, que en los bailes se embriaga y en las tiendas rapiña, y tienes otra á quien le atribuyen un amante. Aquello es notorio y esto es supuesto. A la primera la perdonas y á la segunda la flagelas. Esa es tu moral, un puro rudimento de honestidad. La mia es á la inversa. Para mí tu primera amiga es inmoral y delincuente y á la segunda no ha llegado el caso de juzgarla, y tú cometes una doble inmoralidad: la de tolerar vicios condenables y la de atribuir faltas improbables. ¿Cuál de los dos es más moral?

—Hacer esa pregunta á una señora es una insolencia.

—Oye, cuando la mujer tiene quien la defiende, se la puede decir toda la verdad. Ve á contar á tu marido que yo te he dicho que eres una difamadora.

Dióse vuelta Delmar fastidiado y se estremeció de placer: tenía á Dora ante sí. Estaba vestida de baile, más que de disfraz, bien que con uno de esós trajes que se adaptan á la necesidad del momento: gran train de moiré verde malva, corselet, capa y caperuza de encaje crema y antifaz negro sin barba. El escote, bajo hasta el atrevimiento, fulguraba como un foco de luz dorada á traves de la trama sutil de la capa, y las dos cintas de terciopelo verde que le servían de hombreras producían la ilusión de que iban á cortarse y á dejar caer el frágil medio peto que reservaba el resto del busto.

Delmar le ofreció en el acto el brazo, fosforearon sus ojos, se agitó su corazón, y una corriente deleitosa estremeció su sér al sentir enlazarse al suyo el brazo desnudo de Dora.

—Me devuelve la vida—le dijo Delmar con pasión—estaba en una ansia matadora, usted es toda mi ilusión de esta noche.

—Hace usted bien en decir de esta noche, de esta noche de baile de máscaras, porque solamente de máscara puedo forjar yo una ilusión, y solamente la máscara puede oírsele decir. .

—¡Qué crueldad! ¿Por qué se empeña en jugar así con mis sentimientos? ¿Quién es capaz de amarla con más ardor que yo? Todas mis ternuras, todos mis anhelos, todos mis ensueños no brotan ni viven sinó al calor de su belleza. Hace un año que mi pensamiento no se aparta un instante de su lado, y esta esclavitud sería el mejor destino de mi vida si hubiese de tener la esperanza de que mi soberana me concediese un día el premio de una caricia. Si por algo me he lanzado en nuevos rumbos y hasta he disputado el poder ha sido para arrojarlo á sus plantas como ofrenda á su belleza. Me siento capaz de escalar todas las posiciones si ello ha de satisfacer su altivez. Si me desdeña seré una fuerza perdida, ya no deseo ni quiero nada....—y quedó como abatido.

Cuando Delmar hacía el amor sentía verdaderamente lo que decía, á la manera que el cómico que se identifica con su papel. Sus palabras eran fogonazos que esparcían pedazos del corazón, y como las lanzaba con ritmo bien timbrado, con inflexiones de promesa, de ruego, de pena, Dora que tuvo la intención de hacer farsa al principio enmudeció un momento cautivada por la vehe-

mencia. Había sentido una musiquita muy distinta de la tonada de Espinillo.

Delmar comprendió el momento psicológico de Dora, y aprovechándose de su silencio como de un asentimiento, avanzó desplegando fantasías más íntimas.

—¡Qué dichosos vamos á ser en nuestro nidito leyendo poemas y cantando amores! Si viese qué cositas dedicadas á usted tengo esbozadas en un album, que es suyo solamente: versos, amorcitos, idilios. ¿Cuándo Dora, cuándo irá á verlo?

—¿Cuándo....? —dijo ella como distraída, desviándose del tema —¿cuándo me voy? En seguida. Si hemos venido un momento. No íbamos á venir ya, pero yo me empeñé con las muchachas en que me acompañasen, porque hoy, en la locura del juego, se me olvidó cumplir un encargo que me dió Espinillo para usted, y es que le agradeciese la decidida adhesión que ha mostrado usted por su candidatura para ministro de la Suprema Corte y que le ha trasmitido por intermedio del doctor Lerma. Por mi parte le confieso que me hace usted un gran bien, porque no me gusta ver á Espinillo en constante lucha,

y al fin ese es un puesto tranquilo y respetable.

—Sobre eso tendríamos mucho que hablar.... ¡Hoca tanto con este mitio—y miró Delmar en todas direcciones como buscando un lugar apropiado que en realidad no quería encontrar—Este asunto yo prefiero tratarlo con usted, porque á decir verdad, y permítame esta confianza, soy más amigo de usted que del doctor Espinillo. Ando descontento, necesito un consejo, una inspiración que me guie, y la mujer, más ecuaníme en lo que no le atañe, suele ser salvadora. ¿Dónde le expondría á usted mi plan? ¡Tengo tanto qué decirle! Aquí me parece imposible. Vea.... Pero no.... no me atrevo....

—¿Por qué es esa vacilación? No me deje con la curiosidad después de haberme engreído con la idea de que puedo ser yo su guía y consejera. Desde luego estoy segura que no va usted á decirme nada que no pueda oír una señora.

—Eso es relativo: una mujer inteligente puede oír mucho más que la que no lo es. Le diré mi idea. Advierta que me atrevo á ello porque es usted una mujer inteligente capaz de comprender que las preocupaciones solo

son un tributo que se debe á la apariencia social. Se lo digo bajo su responsabilidad, porque usted me lo pide....

—Sí, vamos á ver, ¿qué es ello?

—Pues bien: el sitio más aparente para que tratemos estas cosas sería mi casa. ¿Me promete ir?

—Con una condición....

—¿Cuál? La que usted quiera, dígala.

—Que no me ha de hablar de amores.

—Se lo prometo. ¿Cuándo se va usted á la ciudad?

—Mañana mismo. He venido nada más que por los días de carnaval.

—La espero á tomar el té conmigo á las tres. Mi dirección está en la guía telefónica. La puerta que da al zaguan estará abierta.

En esos momentos exclamó una máscara al pasar: muy bien, Delmar, te felicito.

—Fíjese, ya se sabe—dijo Dora sonriéndose.

—No, es un «tero social», pero aquí no alarma á nadie.

Dora no aceptó expresamente la cita, y Delmar que trataba el asunto como un castillo de naipes, siempre con miedo de que se

le derrumbase, no pretendió arrancarle un compromiso expreso. Pensaba que la dificultad de pronunciar una palabra puede alejar dos corazones. Creyó prudente y más significativo interpretar el silencio como el sello de un pacto y aludir de vez en cuando á las dulces horas que les esperaban. Cuando hacía estas alusiones, Dora lo miraba con ternura y le estrechaba más el brazo. Otras veces Dora eludía el motivo, daba otro giro á la conversación y Delmar se inquietaba en la incertidumbre. A cada instante caía él en lo mismo, como que era el pensamiento más vivo de su imaginación. En una de tantas reincidencias, deslizando la mirada sobre el escote de Dora, murmuró á su oído.

—Desde mañana brotará para mi alma una nueva aurora: la luz de ese seno primoroso.

—No piense en eso, Delmar. Eso no debe ser, ya ha faltado usted á su compromiso.

—No me aflija Dora. Piense que toda mi vida pende de sus labios. Por piedad, no me hable de deber. ¡Qué sabe de deber la pasión! El deber es una vulgaridad, es la domesticidad de las almas, y la mía con la suya

vuelan muy alto, libres como dos aves del cielo.

Cuando la fantasía de Delmar, loca de erotismo, empezaba á elevarse como una llama, venía alguna mascarita de esas que él llamaba «teros sociales» y lo aturdía con sus necedades: ¡ché! ¡qué temporada! muy bien, le voy á contar á la que tú sabes—y Delmar la fulminaba con una mirada iracunda.

En estos episodios se pasó la noche.

Dora fué reclamada varias veces por sus amigas para retirarse; y finalmente, Delmar la acompañó hasta el toilette, donde al estrecharle la mano de despedida le dijo muy quedo: hasta mañana, á lo que ella no contestó.





XVII

DESPUÉS de estas impresiones Delmar ansiaba estar solo. La soledad es la amiga de las fantasías. Quería pensar mucho en el día siguiente. Con el alejamiento de Dora concluyó el baile para él, subió á su habitación, que era una de las situadas en el segundo piso, en la parte que da frente al río, sacó una silla al balcón y se sentó á discurrir, henchido de emociones y de esperanzas voluptuosas.

Dora no era para Delmar la mujer que él admiró al principio de sus ensueños. Ya hemos dicho que después de tratarla habíala apreciado menos, y hemos dado la causa de su desencanto, pero si dejó de inspirarle un sentimiento exquisito siempre fué para él una aventura interesante.

El amor ilícito también tiene su grada-

ción de finezas, consideraciones y respetos, según el móvil de que ha nacido. Un amor desinteresado siempre es digno de consideración, y por el contrario, un amor calculista merece ser defraudado.

¿Cuál era la idea de Delmar? ¿Cambiaría su voto, que en este caso era prenda de honor, por el amor político de Dora?

Nos inclinamos á creer que no, que su idea sería simplemente aprovecharse de la perversión de la señora de Espinillo.

¿La engañaría con promesas que no había de cumplir?

Aunque el amor suele ser pérfido para conseguir sus fines, es lógico suponer que tales medios no debían cuadrar al carácter caballeroso de nuestro gentil personaje.

La forma de que él se vale para proponer á Dora una cita, el pretesto que invoca para inducirla á ir á su casa, no puede decirse que sea propiamente una celada, es una facilidad ofrecida para que ella revista de decoro el primer paso del amor vedado, que es el más difícil para una mujer de posición. Después de estar ligados por un tierno secreto las transacciones son fáciles.

No sabía Delmar á punto fijo hasta dón-

de llegaría. Un enjambre de ideas revoloteaba en su mente, ora se exaltaba, ora decaía. La idea de que podía más en esta mujer la ambición que el amor, la idea de que esta mujer encantadora que tanto lo había fascinado iba friamente á cambiarle su honor por una posición para su marido, la sospecha de que así habría procedido otras veces, la convicción de que si le abría sus brazos no era á él ni á su juventud ni á su talento ni á sus ruegos ni á su corazón ni á sus ardores, sino á su rango y á su voto, todos estos pensamientos le suscitaban hacia Dora un sentimiento de menosprecio que él mismo quería rechazar y no podía. El habría querido recibirla ebria de amor, palpitante de abnegación y sacrificio, para arrojarse á sus plantas, reconocérselo con ternura y besar sus manos, sus guantes, sus blondas, prometerse caricias y goces. Pero esta forma venal en que se le ofrecía marchitaba las flores de su alma con las que habría querido tejerle una apoteosis.

Pero ¿iría realmente Dora?

¿Todos estos juicios no eran precipitados?

En otros momentos se felicitaba de que todo aquello terminase vulgarmente. Son

tan penosas estas pasiones ocultas, se decía. ¿De qué me serviría amarla? Sería turbar mi pensamiento. Mejor es este tráfico carnal en que el alma duerme.

¿Será Dora una aventurera?

Veremos cómo se conduce en la intimidad, en la que fácilmente se adivina el pasado.

La mujer honesta es una tortolita: vuela, huye, se defiende de la persecución, pero una vez en manos del cazador se acoquina con timidez, ya está entregada, su corazón late con violencia. Ha resistido por pudor, que para la mujer pura es el miedo de las ave-cillas.

La mujer mundana es comedianta, con lo que engaña á los incautos y se descubre ante los expertos. Mientras que la primera, dando su alma, cree que lo ha dado todo, la segunda, guardando su cuerpo, cree que no ha dado nada. Convencida de su desmérito se forja en la resistencia un valor que no tiene. Aquella es ilimitada como la sinceridad, esta es restringida como el cálculo.

Estos y muchos otros pensamientos pasaban por la imaginación de Delmar, como las nubes por el cielo que contemplaba, afectan-

do diversas formas, en tanto que subían hasta él los últimos ecos del baile.

Calló la orquesta y callaron las máscaras, se alejaron los carruajes y los vaporcitos, desaparecieron las luces, tornó el reino del silencio y empezó á clarear el alba. Entonces Delmar, calmada su excitación por la brisa que largo rato lo había acariciado, trató de dormir.

¡Oh! bendito sueño, amigo de los que sufren y esperan; en tu seno se abrevia la vida y calman las inquietudes!

Delmar durmió.

A medio día tomó el tren para la ciudad.

Lo horrorizaba la incertidumbre de tres horas.

¡Esperar tres horas!

Si á lo menos esperase un hecho cierto.

Delmar habitaba una casita moderna en un barrio apartado, la que pertenecía á un gran edificio de altos formado por un grupo de casitas iguales. La de Delmar era casa baja, y en su reducido espacio tenía dos planos, el anterior, destinado al amo, y el inferior, en el fondo, un metro más abajo, consagrado al servicio.

Para comprender mejor las peripecias de

este capítulo se hace necesario dar una idea del primer plano. El zaguán tenía dos cancelles, entre los cuales, entrando á la derecha, estaba la puerta de la sala, que para Delmar era sala, escritorio y biblioteca, su pieza de recibo y de estudio. La persona que entraba no podía ser vista del interior, porque la segunda puerta cancel incomunicaba el zaguán con el patio.

Después de la sala seguía el comedor y en seguida dos dormitorios, cuatro piezas corridas que tenían cada una puerta al patio, cuadrado por el cuarto de baño.

Todo este departamento era ocupado por Delmar, y el del fondo por su sirviente, Inocencio, un buen gallego, leal y honrado.

La casita estaba puesta con sencilla elegancia y alhajada con unas pocas obras de arte, adquiridas al azar y mezcladas sin orden. Al lado de un bronce de Jesús coronado de espinas se reía Voltaire, y Delmar sostenía á sus amigos la armonía de esta dualidad. El divino Maestro—decía—no pensó al abogar por la dignidad humana, que sólo conseguiría cambiar la forma de la indignidad por otra más pérfida, como es la hipocresía, ni que una buena doctrina engendraría una

mala plaga. Hecho el mal sin intención, correspondía neutralizar sus efectos, y Voltaire algo consiguió, cuanto puede un hombre contra un elemento. Los consideraba, pues, dos benefactores afines á Jesus y Voltaire, el uno porque quiso el bien y el otro porque atacó el mal.

Pasando de la sala al dormitorio se refrescaba el espíritu, pues doquier saltaban á la vista situaciones felices, caras alegres, besos de amor, desnudos notables, gestos y piruetas como para que al despertar hubiese motivo de reir y gustar del mundo.

Nadie visitaba allí á Delmar, excepto su amante, si así podía llamarse á la temeraria Nina.

Cuando Delmar llegó á su casa penetró en ella nervioso y apurado. Como estaba cerrada la puerta cancel la sacudió impaciente en vez de tocar el timbre eléctrico. Al ruido salió Inocencio. Entró Delmar sin decir ni una palabra y lo primero que hizo fué cerrar con la falleba todas las puertas interiores. Después llamó á Inocencio.

—¿No ha venido alguien á buscarme en estos dias?

—No, señor.

—Bien, no estoy para nadie.

—¿Ni para la señora?—preguntó Inocencio.

—Para nadie absolutamente, entiéndalo bien. Ella sabe que estoy ausente, no tiene á qué venir; y usted ni sale á la puerta ni viene para nada adentro, si yo no lo llamo. Ya lo sabe. Vaya para allá.

Delmar se quedó de pié, inmóvil, meditando qué haría. Se paseó, ordenó sus libros, revisó sus papeles, miró á la calle muchas veces, escribió algunas cartas, y por último se puso á leer.

Cada vez que algún vendedor ó mendigo tocaba la campanilla ó llamaba á la puerta saltaba Delmar en su asiento como si recibiese una descarga eléctrica y renegaba del atrevimiento de esta gente incómoda. Se le ocurría que un estorbo de estos en la puerta de calle podría hacer vacilar á Dora y que no entrase.

¿Sabía Delmar acaso lo que leía?

Más de una vez recorrió las mismas páginas porque no percibía su sentido, y concluyó por tirar el libro porque no lo absorbía bastante.

Entonces se puso á escribir, á pensar, á buscar máximas, sentencias y metros, y así

debió pasar para él el tiempo más rápidamente, porque cuando miró el reloj tiró la pluma y se dirigió á la ventana: eran las tres. Su inquietud se redobló, volvió á pasearse, y á cada vuelta miraba para la calle. A veces se detenía á mitad de su paseo y escuchaba, le parecía que alguien entraba. Nadie, eran ilusiones de la expectativa.

Pero todavía no perdía la esperanza.

La mujer generalmente no es exacta en estos casos, pensaba. También esa es una fórmula de su dignidad: no revelar apuro en caer.

Pensaba esto Delmar cuando percibió bien distintamente ese rumorcillo único que se desprende del roce del vestido de una mujer misteriosamente precipitada, parecido al rumor de alas en la espesura, y casi simultáneamente abrió la puerta Dora.

Delmar hizo un movimiento de sorpresa y fulguró en toda su fisonomía un contento indescriptible. Mudo de emoción en el primer momento se apresuró á cerrar la puerta de la sala.

Dora le estrechó la mano agitada y sonriente, y él exclamó con vehemencia, conduciéndola hasta el sofá.

—¡Hoy se inunda de luz mi pobre estancia. Soy el más feliz de los hombres. La presintió mi corazón hace un momento!

—¡Qué va á pensar usted de mí! Que soy una atrevida—dijo Dora temblorosa.

—Esto no es un atrevimiento, es una piedad, una abnegación, un impulso generoso, que le esclaviza mi alma para siempre.

—¡No me diga! Si yo no he debido aceptar esta entrevista. Es una inconsciencia. Perdóneme Delmar.

—Me complace el saber que no ha puesto en ello una voluntad deliberada, porque eso me prueba que mi alma la envuelve y la arrastra. Así podré tenerla siempre conmigo.

—¡Ah! no espere usted eso. Esta vez y nada más, para que me diga lo que tenía que decirme. ¿Cuál es ese consejo que necesitaba de mí? Dígamelo prontito porque estoy de prisa. ¡Por Dios! ¿No vendrá nadie?

—Esté aquí con perfecta calma. ¿Quiere que cierre la puerta de calle....?

—Ni se le ocurra. Si alguien me ha visto entrar diría que he venido á una cita. Para qué desfigurar las cosas. Yo soy una visita de todo respeto. No olvide lo convenido.

—A nadie respeta más el hombre que á

la mujer que adora—y Delmar le cojió una mano.

Dora se la retiró como si se hubiese quemado y le dijo con tono severo:

—Supongo que sabrá usted mantener su palabra. Me he confiado á un caballero.

—Es cierto, pero usted no me dijo que iba á venir tan linda, tan tentadora. ¡Cómo imponerle á mi alma que no la celebre! Ante usted yo no soy dueño de mí, soy todo suyo, y me parece que lo menos que puedo implorar en cambio es esta manito—y volvió Delmar á apoderarse de la mano.

Dora se la abandonó esta vez, pero cuando él se la llevó á los labios volvió ella á retirársela con precipitación.

—Sea serio, doctor Delmar. Piense que es usted un padre de la patria.

—Hecho por usted y para usted, luego usted me pertenece—y suavemente intentó Delmar reclinar la cabeza en el hombro de Dora.

Ella se levantó y fué á sentarse en el otro extremo del sofá.

—No quisiera desagradarla. Pero ¡cómo ser indiferente! Juro enmendarme. Déjeme estar cerca de usted, Dora, si . . .

—No. . . . y no. . . . Convérseme desde ahí. Ya veo que no tiene usted ¡ palabra. La mujer no puede fiar nunca en el hombre. Es una desgracia. No me haga llevar una pobre idea de usted.

—Sea lo que usted quiera—dijo Delmar como resignado. Seremos dos amigos fríos y circunspectos? ¿Conoce este panorama? Y alcanzó Delmar un album de vistas para ir á sentarse junto á Dora. Lo puso en sus faldas y empezaron á hojearlo. Delmar, febril, no cesaba en la pretensión de acariciarla, y ella, impasible, en la constancia de rechazarlo.

Así pasaron mucho tiempo. Conversaron en distintos tonos.

Delmar eludía el asunto político y Dora la escena amorosa.

Todas las argucias y recursos de Delmar, para familiarizarse se embotaban en la impavidez de Dora.

Esta resistencia fué tomando un caracter de lucha que impacientó á Delmar y le hizo decir:

—Yo no he tomado á lo serio su actitud, aunque me la explico: una señora no se abandona con la llaneza que una meretriz,

pero tampoco se compromete por pura amistad. Sería una imprudencia de los dos tener una cita privada para conferenciar.

—¿Me despiere usted de su casa? ¡Qué gracioso! Por lo menos, si me ataca, reconózcame el derecho de la defensa—y dióle Dora la espalda adoptando una posición reflexiva, clavado el codo en el brazo del sofá y apoyada la barba en la palma de la mano.

Delmar hizo rodar un puff hasta situarlo delante de Dora, y sentándose á sus plantas le imploró perdón con tierno ruego. Estaba exhausto, extenuado, y este desaliento daba mayor ternura á sus súplicas. Prolongada fué esta escena, y finalmente, Dora cayó como desvanecida en los brazos de Delmar, y unieron sus bocas en un beso apretado, interminable y ardiente.

El ruido de un carruaje que fué á pararse á la puerta seguido de varias vibraciones del timbre eléctrico rompió aquella amorosa conjunción de sus bocas

Era allí donde llamaban indudablemente. Ambos pararon en ello su atención.

Un momento después se sintió que salía Inocencio.

Acto continuo, una voz femenina, decidida y sonora, preguntó al sirviente:

—¿Está el señor?

—No señora, no ha venido aún del Tigre.

—No puede ser, porque yo lo he visto hoy en carruaje, y no ha ido á su estudio.

—Pues acá no está—replicó el gallego, cuadrándose en la puerta con los brazos abiertos.

Esta oposición chocó á Nina, que no era otra la que buscaba á Delmar, y se dejó estar en actitud reflexiva.

Mientras esto pasaba en la calle, la pareja de adentro escuchaba atenta, sin decir palabra.

Si se hubiese observado á Delmar en esos momentos, que había reconocido á Nina en la voz, se le habría notado pálido y temblante.

—Está bien—dijo Nina á Inocencio—hágame el servicio de bajar ese bulto del carruaje, que es para su señor.

Inocencio cayó en la trampa.

Esto fué un ardid de Nina para que el gallego abandonase la puerta.

Cuando Inocencio se dirigió al carruaje, penetró Nina en la casa como una avispa irrita-

da, y después de recorrer todas las puertas con celeridad nerviosa y torcer en vano todos los picaportes, se puso á redoblar con los dedos en los vidrios de la sala, diciendo con excitación irónica, en són de escándalo: aquí hay gato encerrado, lo hemos de ver.

¡Pero señora!—exclamó Inocencio desesperado de la pasada que le había jugado Nina—le digo á usted que el amo no está en casa. Usted me compromete, señora.

—¿Y por qué lo comprometo, si dice usted que no hay nadie, so animal? Ya verá como hay gato encerrado. Sí, sí, aquí hay gato encerrado. Lo haremos salir—y volvió á redoblar en los vidrios tarareando.

Dora estaba espantada.

Para Delmar fué uno de esos momentos excepcionales en que se pone á prueba el equilibrio de un hombre. Tuvo ira y desesperación, pena y vergüenza, impulsos de amasar á esta bribona, de echarla violentamente á la calle, de entregarla á la policía, de patearla como á un perro intruso, y le fué menester sofocar su cólera para salvar á Dora de un escándalo.

Dora, presa de terror, se había arrinconado buscando refugio é interrogaba á Delmar con

señas desde la distancia, ansiosa de saber lo que pasaba.

Delmar se llevaba el índice á los labios indicándole silencio, con la esperanza de que Nina se persuadiese de que no había nadie y abandonase la casa. Pero la fatalidad quiso que Dora, en su inquietud, voltease un bronce de sobre una columna que tambaleaba, lo que produjo gran estrépito en el silencio del encierro y alborotó más á Nina afuera.

Delmar comprendió que ya era inútil pretender substraerse á la maldita Nina y solo pensó en evitar que viese á Dora. Se acercó á ésta y le dijo en voz baja, medío confundido: se trata de una histérica que se cree con derecho á hacerme un escándalo. Usted se salvará. Voy á salir al patio por aquella última puerta para apoderarme de ella, y cuando usted sienta que la meto allí, en la última pieza, sale usted por aquí, por donde mismo ha entrado. ¡Maldición! Perdóneme este mal momento. Crea que nadie tiene derecho á producirme esta escena. Volveremos á vernos, y Delmar quiso darle un beso de despedida.

Dora, con indignada altivez, llevó la cabeza

atrás, y frunciendo el ceño lo despreció con una mirada terrible.

Delmar, pesaroso, se dirigió á cumplir lo que acababa de decirle.

Cuando Delmar salió al patio, Nina irguió la cabeza como una víbora furiosa, amenazadora y terrible.

—Ven—le dijo Delmar acercándosele sonriente con aparente calma—Ven, puedes entrar, no hay nadie. Había ordenado que me negasen porque he estado de baile anoche.

—No, no te me acerques, no es cierto. Tú tienes á una mujer escondida ahí, y yo quiero que pase por sobre mí á ver si esa mujer vale más que yo—y Nina retrocedía á posesionarse de la puerta de calle.

Entonces Delmar saltó sobre ella como un tigre sobre su presa, le abarcó la cintura con el brazo derecho y la arrastró á la fuerza mientras ella se retorció en la resistencia. Cuando la arrojó en la última pieza, Nina parecía un cuerpo muerto.

FIN

Lesson 15-3-33

